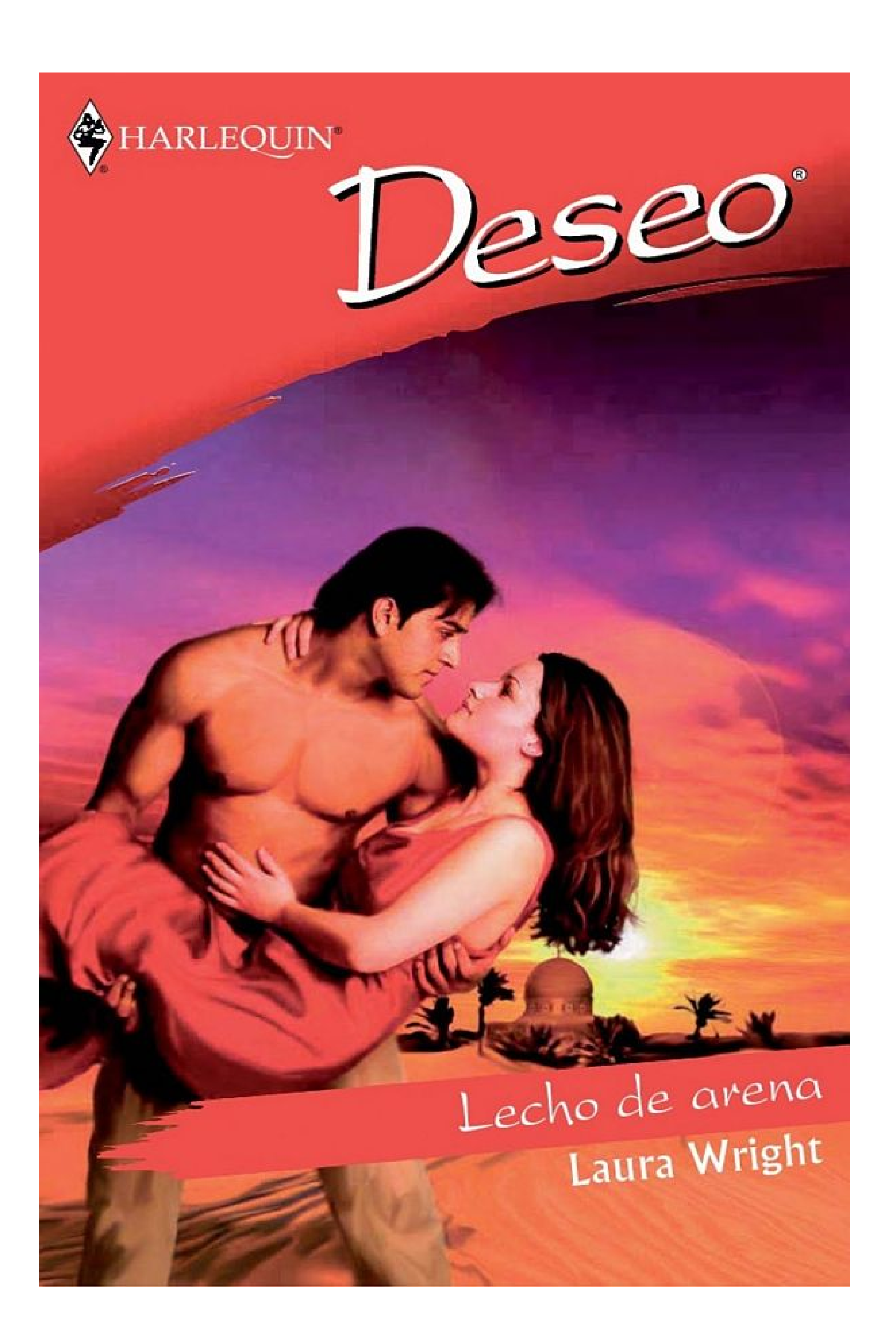

HARLEQUIN®
Deseo®
Lecho de arena
Laura Wright

Hay ciertas promesas que un hombre no puede cumplir…

Rita Thompson estaba a punto de casarse, pero no se había molestado en invitar al novio, su jefe el jeque Sakir Al-Nayhal. Rita había ideado aquel plan para tratar de reunir a su distanciada familia. Todo estaba saliendo de acuerdo a lo previsto… hasta que se encontró a Sakir esperándola ante el altar.

Sakir tenía una propuesta que hacerle a la avergonzada novia: quería que fuese su esposa durante las tres semanas que pasarían en su casa de campo de Emand, y después disolverían su unión para siempre. Se suponía que en esas tres semanas no habría el menor acercamiento; ni la besaría, ni acariciaría aquel maravilloso cuerpo…



Laura Wright

Lecho de arena

Deseo - 1359

(Thompson / Al-Nayhal - 2)

ePub r1.0

LDS 23.12.16

Título original: *A bed of sand*
Laura Wright, 2004
Traducción: Isabel Romeo Biedma
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 150 / Silhouette Desire (SD) - 1607
Protagonistas: Sakir Al-Nayhal y Rita Thompson
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Prólogo

Existe un lugar en el desierto de Joona donde un hombre puede galopar en su caballo directamente hacia el ocaso. Un lugar donde ríos de ámbar se abren camino entre la arena como serpientes y blancas rocas se erigen majestuosas contra el cielo azul. Un lugar donde el aire huele a calor y a especias, y los dioses, protectores de esa tierra, moran en sus estanques sagrados y dan la bienvenida a aquellos que, arriesgando su vida, logran llegar hasta allí.

Ese lugar es Emand.

Una tierra con historia, rica en petróleo, preciosos valles y culturas de siglos. Pero también, una tierra llena de dolor y amargura en los corazones.

Esa tierra dio a luz tres hijos y luego reclamó a su padre. Con el corazón roto, el hermano mayor comprendió su posición y permaneció en su patria para regentarla. El hermano menor, destinado a seguir los pasos de su padre, se fue con los dioses con tan sólo quince años. Y el hermano de en medio, el jeque Sakir Ibn Yousef Al-Nayhal partió de su hogar en busca de su alma. Pero lo que encontró fueron los desiertos de Texas y el vacío de un hombre que no pertenecía a ningún lugar ni a ninguna persona.

Capítulo 1

—Qué desperdicio —murmuró Rita Thompson, mirándose por última vez en el espejo de cuerpo entero.

Todo lo que se podía admirar en una novia de finales de verano estaba ahí: un impresionante vestido blanco sin tirantes, zapatos abiertos de satén blanco, un velo de tul para cubrir su ansioso rostro y manicura francesa tanto en las manos como en los pies.

Fabulosa.

Ni siquiera había olvidado las tradiciones de toda novia. Había decidido que sus ojos serían el «algo azul» y los pendientes de perlas que le había dejado su hermana, «algo prestado». Pero cuando llegó a «algo nuevo», decidió no continuar.

Ella había pagado toda aquella ceremonia y la recepción posterior para el «siento mucho haberos decepcionado». No iba a pagar por nada más. Y menos por algo para sí misma.

Sonrió ante el reflejo del espejo:

—Puede que sea algún día, mi niña. Si tienes suerte.

—¿Si tiene suerte quién?

Rita se giró y vio a su padre, Ben Thompson, en la entrada del Hotel Lago Paraíso, guapísimo con su traje gris perla y sus botas a juego.

—Yo. Soy afortunada. Tengo una familia estupenda y me atrevo a reconocerlo.

—Rita, cariño —comenzó él, acercándose a ella—, tú siempre has sido valiente.

Una profunda culpa invadió el corazón de Rita al contemplar a

su padre frente a ella, mirándola con tanto amor y ternura. Nunca antes le había mentido. Puede que no le hubiera contado algunas cosas, como cualquier adolescente, pero ahora era completamente diferente.

Le estaba engañando conscientemente.

Se le formó un nudo en el estómago. Esperaba que comprendiera por qué se había metido en todo aquel lío de fingir su compromiso y su boda, y que la perdonara.

—Estás muy guapo, papá.

—Gracias —respondió él, y sonrió y le ofreció el brazo—. ¿Está lista para que la conduzca al altar, bella dama?

Aunque le salió un poco forzada, Rita le devolvió la sonrisa y se agarró de su brazo.

—Tanto como puedo.

—Estás segura de esto, ¿verdad? —preguntó él, con una repentina seriedad.

Ella tragó saliva con dificultad.

—Por supuesto.

Él se encogió de hombros.

—Muy bien —respondió.

Y la condujo hacia el brillante sol y la fresca brisa del lago.

—¿Sabes? —Continuó él, sin dejarse impresionar por la supuesta felicidad pre-boda de ella—, he intentado tener una pequeña conversación con tu futuro marido, pero aún no ha aparecido. Está apurando su llegada, ¿no crees?

—Es un hombre muy ocupado.

—Puede que sí, pero no me gusta esto. No es la mejor manera de empezar una familia.

Se acercaban a la orilla del lago, donde unos cincuenta invitados esperaban sentados en sillas blancas frente al altar adornado con encajes.

—No te preocupes, papá, es un hombre maravilloso. Y vendrá —aseguró ella.

Se sorprendió a sí misma porque sonaba completamente convincente. Justo como una mujer a punto de comprometerse con el hombre de sus sueños.

Bueno, la parte de «hombre de sus sueños» era bastante cierta. Llevaba enamorada de su jefe, el jeque Sakir Al-Nayhal, cerca de tres años. Era un hombre inteligente, apasionado y absolutamente *sexy*. En pocas palabras, justamente su tipo. Pero ¡ay!, él ni siquiera reparaba en ella más allá de su cerebro.

Rita era la mejor en su trabajo, una secretaria que no tenía precio, y Sakir la trataba como tal, con el mayor de los respetos. Pero nunca la consideraba más allá de una compañera de trabajo altamente competente. O al menos nunca había dado ninguna muestra de interés. Nunca le había pedido que se quedara a trabajar hasta tarde, salvo que, realmente, fuera para trabajar. No le había lanzado ni una mirada a las piernas ni una ligera sonrisa cuando se ponía algo un poco escotado, con la esperanza de que él lo percibiera.

Esa falta total de interés, aunque le resultaba deprimente como mujer, era lo que la había hecho escogerlo a él como su novio ficticio. Eso, y que él acudía muy poco a Paraíso; y además, justo en aquel momento tenía un almuerzo de negocios con Harvey Arnold en Boston, un almuerzo que ella misma había organizado dos meses antes.

—Aún no puedo creer que no lo conozcamos —añadió su padre con un suspiro—. No está bien.

—Será mejor que ahorres aliento, papá. Rita sabe lo que está haciendo.

Ava, la hermana mayor de Rita, se colocó junto a ellos.

—Escucha a mi dama de honor, papá. Dentro de poco la estarás conduciendo a ella al altar.

—Aún faltan tres semanas —dijo Ava, sonrojándose.

Rita observó a su hermana y después al impresionante hombre cheyenne sentado cerca del altar. Su abuela, Muña, estaba a su derecha y su recién reencontrada hija se sentaba feliz sobre su regazo. Rita sonrió y sintió una profunda paz. Lo había logrado. Aquel pequeño engaño había valido la pena. Ava había vuelto con el hombre al que amaba, su hija tenía por fin un padre y una familia que se quería, y la boda que debería haberse producido, y que nunca llegó a realizarse hacía cuatro años, sucedería en unas pocas semanas.

Rita apretó el brazo de su padre.

—Que comience la fiesta.

—Primero tiene que llegar el novio, hija.

—Vendrá con el pastor —dijo ella, restándole importancia.

«O más bien no».

Se detuvieron a pocos pasos de la alfombra blanca que cubría el césped y llevaba directamente hasta el altar. Algunos invitados se volvieron para mirarla, y se hizo el silencio. Junto a ella, el cuarteto de cuerda esperaba atento, preparado para empezar a tocar.

Rita tomó aire profundamente, lo soltó despacio y sintió sus manos sudorosas. Lo único que deseaba era terminar con todo aquello, aunque fuera a quedar como la novia plantada.

—Ahí está el Reverendo Chapman —susurró Ava.

—Por todos los demonios —exclamó Ben, entornando los ojos—. Está solo. ¿Qué diablos está pasando…?

Rita sentía su corazón desbocado por los nervios.

—Papá por favor —le cortó Ava, mientras rodeaba a su hermana con el brazo.

Rita levantó la barbilla. Estaba preparada para oír los murmullos de sus amigos y familia al darse cuenta de que el novio no aparecía. Estaba lista para enrojecer y forzar sus lágrimas.

Estaba lista para salir corriendo avergonzada.

Justo en ese instante, apareció a lo lejos una figura masculina caminando decididamente, con el orgullo de un príncipe, y vestido con un caftán blanco, atravesando el césped para unirse al Reverendo Chapman.

Rita sintió que el corazón le daba un vuelco. Aquello no podía estar sucediendo. Era imposible.

Pero ahí estaba él. Su jefe, su novio ficticio y el hombre que la hacía derretirse por dentro. Sakir Al-Nayhal había llegado. Sin estar invitado y sin inmutarse.

Con el corazón en algún sitio entre su pecho y sus zapatos de satén blanco, Rita lo observó encaminarse hacia el altar. Le pareció más alto, más grande y desesperadamente guapo, con su piel oscura resaltando sobre la palidez de su caftán.

Entonces él se giró, contempló la alfombra y luego clavó sus ojos verdes en ella.

Ella tragó saliva con dificultad mientras la cabeza le daba vueltas y sentía que todo se iba abajo.

Sakir enarcó una ceja y le tendió una mano, como pidiéndole que se acercara a él.

—Vaya —susurró Ava—. No lo esperaba tan…

Con el pánico atenazándole la garganta, Rita maldijo para sí y murmuró:

—Y yo no lo esperaba, ni así ni de ninguna forma.

Capítulo 2

Sakir la estudió atentamente, preguntándose si se daría la vuelta y saldría huyendo. Pero sabía que escapar no era propio de ella. Rita Thompson era la única mujer que él conocía que veía acercarse un conflicto y lo afrontaba. Disfrutaba luchando por lo que quería conseguir, buscaba desafíos continuamente. Por esas razones la había solicitado la primera vez para trabajar con él, y luego había insistido en que continuara a su lado en los proyectos posteriores.

Pero ese día no estaba buscando tener un conflicto con la hermosa mujer que tenía delante. Estaba allí por cuestión de negocios.

Necesitaba que Rita Thompson se casara con él y, aunque aquel día nupcial había comenzado como una farsa, él iba a hacer todo lo posible para asegurarse de que terminaba en una unión legal.

El cuarteto de cuerda comenzó a tocar suavemente la Marcha Nupcial. La música fue inundando el ambiente y se fue haciendo el silencio entre los asistentes, que fueron poniéndose en pie.

Rita continuaba mirando a Sakir con una mezcla de confusión y pánico. Y justo cuando él se preguntaba si tal vez ella lo sorprendiera y saliera huyendo, la vio tomar aire, agarrarse la falda y caminar hacia él.

Observó el vaivén de sus caderas y el movimiento de sus senos, generosos y pálidos bajo la luz del sol, mientras subían y bajaban al caminar.

¿Por qué aquella mujer tenía que estar tan bella?

A lo largo de los últimos años, raramente se había permitido el placer de contemplar a Rita Thompson. Ella era su empleada, y muy valiosa, además. Él no haría nada que supusiera el riesgo de perderla.

Pero a veces, por la noche, antes de dormir, no podía evitar imaginar a qué sabrían sus labios, cómo sería sentir sus curvas bajo él, cómo se volvería loca mientras él recorría la espalda con sus manos, subía hasta su cuello, y enredaba sus dedos entre aquel largo pelo caoba.

Sakir sintió la urgencia en su ingle y le invadió el deseo de poseerla, pero lo apartó de su mente. Así se sentía siempre que ella estaba cerca, y siempre se obligaba a sí mismo a responder con una fría indiferencia.

Rita era su secretaria, la mujer en la que confiaba por encima del resto de las personas. No importaba cuánto la deseara, sabía que tenía que reprimir su deseo si quería mantenerla a su lado.

Sakir esperó erguido mientras ella se le acercaba mirándolo molesta. La música terminó delicadamente y él le tendió la mano. Pero, tal y como esperaba, Rita no iba a ser fácil de apaciguar. La vio enarcar una ceja con expresión severa mientras mantenía los brazos pegados al cuerpo. Con la barbilla alta, se volvió al reverendo Chapman:

—Necesito hablar con mí… *prometido* un segundo.

—¿Ahora? —preguntó el religioso, frunciendo los labios.

—Ahora —respondió ella con firmeza.

Miró fijamente a Sakir y le susurró entre dientes:

—¿Podemos hablar, por favor?

Aquélla sí era la mujer que él conocía, pensó Sakir mientras reprimía una sonrisa. Rita no se metería en ningún asunto sin discutirlo, y se sentía complacido al comprobar que incluso en un momento como aquél, ella mantenía la cabeza fría.

—Por supuesto —respondió él, y le tendió la mano de nuevo.

Ella la miró como si fuera una serpiente venenosa y no la tocó. Se volvió hacia su padre, su hermana y los invitados y dijo tranquilamente:

—Perdonadnos unos instantes.

Los invitados se quedaron atónitos y sin duda intrigados por aquel extraño giro en los acontecimientos, pero Sakir percibió que

Rita estaba demasiado preocupada para darse cuenta. Se había apartado de él rápidamente, y lo esperaba impaciente en la orilla del lago.

Cuando llegó a su lado, ella se giró y clavó su mirada en él, apartándose el velo de la cara.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le preguntó ella, casi fuera de sí.

—¿No debería preguntarte yo lo mismo? —inquirió él, manteniendo la calma.

—Deberías estar en Boston —afirmó ella, eludiendo la cuestión.

—Cuando me enteré de que iba a casarme, volví a casa rápidamente.

Ella bajó la vista y se mordió el labio inferior.

—Me pareció apropiado acudir a mi propia boda —explicó él, encogiéndose de hombros.

De nuevo, ella se desvió del tema principal.

—¿Quién me ha traicionado? ¿Sasha? No, seguro que ha sido Greg. Siempre ha sido un lameculos.

—Eso no importa, Rita.

—A mí sí me importa.

—Tengo la política de saber qué hacen mis empleados. En todo momento. Sobre todo si *yo estoy* involucrado en lo que están haciendo.

Ella entornó los ojos y se acercó un poco más a él.

—¿Has estado espiándome, Sakir?

Su dulce fragancia lo envolvió y sintió la urgencia de tomarla en sus brazos y besarla apasionadamente, pero se contuvo.

—No, no he estado espiándote. Pero parece que tendría buenas razones para hacerlo. ¿De qué va todo esto, Rita?

Ella desvió la mirada. Se sentía horriblemente mal y sólo quería tumbarse en la hierba y llorar. Su plan perfecto acababa de explotarle en las narices. Y el hombre que tenía delante, aquel increíble hombre vestido con ropas tradicionales de su país, era quien había prendido la mecha. Y no parecía dispuesto a retirarse. Sakir era un hombre que no bromeaba con los asuntos serios. Seguramente, le había dejado un margen a ella hasta aquel momento, pero empezaba a cansarse, podía verlo en aquellos labios perfectos apretados por la irritación.

Sintió que no tenía más opción que confesar.

—Necesitaba lograr que mi hermana, Ava, y mi sobrina volvieran a Paraíso.

—¿Por qué motivo? —preguntó él, cruzando los brazos por delante de su ancho pecho.

—Bueno… por motivos románticos.

—¿Por romanticismo?

La palabra salió de su boca con una delicada sensualidad, y Rita sintió que su cuerpo respondía.

—Quería reavivar la llama de su primer y único amor. Esta boda era la única forma de hacerla volver a casa y lograr que su hija conociera por fin a su padre —confesó, y se encogió de hombros—. Bueno, no se me ocurrió otra manera de conseguirlo.

—Ya veo —respondió él.

—Pero entonces tuviste que aparecer tú… —continuó ella, haciendo un gesto displicente.

«… tan alto, tan guapo, tan impresionante y tan impasible».

El soltó una carcajada.

—Tu prometido debería acudir a su boda, ¿no crees?

—No te comportes con tanta suficiencia, Sakir, ¿quieres? Se suponía que no iba a haber boda ni prometido. Era todo imaginario. Tuve que escoger a un hombre, a cualquiera.

—Pero no fue *cualquiera* a quien escogiste, ¿no, Rita? —preguntó él, acercándose lo suficiente como para que ella percibiera el calor que desprendía su cuerpo.

—No.

—¿En algún momento te paraste a considerar que pensaría de mí la gente de esta ciudad cuando yo no acudiera a mi propia boda? ¿Cuando dejara plantada a una mujer frente al altar?

Rita se quedo inmóvil, con la pregunta resonando en su cabeza. La vergüenza la envolvió. No, no había caído en eso. No había pensado en nada ni nadie más que en su hermana y su sobrina.

Levantó la vista y miró hacia los invitados, que se habían juntado en grupos y hablaban entre ellos sin disimular su perplejidad.

—No, no pensé en la reacción de la ciudad. No pensé en ellos y no pensé en ti —reconoció ella con sinceridad, mirándolo a los ojos —. Lo siento.

—Acepto tus disculpas.

—¿Las aceptas? —preguntó ella, atónita.

—Sí.

Eso era muy generoso por su parte, pero, después de todo lo que había hecho ella, la actitud de Sakir le resultaba algo sospechosa.

—¿Entonces no vas a despedirme?

—No.

Rita se vio invadida por la inquietud.

—Pero no has venido solo para eso, no has aparecido ante toda esa gente sólo para lograr una disculpa por mi parte.

—No, lo confieso. Tengo algo que pedirte, Rita —comenzó él, cautelosamente.

La inquietud se transformó en recelo.

—Quiero proponerte un negocio.

—¿Un negocio?

Ella volvió a mirar hacia la multitud expectante. Aquello era una locura, estar ahí con su novio fingido, hablando de negocios. ¿Cómo había permitido que las cosas se le fueran tanto de las manos? ¿Cómo se lo explicaría a sus amigos y familia?

—¿Y ese negocio tuyo no puede esperar? Debo volver y explicar todo este lío a mis invitados.

—No, no puede esperar —respondió Sakir tensamente.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

Él tomó aire profundamente y elevó la barbilla.

—Primero, debo preguntarte si estás interesada en asociarte conmigo. Te ofrezco ser socia de Al-Nayhal Corporation por mantenerte casada conmigo durante tres semanas.

Rita enmudeció de la sorpresa.

—Estás chiflado —dijo, y se le escapó una risita de emoción—. Tienes que estar bromeando.

—No bromeo. Debo volver a mi país durante tres semanas, y te necesito a mi lado como mi esposa. Este pequeño plan tuyo me dio la idea. Estar casado es símbolo de estabilidad e invita a la confianza, y eso, aunque para mí no sea importante, sí lo es para los hombres de negocios de mi país.

Rita sólo lo miraba y lo escuchaba, esperando que en cualquier momento confesara que todo era una broma, pero no lo hizo. Continuó explicándole su idea.

—Me han pedido que acuda para asesorarlos sobre los pozos de petróleo de Emand. Quiero que todo sea perfecto y llegaré hasta donde sea para asegurarme de que así sucede.

Ella contempló su hermoso rostro y sus ojos brillando de determinación.

—No lo termino de entender. ¿Por qué es tan importante para ti?

La pasión de su mirada se transformó en hermetismo.

—Eso es asunto mío.

—Pero lo estás haciendo mío también, Sakir.

—Una vez volvamos de Emand, podemos disolver el matrimonio; nadie saldrá dañado, y tú te convertirás en mi socia.

Rita no entendía nada.

—Esto es una locura. Mira, si fingir que estamos casados es importante para ti, puedo ir contigo como tu esposa. Es lo menos que puedo hacer después de este montaje. Pero no tenemos por qué estar casados legalmente.

—Para la gente de mi país sí es necesario —contesto él, absolutamente serio.

—¿Y cómo lo sabrían?

Él cerró los ojos.

—Mi hermano se enteraría.

—¿Tienes un hermano?

Él no respondió.

—Entonces, ¿aceptas mi oferta?

¿Que si aceptaba su oferta? Tendría que estar loca para aceptar algo así. Estar casada durante tres semanas con un hombre al que no amaba por convertirse en socia de su empresa…

Por otro lado, una parte de ella tenía tantas ganas de viajar, de experimentar un tipo de vida distinto… y tal vez poder tumbarse en la cama de Sakir y lograr que la viera como mujer por primera vez. Esa parte de ella gritaba la palabra «sí» dentro de su confuso cerebro.

—No tenemos licencia de matrimonio —comenzó ella.

—He conseguido una.

—¿Qué? ¿Cómo…? —Se detuvo y sacudió la cabeza—. Déjalo, ya sé cómo.

El dinero y el poder podían lograr cualquier cosa.

—No te confundas en cuanto a mis intenciones, Rita —dijo él, mirándola fijamente—. Esto es una cuestión estrictamente de negocios. Lo juro. No habrá contacto —afirmó, apretando la mandíbula—, ni intimidades.

Rita dejó escapar aire como si se quitara un peso de encima: él proponía un asunto estrictamente de negocios; quería sacar un trabajo adelante y, como era habitual, le había pedido a su fiel secretaria que lo ayudara. Así de simple.

—Entonces, ¿aceptas?

«Y por qué no», pensó ella. Quería convertirse en socia. Quería viajar. Quería salir de Paraíso, y sólo iban a ser tres semanas de trabajo.

—Acepto.

—Bien —respondió él.

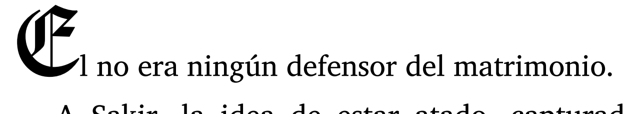
Rita no esperó a cerrar el trato con un apretón de manos. Se giró y comenzó a caminar hacia los invitados y el reverendo. Pero de repente, se paró y volvió la vista atrás.

—Debo advertirte, ya que vas a ser mi marido, de que fuera de la oficina no soy tu secretaria y puedo ser un poco difícil de manejar.

Un destello de diversión brilló en los ojos verdes de Sakir.

—Ya lo sé. Pero al igual que tú, yo nunca he salido huyendo de un desafío.

Capítulo 3



El no era ningún defensor del matrimonio.

A Sakir, la idea de estar atado, capturado o de pertenecer a alguien, lo enfurecía. Pero el pensamiento de perder el mayor contrato de su carrera, un contrato que además provenía de su país, le impedía ver otra cosa que no fuera la victoria y la compensación que llevaba buscando tantos años.

Asintió a la pregunta del reverendo y dijo:

—Lo prometo.

Y, sin que nadie se lo dijera, se inclinó hacia delante y le dio un rápido beso a su hermosa secretaria. Tenía que ser rápido: aquella mujer lo tentaba demasiado para rendirse ante un beso lento, cálido y profundo. Y, después de todo, le había prometido que se mantendría impasible.

Con una sonrisa tranquila, tomó la mano de Rita, la puso sobre su brazo y la condujo por la alfombra blanca, mientras los invitados gritaban felicitaciones y les lanzaban pétalos de rosa. Sakir rió. Diez minutos antes, esa gente estaba inquieta, puede que incluso apenada, porque creían que la novia iba a cancelar la boda.

Pero no lo había hecho. Se había casado con él.

Mientras caminaban hacia el hotel, la agarró de la mano. Estaba fría y temblorosa. Empezaba a darse cuenta del alcance de lo que acababa de hacer. Ahora tendría que mantenerlo frente a sus amigos y su familia, mentir sobre por qué se había llevado a su prometido aparte y fingir que estaba profundamente enamorada. No era un papel sencillo.

A los pocos segundos de entrar en el edificio profusamente decorado, Rita fue requerida por un grupo de mujeres. Desde la parte posterior del edificio, Sakir vio cómo la urgían a lanzar su ramo de novia, sonrió al verla bromear con ellas y reír abiertamente, y la contempló darse la vuelta por fin y lanzar el ramo por encima de su hombro.

—Es un buen día, ¿no, hijo?

Hijo. Irritado, Sakir se giró y vio al padre de Rita acercándose a él. Por nada del mundo le diría a aquel hombre que ni siquiera su padre le llamaba algo tan familiar. Sospechaba que Ben Thompson trataba de buscar algo de familiaridad con un novio al que nunca antes había conocido.

Sakir lo saludó con una inclinación de cabeza.

—El principio ha sido un poco accidentado, pero después está siendo un día muy bueno, sí señor.

Ben sonrió comprensivo y extendió su mano.

—Durante unos minutos, creí que todo estaba perdido.

—Yo también —dijo Sakir, estrechando la mano de su nuevo suegro.

—Bueno, me alegro de conocerte por fin. Cuando la semana pasada no apareciste en mi comida prenupcial, quise despellejarte, incluso aunque fueras de la realeza y todo eso. Y luego hoy, cuando no te vi junto al reverendo… bueno, puedes imaginarte lo que me pasó por la cabeza.

—Sí.

—Pero bien está lo que bien acaba, ¿verdad? ¿Qué es lo que ella te ha dicho junto al lago? Puede ser muy testaruda cuando se lo propone. ¿Te ha pedido que renuncies al trono o…?

—Papá, el ministro te espera para hablar contigo. Tienes que prepararte para hacer el brindis.

Una preciosa rubia se había acercado a ellos. Sakir aprecio que tenía la misma forma de ojos y boca que su ya esposa.

—Es cierto, tienes razón —dijo Ben.

Se encogió de hombros y volvió a estrechar la mano de Sakir.

—Bueno, enhorabuena, hijo, es todo cuanto decir. Eres un hombre afortunado.

Sakir asintió.

—Yo también lo creo.

Cuando estuvieron solos, la mujer se volvió hacia Sakir y sonrió. Soy Ava, la hermana de Rita.

—Ah, sí. Encantado de conocerte.

Ella dudo por un momento y luego añadió:

—Mi hermana y yo nos llevamos muy bien. Nos queremos mucho.

—Es bueno preocuparse por los hermanos —afirmo él.

Sabía que era lo que tenía que decir, pero las palabras le dejaron un sabor amargo.

—Eso creo yo —contestó ella, y se acercó un poco más a él—. Sé lo que ella ha hecho por mí y también sé lo que está haciendo por ti.

La sorpresa hizo tambalearse la actitud despreocupada de Sakir.

—No te preocupes —se apresuró a decir Ava—. Acaba de contármelo. Todos creen que sois una feliz pareja de recién casados que teníais algunas cosas que resolver antes del enlace.

—Bueno, la última parte es verdad.

Ella se encogió de hombros y le brillaron los ojos.

—Sólo quería darte las gracias por haber aceptado como un caballero la artimaña de Rita. Podrías haberla dejado en ridículo si hubieras querido.

—Como tú bien has dicho hace un momento, ella también me está haciendo un favor.

Ava se encogió de hombros otra vez y dijo suavemente:

—Espero que los dos saquéis de esto lo que estáis buscando —dijo, y se mordió el labio—. Tan sólo hazme un favor, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, si está en mis manos.

—Cuídala. Es maravillosa, divertida, leal… Para mí es un tesoro y no quiero verla…

Sakir rodeó sus manos con las suyas:

—Es todas esas cosas, y cuidaré de ella.

—Eso era todo lo que quería oír —dijo ella, sonriendo, y se alejó.

En ese momento, Rita llegaba junto a él, con un trozo de tarta nupcial en un plato. Sakir la recorrió con mirada codiciosa y expresión de tonto. Si alguna vez quisiera casarse, si alguna vez llegara a creer en ese estado, desearía que su novia fuera como Rita. Tanto en el aspecto como en personalidad e inteligencia. Era todo lo

que su hermana había dicho y mucho más.

Pero, para él, Rita debería permanecer siempre intocable.

Ella le sonrió y le ofreció el plato de tarta:

—Antes de nuestro primer baile, es necesario que comamos algo de esto.

—¿Por qué? —preguntó él.

Una tarta de crema recubierta de una gruesa capa de azúcar no era su idea de una celebración dulce.

—Da buena suerte —respondió ella, separando un pequeño trozo.

—No creo en la suerte.

—Bueno, yo sí. Y necesitamos toda la que podamos conseguir para la tarea que vamos a emprender, así que come.

Y diciendo esto, le introdujo en la boca un bocado de tarta.

Capítulo 4

Con los ojos muy abiertos, emocionada, Rita observo la oscuridad de la noche por la minúscula ventanita.

—Vaya, menudo cacharro este que tienes, Sakir.

Vestido con unos pantalones negros y un suéter de cachemira también negro, Sakir levantó la vista de la ensalada de queso de cabra y unas costillas de cordero y asintió.

—Gracias. Creo que es muy cómodo.

A ella se le escapó una risa tonta. «Cómodo» no parecía el término más adecuado para calificar a aquel avión Learjet de un millón de dólares, con asientos de cuero, alfombras a juego, armarios de caoba, un cuarto de baño de mármol y un lujoso dormitorio. No, increíblemente formidable era mucho más apropiado.

Dejó escapar un suspiro de fingida melancolía.

—Y pensar que podría haber estado volando en esto para las reuniones con los clientes en vez de recorrerme la ciudad en mi viejo Chevy Suburban.

—Tu trabajo requiere que estés en la oficina la mayor parte del tiempo.

—A partir de ahora, ya no —replicó ella, con una amplia sonrisa.

Sakir asintió.

—No, ya no.

Rita volvió a centrarse en su comida, pensativa. Ahí estaba ella, casada con Sakir, bebiendo champán y saboreando aquella

maravillosa cena a bordo de un avión privado, cuando sólo unas horas antes se despedía de su hermana, su padre y el resto de los invitados. Era algo surrealista.

Y aun así, o tal vez por eso, era la aventura más emocionante de su vida.

Bebió un sorbo de champán y sonrió al notar las burbujas cosquilleándole la nariz. Durante tres semanas, sería la esposa de Sakir. Aquel hombre, con el que había fantaseado durante años, era ahora su marido con todas las de la ley. Su sonrisa se apagó un poco al bajar la vista y contemplar el anillo de oro liso en su dedo. Recordó la «letra pequeña» de su matrimonio. Sólo era un acuerdo de negocios, una forma de lograr un cliente. Haría bien en no olvidarlo.

Fijó la vista en Sakir y lo fue examinando con la mirada. Estaba tan seductor, tan peligroso y tan delicioso con el suéter y los pantalones negros… Resistir el impulso de lanzarse en sus brazos le iba a resultar casi imposible.

Vaya, tenía un problema grave.

Trató de apartar de su mente esos pensamientos tan íntimos y se obligó a mantener una fachada de despreocupación.

—Aún no puedo creer que me haya metido en este matrimonio —comentó ella.

—Y yo no puedo creer que haya tenido que recurrir a una tontería así por un contrato de petróleo.

—¿Entonces, por qué lo has hecho?

Él se concentró en su comida y no respondió.

—¿Merece la pena todo esto por impresionar a la familia al volver a casa? —preguntó ella.

Él levantó la vista. La irritación velaba sus ojos.

—No intento impresionar a nadie.

—¿Ah, no? ¿Y entonces, por qué lo has hecho?

—Esto es a lo que te referías cuando dijiste que eras «difícil de manejar», ¿no? —preguntó él secamente.

—Exactamente —contestó ella, con una sonrisa.

La expresión de él era inescrutable, pero en el fondo de sus ojos hubo un destello de pasión.

—Esperaba que se haría notar de una forma mucho más placentera.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Rita. Tal vez fuera por la locura del día, o por el hecho de que él estaba viajando a su tierra natal pero, hasta ese momento, nunca había escuchado a Sakir decir algo así ni remotamente. Estaba bromeando, y con un cierto toque sexual. No se le ocurría qué contestarle.

En unos instantes la mirada desapareció, y también la actitud desenfadada. De nuevo el control se asentó en los ojos de Sakir.

—Es tarde —anunció—. El vuelo es largo. Creo que será mejor que descanses.

—Estoy bien.

Él siguió hablando, como si no la hubiera oído.

—Yo me quedaré aquí, tengo mucho trabajo. Por favor —le pidió, indicándole una puerta tras él—, ocupa la *suite*.

Rita sintió que el calor le inundaba las mejillas. ¿Su habitación? ¿Su cama?

—Prefiero no hacerlo.

—Es muy cómoda.

Y también sería una horrible tortura para una mujer ardiendo como ella, pensó Rita.

Sakir parecía muy correcto y muy formal sentado en su sillón de cuero.

—Tenemos un acuerdo, Rita, y no lo voy a romper, no importa lo… *cansado* que me encuentre.

Rita se encorvó y de repente se sintió muy cansada. Por supuesto que él no lo haría. No importaba lo mucho que él le gustara, porque él no se sentía atraído por ella. Y nunca lo estaría. Su actitud bromista no quería decir nada, y ella haría mejor en recordarlo para el futuro.

—De acuerdo —accedió, poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera un momento, Rita.

Ella se volvió.

—Me gustaría darte las gracias por hacer este viaje conmigo —dijo Sakir—. Han pasado muchos años antes de mi vuelta a Emand. Será una extraña bienvenida.

La despidió con una inclinación de cabeza, y volvió a centrarse en su cena. Pero Rita estaba segura de que había visto un fugaz destello de vulnerabilidad en aquellos ojos verdes, una emoción

nueva para el frío jeque, intuyó, y no podía evitar sentirse intrigada.

Él tenía la vista en los papeles, pero no veía más que un lío de líneas y formas que parecían conformar la silueta de una mujer en la cama.

Con un gemido de frustración, Sakir los dejó a un lado y alcanzó la pequeña cajita de oro de la mesa junto a él. Fumaba muy raramente, pero le apetecía aquella mezcla de hierbas de su país al imaginar a Rita desvistiéndose y metiéndose en su cama.

Encendió el fino cigarro puro, aspiró largamente y se relajó en el sillón, mientras la noche pasaba por la ventana del avión.

Volvía a casa.

Después de demasiados años incomunicado, no sabía muy bien qué se iba a encontrar. Sin duda, con el desprecio de su hermano, pero eso le importaba poco. Él quería conseguir ese cliente y, de paso, demostrarle a su hermano mayor, el príncipe reinante de Emand, que se había equivocado al pensar que él no sería capaz de lograr nada fuera de su país.

Apagó las luces del techo, se quedó sentado en la oscuridad y contempló el humo de su cigarro mientras se elevaba en el aire y formaba la silueta de una mujer.

Ella estaba durmiendo en su cama, entre sus sábanas.

Su esposa.

Sacudió la cabeza y dio otra calada al cigarro. Ella no era su esposa. Era su socia en un negocio.

Ninguna mujer lo ganaría así.

Desde que salió de Emand, se había vuelto frío y duro, tanto de cuerpo como de espíritu. Para él sólo existía su trabajo y estaba obsesionado con construir su propio imperio. Cuando su cuerpo ya no aguantaba más, buscaba una amante, pero él no se entregaba a ninguna mujer.

Le vino a la mente el recuerdo de esa mañana, cuando había sentido la boca de Rita bajo la suya al besarla, rápidamente y sin pasión, frente al altar. Ella había querido más, podía reconocer el sabor del deseo en los labios de una mujer. Pero no se lo daría. Ahora dependía de ella, y no estaba dispuesto a permitir que su deseo malograra sus responsabilidades.

Su sirviente entró silenciosamente.

—¿Necesita algo, Alteza?

A la mujer que estaba en su cama.

—No.

Cuando su sirviente salió, Sakir dio otra bocanada al puro y se deleitó en la paz de la oscuridad.

Capítulo 5

El aeropuerto de Emand hervía de actividad. Turistas y gente local circulaban buscando su equipaje y taxis libres, mientras el personal del aeropuerto les gritaba por no tener los billetes ni las identificaciones apropiadas.

Pero para Rita Thompson, ahora Rita Al-Nayhal, las cosas eran mucho más sencillas. A Sakir y a ella los esperaban diez guardaespaldas y cuatro asistentes, todos dispuestos a hacer lo que el jeque y su esposa ordenaran.

Diez minutos después de aterrizar, Rita y Sakir salieron del aeropuerto y se subieron en limusinas distintas. Rita tuvo poco tiempo para sorprenderse, por no decir molestarse, por aquella extraña medida, porque a los pocos segundos la puerta de su limusina se abrió y Sakir se sentó a su lado. Llevaba un caftán blanco con ribetes dorados y estaba muy serio.

Un enorme guardaespaldas de grandes ojos castaños y piel color aceituna se acercó a la puerta.

—Alteza, esto no es prudente.

—Yo no he pedido nada de esto, Fandal —contestó Sakir, con la voz teñida de irritación—. No he venido a Emand para estas ceremonias.

—Sí, Alteza, lo comprendo, pero debe saber que Su Alteza Real…

Sakir dirigió una mirada tan fulminante al hombre, que este incluso dio un paso atrás.

—Ya veo que mi hermano ha ordenado esto. Y no lo acepto —

añadió Sakir, mientras extendía la mano y cerraba la puerta de la limusina—. En marcha —ordenó al chofer.

Rita observó a Sakir mientras atravesaban las calles de la ciudad. Su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción mientras sacaba unos documentos de su portafolios y comenzaba a estudiarlos. En la oficina de Texas, Sakir era un serio y apasionado hombre de negocios, tenía renombre. Pero en aquel país estaba muy rígido. Parecía como si necesitara relajarse un poco antes de derrumbarse en el calor del desierto.

—¿Sabes? Me siento muy halagada, Sakir —comentó ella con un tono relajado, casi divertido.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, has preferido subirte en mi coche en vez de en el tuyo.

Él levantó la vista de su trabajo y la miró sin expresión.

—Es tradición que la realeza viaje separada de su familia.

—Me gustan los hombres que rompen las tradiciones —dijo ella, sonriendo.

Una ligera sonrisa relajó la sensual boca de Sakir y sus ojos perdieron un poco de su dureza.

—Me he subido aquí contigo para dejar las cosas claras a mi familia. Ya no soy uno de ellos.

—¿Un miembro de la familia o de la realeza?

—Las dos cosas.

—Puede que rechaces ese hecho, Sakir, pero mira esto —apuntó ella, gesticulando con las manos—: limusina, avión privado, guardaespaldas… Me temo que siempre serás un príncipe.

Él apretó la mandíbula.

—Puede que haya nacido en esta situación, Rita, pero no soy parte de ella. Ya no más.

—¿Quiere eso decir que no voy a conocer a tu hermano?

—Me imagino que lo conocerás —respondió él, mientras atravesaban el desierto.

No sonaba muy emocionado por la presentación. Rita no pudo evitar preguntarse qué sería lo que habría pasado entre él y su familia para haberse marchado de Emand y haber cerrado su corazón a la gente más cercana a él.

—¿Tienes más familia aparte de tu hermano? —le preguntó.

—Un sobrino.

—¿Tu hermano está casado? —inquirió sorprendida.

—No. Apadrinó un niño. La mujer no quería al chico, prefería dinero.

Rita no podía concebir algo así.

—Qué horrible. Pero tu hermano parece un buen hombre.

Los ojos de Sakir se oscurecieron, al igual que su ánimo.

—Será mejor que hablemos de protocolo.

—Estoy entrando en un terreno demasiado personal, ¿no? —bromeó ella, decidida a mantener la atmósfera tan distendida como fuera posible.

Sakir le dirigió una sonrisa peligrosa, acompañada de una mirada intensa.

—Sí, pero me esperaba cuestiones personales.

Rita empezaba a sentir un cosquilleo en el estómago. Hacía mucho tiempo que no se sentía así.

—¿Qué decías del protocolo?

—Eres mi esposa, Rita. Eso no tiene el mismo significado aquí que en Estados Unidos.

—¿Lo dices por mi ropa? —Preguntó ella, alisándose el vestido de seda azul—. ¿Debo llevar algo más tradicional?

—No, así estás… —Se detuvo, recorriéndola despacio con la mirada—. Estás muy hermosa. El color del vestido resalta el de tus ojos.

—Gracias —respondió ella, y sintió que las mejillas le ardían.

—Se trata de tu comportamiento.

—No pienso hacerte reverencias ni besarte los pies ni nada parecido, Sakir, así que ni te lo plantees —advirtió ella, riendo divertida.

—No habrá reverencias —comenzó él, y le lanzó una mirada penetrante—. Y nunca te pediría que me besaras los pies, Rita.

Aquella mirada desató una ola de calor en el cuerpo de Rita. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lograba hacerla sentir tan vulnerable y tan llena de deseo con una simple mirada? No era justo.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —preguntó ella.

—Me gustaría que me trataras respetuosamente, eso es todo.

—Por supuesto. ¿Y tú harás lo mismo?

Él asintió.

De repente, la mirada de Rita se desvió al exterior y se quedó sin

aliento ante la imagen más impresionante de su vida:

—¡Madre mía! Mira eso —le dijo, señalando con el dedo—. Nunca había visto un hotel tan fabuloso.

Situada en un lugar un poco elevado del vasto desierto, con montañas detrás, se erigía una enorme fortaleza. Cúpulas y balcones parecían llegar hasta el límpido cielo azul, y el exterior resplandecía con brillos de oro y terracota.

—Parece salido de un cuento de hadas —comentó ella, emocionada.

Sakir no se molestó en mirar.

—Eso no es un hotel. Es la casa de mi familia, Rita.

Ella se volvió a él y se lo quedó mirando.

—¿Estás bromeando?

—No.

—Pero es tan hermosa y tan…

—Es cómoda —afirmó él.

Ella rió de nuevo, pero esta vez ante la apatía de él.

—Igual que el avión, ¿verdad? —Sacudió la cabeza—. No lo entiendo. ¿Dejaste todo esto por Texas?

La mirada de él permaneció inexpresiva:

—Dejé lo que está dentro.

Las palabras de él eran tan misteriosas, tan sobrecogedoras… Rita se moría de ganas por saber qué había ocurrido entre él y su familia. Pero dudaba mucho que Sakir fuera a compartir su pasado con ella. Era un hombre demasiado orgulloso como para permitirle ver sus cicatrices, emocionales o de otro tipo. Pero, tal vez, ella podía rascar un poco la superficie.

—Hay algo que no entiendo, Sakir —comenzó—. No quieres formar parte de esto, de la vida de príncipe, ¿y nos alojamos en el palacio?

Él suspiró.

—Preferiría que no fuera así, hay muchos otros lugares donde podríamos alojarnos. Pero de cara a nuestros clientes, me temo que el palacio es la única opción. Son muy tradicionales. No comprenderían que me hospedara en un hotel cuando mi familia está aquí. La confianza que pudieran tener en mí estaría en peligro.

—Así que, ¿estás dispuesto a renunciar a tus principios por lograr este contrato?

Una ira repentina apareció en los ojos de él. —No me hables de principios. ¿O no fuiste tú la que se inventó toda una boda para lograr la felicidad de tu hermana?

—No es lo mismo. Aquello era un sacrificio. Lo hice por ella.

—Engañaste a muchos. Dejaste a un lado tus principios, ¿o no?

—De acuerdo, lo hice —reconoció ella, y clavó su mirada en él —. Y tú, ¿a quién haces feliz con este contrato, aparte de a ti mismo, Sakir?

Él resopló.

—No creo que pudieras entenderlo.

—No, creo que lo entiendo demasiado bien —replicó ella.

Sabía, en su interior, que él había vuelto para algo más que lograr el mejor negocio de su vida, pero estaba segura de que él no lo reconocería.

—Veo que quieres discutir, Rita. Normalmente estaría encantado de complacerte —comentó él, taladrándola con una fría mirada—, pero no hoy.

Rita no dijo nada más, sólo se reclinó en el respaldo del asiento y observó acercarse la casa de la familia de Sakir. No lo presionaría más, al menos por el momento. Él tenía muchos demonios del pasado con los que pelearse, y ella respetaría su intimidad. Por el momento.

Atravesaron tres puertas, cada una con varios guardaespaldas armados, hasta que llegaron a la entrada de la casa. Un hombre los esperaba en lo alto de la escalera, un hombre guapo y cuyo aspecto y actitud le resultaron familiares a Rita. Iba vestido con un ajustado caftán blanco y observaba de pie, con las manos a la espalda, mientras el coche se acercaba.

Fandal, el sirviente de la piel color aceituna y fuerte como un roble, abrió la puerta e hizo una profunda reverencia:

—Alteza.

—Él no tenía que estar aquí —le susurró Sakir entre dientes, mientras salía del coche.

—Insistió, Alteza.

Sakir no dijo nada más. Ayudó a Rita a salir de la limusina y luego subió las escaleras.

—Hola, Zayad —saludó, en un tono frío y extendiendo la mano.

—Hola, hermano. Ha pasado mucho tiempo —saludó Zayad,

estrechándole la mano.

Sakir asintió y se volvió hacia Rita.

—Me gustaría presentarte a…

—Tu esposa, sí, ya lo sé.

Sonrió a Rita y tomó su mano:

—Es un placer.

—Me alegro de conocerlo, Alteza.

—Llámame Zayad, por favor —pidió, y le besó la mano—. Después de todo, ahora somos familia.

Rita sonrió.

—Gracias por acogernos, Zayad.

—Sois muy bienvenidos —afirmó, y luego se giró y les indicó que lo siguieran al interior del palacio.

—Eres un hombre afortunado, Sakir. Si yo lograra encontrar una mujer tan hermosa como tu Rita, puede que me casara yo también.

Sakir no contestó, pero se agarró con más fuerza a la cintura de ella.

—¿Están preparadas nuestras habitaciones?

—Por supuesto.

—Bien.

El vestíbulo del palacio era espectacular. Los techos estaban cubiertos de molduras geométricas y había impresionantes murales decorando las paredes. Rita se dedicó a contemplar aquella maravilla, abriendo aún más los ojos al ver el suelo de mármol rojo que conducía hasta una escalera de oro.

Zayad les dirigió una sonrisa cómplice.

—Me imagino que querréis relajaros un poco y tal vez refrescaros.

—Sí nos gustaría —contestó Sakir.

—Entonces, Gana os conducirá a vuestras estancias —anunció Zayad, y con una inclinación de cabeza se dio la vuelta—. Os veré en la cena.

La voz de Sakir retumbó en el vestíbulo:

—Tomaremos la cena en nuestras habitaciones, ya que tú seguro que estás muy ocupado.

Zayad no se volvió, pero contestó con una risita:

—Esta noche estoy libre, Sakir.

Rita sintió la irritación del hombre junto a ella, y trató de tomar

su mano. Pero él se apartó de ella, mostrando claramente que no quería su consuelo. Una mujer pequeña de pelo oscuro, muy hermosa y de unos veintitantos años, se inclinó ante ellos y, sin abrir la boca, les indicó que la siguieran. Subieron por la escalera de oro y atravesaron un largo pasillo con muchos balcones, llenos de plantas y flores. Una cálida brisa con aroma a jazmín entraba por ellos, recordándole a Rita que estaba en un país extranjero, que por primera vez en su vida estaba viajando y explorando.

Sonrió y se volvió hacia Sakir.

—Tu hermano es encantador —le comentó.

—Sí —respondió él secamente—. Las mujeres tienden a enamorarse de él con un solo vistazo, así que te pido que recuerdes que, durante las próximas tres semanas, eres *mi* esposa. Después de ese tiempo, puedes hacer lo que te plazca.

Ella le dirigió una mirada irónica.

—¿Es enfado o celos lo que hay en tu voz, Sakir? No sabría decirlo.

—Ninguna de las dos cosas —murmuró él, apretando la mandíbula.

Por fin llegaron a sus habitaciones. Rita observó sobrecogida. La enorme sala de estar era opulenta pero acogedora. Pintada de verde pálido y dorado, tenía un estilo casi oriental, con tapices de China y muebles adornados con marquetería de nácar.

—¡Esto es extraordinario! —exclamó, pasando de la sala de estar al grandioso dormitorio.

El techo era una cúpula finamente decorada con pinturas, las sábanas eran de seda azul y el dosel tenía incrustaciones de oro. De repente, Rita se detuvo en seco.

—Sakir… sólo hay una cama…

Se giró y vio a Sakir en la puerta del dormitorio, con los ojos verdes brillando de diversión.

—Comprendo que debamos mantener las apariencias… —continuó ella, con el corazón acelerado.

—Estamos casados, Rita —le recordó él.

¿Eran imaginaciones suyas, o la estaba acariciando con la mirada? ¿Se lo imaginaba, o él estaba sugiriendo que durmieran juntos por su propio placer y no porque estaban juntos en un negocio?

—Y es una cama muy grande —añadió él.

Su boca era tan carnosa, tan sensual… Rita sintió una ola de calor en su vientre.

—Claro, que puedo dormir en el suelo si eso te hace sentir más cómoda —propuso él, sonriendo.

¿Por qué estaba tan nerviosa?, se preguntó Rita. Se sentía terriblemente atraída hacia Sakir y había fantaseado miles de veces acerca de dormir con él. Tragó saliva con dificultad, abrió la boca para decir algo, lo que fuera. Pero apenas podía pensar con claridad.

Antes de que pudiera decir nada, Gana apareció junto a Sakir, con la mirada baja.

—¿Alteza?

Rita observó la reacción de Sakir, que le sonrió a ella:

—Te está hablando a ti, Rita —le informó.

—¡Ah! —Exclamó ella, repentinamente nerviosa, y sonrió a la joven—. Lo siento.

Gana levantó la mirada tímidamente.

—¿Quiere hacer el favor de seguirme, Alteza?

—Desde luego —contestó Rita, pasando junto a Sakir—. ¿Te veré después, o…?

—Me verás muy pronto —respondió él, con un brillo travieso en sus ojos.

Rita tuvo que emplear toda su concentración para apaciguar su cuerpo ante la excitación que le produjo aquella mirada. Tomó aire profundamente y siguió a Gana hasta un espléndido vestidor repleto de decoraciones de oro y porcelana china.

—He preparado el baño para usted, Alteza —anunció Gana.

Aquel repetido «alteza» devolvió a Rita lentamente a la realidad, si es que existía una realidad como aquélla. Rita se sintió extraña cuando la hermosa joven la ayudó a desvestirse: nadie la había ayudado desde que lo hacía su madre, cuando ella tenía unos siete años. Pero no se opuso a los cuidados de la joven. Estaría en ese mundo exótico de fantasía durante sólo tres semanas. No importaba lo extrañas que le resultaran algunas cosas, ella iba a dejarse llevar y, con un poco de suerte, pasaría un tiempo interesante, educativo y fabuloso.

Después de ayudarla a cubrirse con una deliciosa bata de seda,

Gana la condujo hasta un amplio cuarto de baño de mármol azul pálido de altos techos, puertas con cristaleras que daban a una terraza y dos bañeras de mármol azul oscuro, cada una del tamaño de una pequeña piscina.

Rita contuvo el aliento ante la visión que tenía delante, y sintió la boca tan seca como el desierto que se veía por las ventanas.

Pétalos de rosa flotaban en una de las bañeras, mientras que su impresionante esposo jugaba con el agua en la otra bañera.

Capítulo 6

Rita llevaba la bata de seda que él había elegido para ella, apreció Sakir, y una combinación letal de orgullo y deseo salvaje se apoderó de él mientras se reclinaba en la bañera.

Dos días antes, su asistente de vestuario le había llevado catálogos de ropa de mujer de las mejores casas de París y Milán. Había comprobado que ella tenía bastantes trajes de chaqueta, pero poca ropa adecuada para su nueva posición, para una princesa de Emand.

Sakir la recorrió con mirada hambrienta. La seda se ajustaba a sus caderas como si fueran las manos de un amante. Su cintura, pequeña y flexible, clamaba por que la rodearan, y sus generosos senos se adivinaban firmes y tentadores bajo la tela que cubría su pecho.

Afortunadamente, estaba sentado dentro de la bañera y cubierto por el agua, cosa que agradeció Sakir mientras la parte inferior de su cuerpo se endurecía tanto como el mármol que lo rodeaba. Con una acogedora sonrisa, se movió dentro de la bañera-piscina.

—El agua está tibia y aromatizada con hierbas.

Ella bajó la vista hacia el agua, y la levantó de nuevo. Lo miró con una ceja enarcada.

—Por favor, únete a mí, Rita.

La sorpresa se mantuvo férrea en los ojos de ella.

—Creo que puedo esperar a darme el baño más tarde.

—Nunca creí que fueras tímida —la increpó él.

—Sólo en algunas situaciones tan desnudas —dejó escapar una

risita—. He estado muy ocupada últimamente…

—¿Planeando una boda?

—Exacto —continuó ella rápidamente—. Así que no he tenido mucho tiempo para cuidarme. No he hecho ejercicio, ni tratamientos de belleza. Y eso que he dejado la adicción al chocolate.

Sakir sonrió lentamente.

—Estoy seguro de que lo que se esconde bajo tu bata de seda es un paraíso que no necesita disculpas de ningún tipo.

Rita se quedó con la boca abierta al escuchar esas palabras y sus mejillas enrojecieron.

Sakir estaba sorprendido por el atrevido piropo que había salido tan fácilmente de su boca, pero no se desdijo. Sonrió al ver la ceja enarcada de ella.

—Pero mantendré los ojos apartados de ti, si eso te hace sentir más cómoda.

—En este punto, no creo que haya nada que me haga sentir más cómoda. Me bañaré en otro momento, Sakir —respondió ella.

Gana entró silenciosamente portando toallas limpias. Era demasiado buena sirvienta para dejar ver su confusión ante la escena que tenía delante, pero Sakir detectó algo en el fondo de sus ojos negros. Tal vez se preguntaba por qué aquella esposa aún estaba vestida y seca teniendo a su marido delante. Su marido el jeque…

Sakir se reclinó sobre la pared de mármol de la bañera. No sería bueno que Gana fuera contándole al sirviente de su hermano Zayad los problemas de su matrimonio. La misión para la que había vuelto a Emand era demasiado importante.

—Esposa —comenzó, empleando un tono que su padre usaba mucho—, te ordeno que te unas a mí.

La mirada de Rita cambió de la aprensión a la ira en segundos.

—¿Perdona?

Sakir señaló con la mirada a Gana, volvió a mirar a Rita y enarcó una ceja.

Rita apretó los labios, comprendiendo lo que él quería decir, pero sin moverse un ápice.

—Te ordeno que me obedezcas.

—Está bien —murmuró ella irritada.

Para demostrar su supremacía, Sakir entrelazó las manos detrás de su cabeza y se apoyó en ellas, tomó aire profundamente, sonrió y esperó. Rita, por el contrario, se dispuso a quitarse la bata totalmente inexpresiva.

—No puedo creerlo —murmuró.

Se mordisqueó el labio inferior. Entonces, de repente, se detuvo y le dirigió una sonrisa mordaz a Sakir.

—Sería apropiado que desviaras la mirada ahora, Alteza.

Él sonrió más ampliamente y bajó la vista al agua delante de él.

—Como desees, amor mío —dijo, y bajó la vista hacia el agua.

Primero oyó un resoplido de desdén. Después, el evocador susurro de la seda cayendo sobre las baldosas. Y por último, el sonido del agua acogiendo el cuerpo desnudo y firme de ella.

Sakir estaba tenso, al límite de su deseo. Sin duda estaría maldito durante toda la eternidad, pero no pudo evitarlo: levantó la vista.

Una breve imagen de su suave vientre y sus deliciosos senos fue suya. Sólo por un momento. Pero fue suficiente para aumentar su tormento. Había piropeado en broma lo que había debajo de la bata de ella, pero nunca se habría imaginado que una breve visión de aquello lo desestabilizaría tanto, provocándole el deseo más intenso que nunca había experimentado.

—Gracias, Gana —oyó que decía Rita—. Puedes retirarte, no te necesitamos.

Rita esperó a que la joven sirvienta saliera de la habitación.

—Ahora estamos solos, Alteza —comenzó, con la voz teñida de ira—. ¿Hay algo más que quiera ordenarme?

La pregunta le dio qué pensar, se veía a sí mismo tumbado bajo ella, ordenándole que hiciera lo que quisiera con él, lo que le diera placer a ella. Una imagen poco práctica y estúpida, concluyó.

—Te pido disculpas por mi brutal comportamiento, pero me temo que era necesario.

—Espero que así fuera, porque ha sido completamente humillante.

—Tú has sido la que lo ha provocado, ¿sabes?

—¿Y eso por qué? Creí que sólo iba a darme un baño después de un largo vuelo.

—Aceptaste ser la esposa de un jeque. Eso implica ciertas…

expectativas.

—Y tú aceptaste que ambos nos respetaríamos —le recordó ella.

Sakir se detuvo, reflexionó sobre eso y asintió.

—Es cierto, tienes razón. Pero que no se te suba a la cabeza —dijo él, levantando la barbilla.

—¿Y te disculpas por ello? —preguntó ella, sonriendo.

—Tal vez.

Rita sintió que su lucha interior se relajaba un poco. Lograr que un hombre admitiera un error era una tarea ardua, y con Sakir aún más. Rita se encogió de hombros y sonrió ampliamente.

—Estás perdonado.

—Me alegro.

Con toda la charla sobre lo que era apropiado y las disculpas, Rita había olvidado que estaba desnuda, en un agua clara y cerca de Sakir. Sintiéndose demasiado expuesta, se acercó a un montoncito de hierbas aromáticas y las dispuso cubriéndole el pecho.

—Por cierto, Rita… No tienes nada de lo que avergonzarte —comentó.

Estaba ahí sentado mirándola, tremendamente *sexy* con su piel oscura y sus músculos definidos. Rita tragó saliva con dificultad.

—¿A qué te refieres?

—Tienes un cuerpo muy hermoso —afirmó él bajando la vista.

—Prometiste que mirarías hacia otro lado —protestó ella, mientras el pulso se le disparaba.

Él se encogió de hombros.

—Normalmente soy hombre de palabra, pero… me temo que la tentación era demasiado grande.

—No te comprendo, Alteza. En Texas eras «don Correcto», «don Reservado», don… Y bueno, mírate ahora —le indicó con un gesto.

—¿Qué ves tú? —le preguntó él con una sonrisa sensual.

Rita sintió que el estómago le daba un vuelco, literalmente.

—Llevas en casa apenas una hora y estás… estás…

—«… relajado, bromeando y muy caliente», pensó, pero las palabras no salieron de su boca porque él se puso en pie lenta y sensualmente y salió del baño. Completamente desnudo.

—¿Estoy cómo? —inquirió.

La ola de deseo que pasó del cerebro de Rita a sus senos y a su vientre le indicó la respuesta a esa pregunta: «como mi mejor

fantasía». No era la repuesta más apropiada, pero era la auténtica.

Sakir la contempló de pie, frente a ella, resplandeciente, y ella se permitió recorrerlo con la mirada: las pantorrillas musculadas, los muslos fibrosos, los glúteos esculturales.

Y su orgullo: largo, rosado y enhiesto.

Una nueva ola de calor recorrió su cuerpo tenso, y la respiración se le volvió dificultosa. Era la primera vez en su vida que pensaba cosas así, y de esa manera. Aquella tierra de especias y puestas de sol le evocaba aquello. Tenía que ser eso.

—Voy a vestirme —anunció él—. Mandaré a Gana para que te ayude. La cena es dentro de media hora.

Ignoró las toallas. Salió caminando hacia el vestidor con su ancha y bronceada espalda brillando aún con el agua del baño.

Rita tomó aire profundamente, con el cuerpo tan tenso como un tambor. Tenía un serio problema. Tras un ligero quejido, se tapó la nariz y se metió bajo el agua.

Media hora más tarde, se contemplaba en el espejo de cuerpo entero del dormitorio y sonreía ante la imagen. Una exquisita seda azul y verde rodeaba su torso y llegaba hasta sus pies. Aquel vestido le cubría mucho más cuerpo del que estaba acostumbrada, pero entre toda la preciosa ropa que Gana le había mostrado, el vestido tradicional de Emand le había parecido el mejor para una cena en palacio.

—Gracias.

Rita se giró, con el corazón en la garganta. A tan sólo unos pasos, irresistiblemente guapo con un caftán blanco y oro, estaba Sakir.

—¿Gracias por qué? —preguntó ella.

—Por ponerte ese vestido —contestó él, acercándose a ella, buscando su mirada—. Lo escogí yo mismo, pero no creía que fueras a querer ponértelo.

—¿Y por qué no?

—En Emand es una costumbre bastante moderna, pero para una mujer norteamericana…

—Bueno, pues para esta mujer norteamericana es precioso.

Sakir tomó su mano, se la acercó a los labios y la besó en la palma:

—Tú sí que eres preciosa.

Rita sintió el corazón golpeándole el pecho. Del cuarto de baño al dormitorio, no había cambiado nada, al menos en lo que ella sentía.

¿Qué hacía ella ahora? ¿Podía decirle que él también era muy guapo? ¿Que le había encantado su beso? ¿Podía pedirle que se acercara un poco más a ella? ¿Susurrarle que deseaba volver a sentir su beso en los labios, el cuello, los hombros…?

Dejó salir el aire de sus pulmones. Qué idea más estúpida. Seguro que él la rechazaba. Y no podría soportarlo, al menos por el momento. Puede que estuviera preparada cuando volvieran a Paraíso y sus vidas se separaran, pero en ese momento no lo estaba.

No, esperaría a ver qué pasaba, con una cierta esperanza. A ver si la transformación de Sakir de jefe mesurado en pretendiente *sexy* continuaba.

—Gracias por el cumplido —dijo, dirigiéndole una amplia sonrisa.

Sakir asintió, puso su mano sobre el antebrazo de ella y la condujo fuera de la habitación.

En silencio atravesaron el suntuoso pasillo. Rita se preguntaba si él tendría pensamientos parecidos a los suyos. Pero no iba a hablar de ello. Rebuscó en su cerebro para encontrar algún tema de conversación ligero, aunque con algún valor.

—Así que, ¿cuando eras pequeño corrías arriba y abajo como un loco por estos pasillos?

El se volvió y le sonrió con ironía.

—¿Tú qué crees?

—Francamente, sólo puedo imaginarte como un niño serio, Sakir —respondió ella, riendo.

—Por lo que recuerdo, siempre lo fui —afirmó, conduciéndola por la escalera—, excepto…

Su voz se fue apagando y Rita le dio un breve apretón en el brazo.

—Continúa.

—Es una anécdota poco interesante, no importa.

—Deja que sea yo quien lo juzgue —pidió, riendo—. No te atrevas a dejarme así o…

—¿O qué?

Sakir se detuvo al final de las escaleras y buscó la mirada de

ella. Rita se encogió de hombros y dijo con misterio:

—No sé lo que es, pero sea lo que sea no quieres arriesgarte.

—Tal vez sí.

Podían percibir un calor circulando entre ambos, sólido y peligroso.

—Quiero oír esa historia, Sakir —rogó Rita, recuperando la voz entre la bruma de deseo que los envolvía.

Aquella boca carnosa dibujó una sonrisa.

—De acuerdo. Cuando era niño, tenía debilidad por los higos. Era capaz de hacer cualquier cosa para conseguir uno.

Vaya, eso era interesante, pensó Rita.

—¿De veras? ¿Como qué?

Él se acercó más a ella y le susurró al oído.

—Hubo alguna noche en que escalé las murallas del palacio y me interné en la negra noche…

—Buenas noches.

La atmósfera entre los dos se había ido caldeando, volviéndose sensual e íntima, pero el tono frío de la voz del sultán la barrió como un viento gélido. Ambos se separaron mientras Zayad llegaba junto a ellos.

—Confío en que hayáis tenido tiempo de relajaros y recuperaros del viaje —dijo educadamente.

—Así ha sido, gracias —respondió Rita.

—¿Y tú, hermano? Espero que hayas encontrado algún descanso —dijo, volviéndose hacia Sakir.

Rita observó confundida a Zayad. Su tono mostraba un auténtico interés, como si realmente le importara que su hermano estuviera bien. Ella había creído que los dos hermanos se llevaban mal, pero la actitud de Zayad, lo mismo en ese momento que cuando lo habían visto por primera vez, no contenía ni un ápice de antagonismo. No como la fría indiferencia de Sakir.

—Supongo que tu personal te ha informado de todos nuestros movimientos, Zayad —dijo Sakir.

—¿Aún sigues siendo cínico, hermano? —contestó Zayad, sacudiendo la cabeza.

—Realista, más bien.

Zayad no dijo nada más, sólo les indicó que lo siguieran. Dejaron el vestíbulo y atravesaron varias habitaciones

exquisitamente decoradas. Vieron tapices de seda y molduras de oro, cuadros de museo adornados por marcos llenos de joyas, y valiosos candelabros de cristal. Era una visión para recordar.

—Hemos llegado.

Ante Rita se abría un amplísimo comedor, decorado en seda roja y terciopelo, con exquisitos toques dorados. El esplendor y la suntuosidad de la habitación eran de esperar, después de haber visto el resto de la casa, pero aun así Rita se quedó impresionada por la estancia. Aquello era un palacio real, sin duda alguna. Muy diferente a su casita de dos habitaciones en Paraíso.

Rita fue acomodada junto a Sakir y frente a Zayad en una mesa que podía acoger fácilmente a cincuenta personas. Las velas brillaban alegremente y, conforme la comida fue servida y el vino escanciado, comenzó la conversación.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar? —preguntó Zayad.

—Tres semanas —contestó Sakir, después de tomar un buen trago de vino.

—¿Solo? Tu mujer y yo apenas nos conoceremos en tan poco tiempo —comentó Zayad, volviéndose a Rita y sonriéndole.

—Qué pena —respondió Sakir, tan seco como el desierto del exterior.

Zayad decidió concentrarse en Rita, sabedor de que no lograría mucho de Sakir esa noche.

—Tú antes trabajabas para Sakir, ¿no?

—Aún lo hace —se apresuró a contestar Sakir.

—¿Es eso cierto? —inquirió Zayad, enarcando una ceja.

Rita asintió, con la boca llena de ensalada de tomate y pepino.

—¡Ah! Juntos en los negocios y el matrimonio —añadió Zayad —. Debe de llenar mucho.

—Sí —respondió Sakir, mirando a Rita con una combinación de deseo e impaciencia—, puede decirse así.

Zayad hizo una indicación a su sirviente personal, y éste le sirvió un apetitoso plato de cordero.

—Los norteamericanos se casan por amor, ¿no es así? —preguntó a Rita.

—La mayoría, sí —contestó ella, aceptando la olorosa carne.

—Nosotros nunca pudimos permitirnos ese lujo, ¿verdad, hermano?

—No.

—Vivir en el extranjero tiene sus ventajas, ¿eh? —comentó Rita, sonriendo a Sakir.

—Desde luego —afirmó él, y una ligera sonrisa rozó sus labios.

Zayad los contemplaba, observando la relación entre ambos.

—Pero debes de echar de menos el desierto de Joona, Sakir, y las cascadas del Norte.

Sakir apretó la mandíbula.

—Estoy contento como estoy.

—Bueno, entonces me alegro por ti. Pero hay otras personas a las que deberías tener en cuenta. Sakir no contestó, sólo bebió de su copa.

—La gente de Emand, tu gente, te ha echado de menos —continuó Zayad, reclinándose en su silla—. Van a preparar una celebración en honor a tu vuelta. Para ti y para Rita, claro está.

—¿Cómo? —le espetó Sakir.

—Mañana al mediodía, en el mercado. Es la tradición. Se sentirán muy decepcionados si Rita y tú no acudís —informó Zayad.

Rita observó a Sakir, vio cómo su mano agarraba con fuerza la copa, cómo se le agitaban las ventanas de la nariz:

—Nunca decepcionaría a la gente de Emand, como bien sabes.

—Lo sé —afirmó Zayad, enarcando una ceja—. Entonces, ¿acudiréis?

—Acudiremos —contestó Sakir, apretando los dientes.

—Bien. —Zayad asintió—. Y ahora debo dejaros. Mi hijo va a llamar desde el colegio y quiero hablar con él.

Dirigió a Rita una inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Rita, forzando la sonrisa.

—Hermano… —se despidió Zayad.

Sakir no dijo nada, pero le siguió con la mirada hasta que abandonó la habitación.

—Bueno —comenzó Rita—, ¿qué hacemos ahora?

Sakir tardó un rato antes de responder.

—Siempre hay trabajo que hacer.

—Sí, siempre hay trabajo —repitió ella.

Suspiró, sintiéndose algo melancólica, por no hablar de la confusión que le provocaba lo que había sucedido entre Sakir y ella

antes en el vestíbulo y, luego, entre él y su hermano. Pero lograr alguna respuesta de su «marido» parecía una tarea imposible por el momento.

—¿Has terminado de comer? —preguntó él, y al verla asentir continuó—. Bien, porque hay algo que quiero enseñarte.

—¿Un contrato, una estadística? —preguntó ella, con una risita.

—Ninguna de las dos cosas —contestó él, tendiéndole la mano —. Nuestros jardines tienen fama de hipnotizar por su fragancia y su belleza. Me gustaría comprobar si aún es así.

El calor que la había invadido en la bañera, y luego frente al espejo con Sakir contemplándola, volvió a apoderarse de ella. Sonrió, se puso en pie y tomó su mano.

—Bueno, un poco de hipnotismo suena muy bien.

Sakir necesitaba hacer algo para relajar la tensión que le había provocado aquella cena en presencia de su hermano. Condujo a Rita a través del vestíbulo, llegaron a la parte trasera de la casa y accedieron a la noche atravesando un espectacular atrio. Sakir se detuvo en la entrada a los jardines y contempló a Rita maravillarse ante la visión de las veintitrés hectáreas de magnificencia. O lo que él siempre llamaba el patio de juegos de su niñez.

El recuerdo le hizo sonreír. Había tenido una infancia feliz, casi por completo.

—¡Vaya! —oyó murmurar a Rita, extasiada.

Ella señaló hacia la derecha. El sol se ponía sobre la rosaleda, y sus rayos rojo y naranja intenso se extendían sobre árboles, coníferas y palmeras.

Sakir dejó escapar el aire que había estado reteniendo desde que había aterrizado en Emand.

Estaba en casa. En su auténtico hogar.

Para él, el palacio era como un vigilante más, mientras que los jardines eran su santuario.

—Esto es increíble —alabó Rita.

—Hay mucho que ver —le dijo él, guiándola por los caminos empedrados hacia la parte de hierbas medicinales y muros de piedra.

—Me siento como si estuviera entrando en otra época, como si esto fuera terreno sagrado —comentó ella, emocionada—. ¿Crees que estoy loca?

—En absoluto.

La llevó por un puente hacia uno de los numerosos invernaderos con plantas de interior.

—Este jardín se creó hace miles de años, así que tienes razón en lo de que entras en otra época.

Una división perfecta de árboles frutales se abría ante ellos, y el aroma de los limones inundaba el aire. Más adelante había naranjos y ciruelos. Parecía el jardín del Edén. Y, ya que había recordado aquel término bíblico, Sakir se preguntaba cuántos pecados estaba dispuesto a cometer para tener a esa mujer junto a él.

—Detengámonos un momento —sugirió.

Los sonidos del jardín, de los insectos y del viento en el desierto exterior, llenaron la inquietud que había entre ellos.

—Sakir —comenzó Rita, en voz baja—. ¿Crees que tu hermano sospecha que no somos…?

—¿Un matrimonio de verdad? No estoy seguro.

Se volvió y la contempló. El corazón le dio un vuelco. Estaba tan hermosa con la piel teñida por la luz del ocaso y los ojos resplandeciendo de una necesidad que él conocía demasiado bien…

—Pero sí creo que piensa que somos amantes. —¿Por qué? No damos signos de ser amantes— preguntó ella sorprendida.

Sus palabras hicieron sonreír a Sakir. No tenía ninguna duda de que Zayad había captado las miradas sensuales y seductoras que le dirigía a ella. —¿Y qué signos serían ésos, Rita? Ella sonrió, divertida:

—Mirarnos el uno al otro con deseo, bañarnos juntos, tomarnos de la mano…

El sonrió y rodeó las manos de ella con las suyas, mientras se acercaba a ella. Ella rió nerviosa.

—Si hubiera visto el beso de nuestra boda, sabría que no somos amantes.

—Es cierto, fue un beso muy formal —afirmó él. Sin pararse a pensar en lo que hacía, Sakir extendió la mano y tocó la mejilla de Rita, y luego acarició su labio inferior con el pulgar.

—El beso que deseaba darte no hubiera sido apropiado para que lo vieran los demás —dijo, atrayéndola entre sus brazos—. ¿Quieres saber cómo era?

—Sakir…

Con su boca casi pegada a la de ella, le pidió:

—Dime que no en el momento que sea, Rita, ¿de acuerdo? Dime que te suelte si así lo deseas. Ella estaba tan ardiente como él.

—¿No hay ninguna orden esta vez? —preguntó.

—Sólo las que vengan de ti.

—Entonces —comenzó ella, con la respiración entrecortada—, te ordeno que me beses.

Él asintió y la besó.

Capítulo 7

Rita se fundió con él y sintió que las piernas le fallaban, cada nervio de su cuerpo vibrando de deseo. Se había imaginado aquello muchas veces: Sakir y ella cadera con cadera, sus senos apretados contra el pecho de él mientras él la besaba con un apasionado abandono…

Pero ninguna fantasía la había preparado para aquella realidad.

El amante de sus fantasías, en la realidad era un amante consumado. La besó con rudeza, con una pasión desenfrenada, y sus manos recorrieron su espalda y se detuvieron en su cuello. Ella sólo pudo estremecerse y gemir ante la dulce fuerza de aquel movimiento.

Mientras el crepúsculo se tornaba en penumbra alrededor de ellos, Sakir hizo derretirse a Rita, explorando su boca lentamente con la lengua, saboreando su necesidad. Entonces, cuando ella tuvo suficiente de aquella deliciosa tortura y gimió de placer mientras frotaba su cadera contra la erección de él, él volvió a sumergirse en su boca y la besó suave, profundamente.

Rita gimió, y todo su cuerpo clamó al de él, sobre ella, bajo ella, no importaba cómo, siempre y cuando estuvieran desnudos y muy juntos.

¡Dios! Hacía mucho tiempo que un hombre no la acariciaba así, no la sujetaba tan próxima a él que podía sentir los latidos de su corazón. Casi había olvidado lo que era sentirse deseada.

Años atrás, le había entregado su cuerpo a un hombre del que creía estar enamorada. Pero su impresión había estado

condicionada por la esperanza y el romanticismo de una mujer joven. Su amante la había usado para una noche y luego la había dejado tirada. Ese día, algo se cerró en su corazón. Desde entonces sólo se había permitido fantasear.

Hasta ese momento. Hasta Sakir. Como si le hubiera leído el pensamiento, Sakir la apretó aún más contra él y cambió el ángulo de su beso. Su boca era cálida, apasionada, mientras recorría su espalda con las manos hasta que llegó a sus glúteos y los agarró firmemente.

Rita emitió un quejido de placer. Sintió un hormigueo en sus senos y fuego entre sus muslos. Apretó sus caderas contra él aún más. Quería decirle: «Tómame. Hazme el amor antes de que me derrita de placer aquí mismo», pero no quería apartar su boca de la de él. Esperaba que su cuerpo hablara por ella.

Pero el único que habló fue Sakir. Y de su boca salió una maldición ahogada.

—¿Qué sucede? —Preguntó ella en un susurro, ardiendo de pasión—. ¿Algo va mal?

—Tenemos compañía —anunció Sakir irguiéndose lentamente, con la vista clavada en ella, aún poseído por un deseo peligroso e insaciable—. Estará aquí en unos momentos.

Rita trató de recuperar el aliento y la compostura al oír una risa masculina tras ella.

—¿Y si entramos dentro? —sugirió, intentando desesperadamente mantener aquel momento.

Podían ir arriba, desvestirse el uno al otro rápidamente, tumbarse en la cama, entre aquellas exquisitas sábanas de seda, y continuar lo que habían empezado.

—De acuerdo —respondió Sakir, desviando la mirada a las puertas del palacio.

Ella intentó agarrar su mano, pero él la apartó. Rita sintió un escalofrío.

—Tienes razón —continuó él, su voz repentinamente fría y distante—. Entremos dentro. Me temo que he descuidado mi trabajo demasiado tiempo.

Rita sintió como si un cuchillo le atravesara el corazón. Sakir había malinterpretado completamente su sugerencia. Lo que no estaba segura era de si había sido por accidente o

intencionadamente. Y en realidad, tampoco deseaba saberlo.

—No estaba hablando de trabajo, Sakir —recalcó, intentando tomar su mano de nuevo—. En la vida hay mucho más que trabajo.

—No para mí —afirmó él orgulloso, tomando la mano de ella y apoyándola en su brazo.

Rita sintió que asentía. Su mente y su cuerpo flotaban en algún lugar entre la lujuria y el *shock*. Trató por todos los medios de encontrar una luz de realidad. Sabía que necesitaba aceptar la verdad de lo que había sucedido: él la había rechazado. No era la primera vez que experimentaba esa sensación, pero con Sakir era mucho peor.

Tan sólo un momento antes, la había besado apasionadamente.

Sakir la alejó de los limoneros y la condujo hacia el palacio.

—Debo disculparme, Rita.

—¿Por qué? —preguntó ella bruscamente, aunque ya sabía la respuesta.

—He ido demasiado lejos, llevando las cosas a un lugar al que nunca deberían haber llegado.

Sus palabras se le clavaron a Rita en el alma, pero se esforzó en mantener la calma.

—Yo he ido hasta allí contigo, Sakir.

—Sí, pero hay una diferencia…

No pensaba dejarlo terminar. Hizo que se detuviera en la puerta de entrada y lo miró fijamente:

—Me he divertido mucho ahí. Siento que tú no te lo permitieras —le dijo, con la barbilla alta.

Él apretó los labios.

—¿Podrás encontrar la habitación, o te acompaño?

—No, estaré bien. Vete a hacer tu trabajo.

Quería estar sola, con toda su rabia y su frustración, mientras intentaba comprender qué había sucedido realmente. Si escuchaba otra disculpa, explicación o excusa, se metería en un taxi y se iría directa al aeropuerto.

Entró en la casa, lejos de su marido y del hombre del que se había enamorado hasta la médula, y se obligó a no volver la vista atrás. Mientras subía las escaleras, se dio cuenta de que, por primera vez desde que habían llegado a Emand, deseaba que Sakir se hubiera quedado en el terreno de sus fantasías.

La realidad se estaba volviendo demasiado complicada.

Los jardines, el desierto y la ciudad se extendían ante él.

Sakir se inclinó sobre el balcón correspondiente a su despacho en el palacio, un despacho que tiempo atrás perteneció a su padre, y aspiró el aroma a especias de Emand y el calor que aún desprendía el desierto. Durante muchos años, había apartado de su mente aquel mundo y todos sus recuerdos. Había apartado de su mente la noción de familia y, en consecuencia, se había vuelto un frío e impasible hombre de negocios.

Pero las cosas estaban empezando a cambiar. En el mismo momento en que puso el pie en su tierra, la coraza impasible había empezado a resquebrajarse.

Las luces de la ciudad comenzaron a encenderse y la visión lo hizo sonreír, aunque no pudo parar el profundo dolor de la nostalgia que lo invadió. Se pasó la mano por el cabello y suspiró. Nunca habría dicho que sentiría nostalgia de su tierra natal, pero así era.

Y tampoco habría dicho que sentiría algo aún más perjudicial: afecto. No era sólo deseo, además sentía afecto. Y por una mujer que se había jurado a sí mismo que nunca tocaría. Una mujer clave para él y para su negocio.

Cerró los ojos y vio a Rita bajo él, con sus ojos brillando de deseo un momento y vulnerabilidad al siguiente, conforme él rodeaba su pezón erecto con su boca, la acariciaba, se introducía profundamente en ella…

Gimió, se obligó a abrir los ojos y a fijarlos en el cielo cubierto de estrellas. Pero no fue una gran ayuda.

Aún sentía el tacto de sus labios, la intensidad de su beso y su necesidad, la forma en que ella se había entregado a él, tanto en cuerpo como en alma, el perfume embriagador de su pelo. Y recordaba su mirada cuando la había apretado con fuerza contra él…

El quería más, y hubiera ido más allá si el sirviente de su hermano no hubiera aparecido en el jardín.

Sakir notó que su cuerpo se ponía en tensión, urgiéndole a echar a correr. Podía ir a buscarla en ese momento…

Unas pocas plantas más abajo, ella estaba en su cama. En la cama de ambos. Después de todo, estaban casados; unidos por un

enlace legal…

Sakir sintió el pecho dolorido por la tensión.

¿Cómo reaccionaría ella si él iba a buscarla? ¿Si apartaba las sábanas y se colocaba sobre ella, con su boca deseosa de complacer hasta el más mínimo deseo de ella, y su mitad inferior dura como una roca?

Tomó aire profundamente, tratando de apaciguar su cuerpo. Rita Thompson era su secretaria y pronto sería su socia en la empresa. Pero nunca sería su esposa; haría bien en no olvidarlo. Y también haría bien en no olvidar que ella tenía la llave para el éxito de su negocio en Emand. Si todo salía como estaba planeado, ella lo ayudaría a cerrar uno de los contratos más importantes de su carrera, y así demostrarle a su hermano lo que podía hacer sin la ayuda de la familia.

Se irguió: se quedaría allá arriba, en la torre, en su mesa y con su trabajo.

Y Rita se quedaría en la cama, sola.

Sakir se apartó del balcón y entró en la habitación. Durante las próximas tres semanas, mantendría las distancias y controlaría su lujuria. Esperaba no perder la cabeza en el proceso.

Capítulo 8

Nada en el mundo era mejor que estirarse a gusto bajo unas sábanas de seda en una cama enorme y en un país extranjero, pensó Rita. Nada, salvo tener en esa cama al hombre con el que acababas de soñar.

Rita se tumbó boca abajo, apartó un mechón de pelo de un ojo y contempló la mañana clara. «¿El cielo de Emand tendrá siempre estas tonalidades rosa por la mañana?», se preguntó. Si así era, ¿consideraría ella la idea de trasladar su trabajo y su vida a un lugar así, para disfrutarlo todos los días?

«Quieta».

Metió la cabeza bajo la almohada y dejó escapar un grito ahogado. Unos cuantos besos increíbles, unas cuantas caricias, y ya estaba viendo el cielo color de rosa e imaginándose una vida en Emand. No importaba la actitud fría y distante de Sakir después de su encuentro, no. Ella quería quedarse en los ardientes momentos en que ese hombre hermoso e impasible la había sujetado como ningún otro, la había besado hasta dejarla sin aliento y la había hecho derretirse entre sus brazos.

Qué tonta era.

Llamaron suavemente a la puerta, y durante un segundo Rita sintió un relámpago de excitación en su vientre al pensar que tal vez fuera Sakir. Pero entonces oyó la voz de la joven sirvienta:

—Buenos días, Alteza.

Rita frunció el ceño y se tumbó boca arriba.

Gana esperaba en la puerta. Sonrió tímidamente.

—Lo siento si la he sobresaltado, Alteza. El desayuno la espera en la sala.

—Gracias —respondió Rita, mientras intentaba atisbar la habitación de detrás de Gana—. ¿Sakir… mi marido lleva mucho tiempo esperando?

—Su Alteza se levantó muy temprano. Ya ha desayunado —respondió la joven.

¿De qué se sorprendía? Él tenía que levantarse temprano, no quería que los sirvientes supieran que dormía en el sofá y no en la cama con su esposa.

—Pero me ha pedido que le diga que se ha ido —continuó Gana.

Rita se incorporó bruscamente en la cama, con el corazón saliéndosele del pecho.

—¿Cómo? —preguntó.

—Sólo durante unas horas, Alteza —se apresuró a añadir Gana.

—¡Ah! —Exclamó ella, con una risa de alivio—. ¿Sabes dónde ha ido?

—Lo siento, Alteza —se disculpó la joven, negando con la cabeza.

Rita suspiró y se apresuró a salir de la cama. Era obvio que Sakir no estaba nada ansioso por verla. A diferencia de ella, el encuentro de la noche anterior no le había afectado. O a lo mejor sí que le había afectado y por eso marcharse era su mejor defensa, para no hacer lo mismo cuando la viera por la mañana.

No sabía si sentirse frustrada o halagada.

Bueno, una cosa que no iba a hacer ese día era ponerse a su disposición, sexualmente, emocionalmente o de cualquier otra forma, decidió. Ya se había expuesto al dolor la noche anterior y había obtenido su respuesta. Y no lo haría más.

Su fantasía había terminado. Respetaría las «reglas» que había acordado con Sakir y trataría de no olvidar que estaba allí por una única razón: negocios.

—Gana, ¿me harías un favor? —le preguntó, saliendo de la cama y poniéndose la bata.

Gana hizo una profunda inclinación de cabeza.

—¿Me llamarías Rita?

—No puedo hacerlo, señora —respondió la joven, mirándola horrorizada.

—Por favor, al menos cuando estemos solas.

En el rostro de Gana apareció una sonrisa.

—Tantas formalidades me están volviendo un poco loca. Necesito una amiga —le confesó Rita, enarcando una ceja, esperanzada—. ¿Lo harías?

—De acuerdo —aceptó Gana—, Rita.

Rita rió.

—Perfecto. Y ahora, tú y yo vamos a desayunar juntas.

De nuevo la joven la miró horrorizada.

—Sí, juntas —repitió Rita tomándola de la mano y conduciéndola hacia la otra habitación—. Y si es necesario, te lo ordenaré.

Aquella tarde, mientras atravesaban la ciudad en la limusina camino de la fiesta de bienvenida en el mercado, Sakir no pudo evitar fijarse en la expresión dura de la boca de Rita y su tensión, sentada rígida en el extremo opuesto del asiento.

Estaba enfadada con él.

Aunque él conocía los reproches que se agolpaban en aquellos hermosos ojos azules, la necesidad de cambiar esa mirada por otra de pasión y placer, como la noche anterior, casi corrompió su sensibilidad.

Pero un movimiento así sería poco prudente. Sabía que, si la tocaba de nuevo, los llevaría a ambos a la ruina. La noche anterior se había comportado como un bribón para recordárselo a los dos. Estaban casados, pero no eran amantes.

De nuevo, constató que ella le importaba. Además, él no era ningún príncipe cruel. Se reclinó en el asiento, con actitud reservada, preocupado.

—¿Estás bien, Rita? —preguntó.

—Perfectamente —respondió ella mientras miraba por la ventana la brillante luz del sol.

—Estás fría, distante y profesional, es como si estuviéramos en la oficina.

—Bueno, lo estamos, ¿o no?

—No, no lo estamos.

Ella se volvió y lo miró fijamente.

—¡Eh, vamos! Estamos aquí a causa de Emand Oil. Según yo lo interpreto, eso significa trabajo.

Sakir miró al chofer, que intentaba ser discreto pero no podía evitar mirarlos de vez en cuando. Sakir presionó un botón en el panel de su izquierda. Un cristal divisorio bajó y les separó del conductor. Sakir se volvió hacia Rita.

—Sí, estamos aquí por trabajo, pero bajo la fachada de un matrimonio.

—¿No estoy actuando lo suficientemente bien como esposa, Sakir? —le preguntó ella, con una voz que revelaba su frustración.

Frustración era lo que Sakir sentía también, en su mente y en su cuerpo.

Su esposa…

Antes, cuando se habían encontrado en el vestíbulo, habían caminado juntos hacia el coche y se habían sentado cada uno en su propio asiento en la limusina, Sakir había hecho todo lo posible por mantener su mirada apartada de la mujer que tenía al lado. Pero en ese momento algo, una fuerza de la naturaleza, lo impulsó a observarla con detenimiento.

Excepto por el ceño fruncido, estaba extraordinariamente hermosa. Llevaba un vestido azul sencillo y con mucho estilo, y el tejido de seda se adaptaba suavemente a sus impresionantes curvas. Se había recogido el pelo en un precioso moño a la altura del cuello, y su piel brillaba con la salud y el fuego de una mujer cuyas necesidades esperaban a ser cubiertas.

Su esposa.

En ese momento, Sakir sintió que era una tremenda ofensa el que no lo fuese.

Esquivó la complicada pregunta que ella acababa de hacerle.

—Estás enfadada conmigo, puedo verlo.

—Eres rápido —apuntó ella, y rió entre dientes.

El sarcasmo de la voz de Rita le pareció divertido. Le gustaba que lo desafiara. Estaba tan acostumbrado a que todo el mundo fuera detrás de él, que siempre habría apreciado la actitud directa y vivaz de Rita. Sí, le gustaba su pasión. Si sólo pudiera avivarla de la forma en que deseaba hacerlo…

—¿Estás molesta porque no te he acompañado en el desayuno esta mañana? —preguntó él—. No pude evitarlo. Tenía trabajo y…

—Eres realmente arrogante, ¿lo sabías, Sakir?

—Sí, lo soy, pero ¿a qué cosa en concreto te refieres?

Ella dejó escapar un suspiro de irritación.

—No me refería al desayuno, me refería a anoche.

El deseo lo invadió al recordar el beso, el cuerpo de ella y su propia erección la noche anterior.

—Es por el beso, ¿verdad?

—No, Alteza, es por la promesa.

Sakir se quedó callado.

—No lo entiendo, Rita.

Ella se reclinó en el respaldo del asiento y cruzó una pierna larga y suave sobre la otra.

—Acordamos unas reglas. Tú las propusiste, Sakir, ¿ya no te acuerdas?

Por supuesto que se acordaba. Había creado esas reglas en Estados Unidos, cuando tenía honor y la cabeza clara, y cuando no tenía a una hermosa mujer en su cama. Apretó la mandíbula.

—Sí, lo recuerdo —murmuró.

—Entonces, ¿qué demonios sucedió?

Sakir se la quedó mirando. Por primera vez en su vida, no tenía palabras. Bueno, tenía las palabras, pero no eran las apropiadas. Esas palabras lo meterían en problemas. ¿Cómo podía explicar sus acciones? ¿Sería sabio admitir la verdad: que por primera vez en su vida había querido perder el control junto a una mujer, junto a ella? ¿Que por eso la había tomado en sus brazos la noche anterior, la había besado como un hambriento y había olvidado las reglas que él mismo había fijado como ley?

Ella lo estaba mirando, con sus fieros ojos azules fulminando su mente, su alma.

De nuevo, Sakir hizo una inclinación de cabeza.

—Te pido disculpas otra vez por mi comportamiento de anoche, y por haber roto nuestro acuerdo. No volverá a suceder.

—Eso no es una explicación, Sakir.

Ya lo sabía. Pero también sabía que no podía decirle que la misma boca que había pronunciado su nombre entre gemidos la noche anterior, lo estaba volviendo loco en aquel preciso instante. No podía decirle que su cuerpo la echaba de menos tanto que le dolía, que deseaba tumbarse en el suelo de la limusina, desvestirla y hacerle el amor en ese instante, a plena luz del día, si ella daba la más mínima muestra de estar interesada por él.

Unos pensamientos tan eróticos provocaron que se le endureciera la entrepierna y el corazón le latiera con fuerza en el pecho. En ese momento, la limusina se detuvo.

—Seguiremos hablando de esto más tarde —dijo él, tratando de contener el deseo salvaje que amenazaba con consumirlo entero—. Hemos llegado.

Capítulo 9

A Rita le encantaba el Canal Cocina. Los viernes por la noche le permitían vivir aventuras: en Roma, con los mejores vinos, quesos y pastas; o en Madrid, con la paella de marisco y la sidra asturiana; o, más cerca, en Chicago, con los sándwiches de ternera italiana y su guarnición.

Pero sus viajes los hacía a través de la «caja tonta», nunca se había sentido realmente parte de esas experiencias; no podía captar los aromas ni saborear las texturas.

Aquel día, se sentía como si estuviera en un episodio en vivo del Canal Cocina. Desplegado ante ella había un espectacular mercado. Bajo el cálido sol y a la sombra de tenderetes de vivos colores, mujeres y hombres se movían entre verduras y frutas frescas, panes y carnes suculentas cocinadas a la parrilla allí mismo. Unos y otros se hablaban a gritos, regateaban para lograr el mejor precio, y luego pagaban y sonreían antes de continuar su camino.

Y en el medio de todo aquel bullicio, del calor y de los penetrantes aromas, había una tienda de color rojo vino y oro con la bandera de Emand ondeando vivamente en su parte superior.

—Caminemos —dijo Sakir desde detrás de ella.

La tomó de la mano, la ayudó a bajar del coche y la condujo hacia el mercado.

Conforme se fueron acercando, rodeados por los guardaespaldas reales, la gente detuvo sus actividades y se los quedaron mirando. Por unos momentos, ni el príncipe ni la gente dijeron ni hicieron nada. Ambos parecían esperar a que algo sucediera. Rita estaba a

punto de preguntarle a Sakir qué esperaban, cuando de repente él levantó la mano y la multitud enmudeció.

Entonces Sakir se dirigió a ellos. Rita no comprendía lo que estaba diciendo, porque hablaba en árabe, pero parecía complacer a aquella gente. Cuando terminó de hablar y bajó la mano, los demás alzaron sus manos y comenzaron a agitarlas en el aire, con gritos de alegría y vítores.

—Nos dan la bienvenida —explicó Sakir, volviéndose hacia Rita —. Te dan la bienvenida.

Ella levantó la vista hacia él. Su expresión era estática e impasible, pero los ojos le brillaban. Estaba increíblemente guapo y hecho todo un príncipe, con su caftán blanco con ribetes dorados. Rita quiso preguntarle cómo se sentía en ese momento en que su gente lo vitoreaba, pero no pudo hacerlo, ya que él la tomó de la mano nuevamente y la llevó al interior de la tienda.

Allí dentro, Rita se quedó boquiabierta.

No sabía qué se podía esperar de la comida de bienvenida que les habían preparado las gentes de Emand, pero desde luego no algo tan espléndido y… bueno, tan sensual como lo que estaba dispuesto frente a ellos.

Alfombras tejidas a mano, que en cualquier subasta alcanzarían un precio astronómico, cubrían los suelos, en azules brillantes, rojos y marrones, resaltados con seda. Había almohadones de todos los colores dispuestos por todas partes, con delicados bordados hechos a mano. A la derecha había una mesa de oro macizo repleta de comida y bebida. Y en el centro de la tienda había dos lujosos juegos de cubiertos de oro dispuestos sobre el suelo alfombrado, con más comida y más almohadones sobre los que reclinarse.

Rata sacudió la cabeza, maravillada.

—Deben preocuparse mucho por ti para hacer todo esto.

—Esta comida se le ha ofrecido a la familia real durante siglos —le informó Sakir—. Es una muestra de respeto, eso es todo.

—Respeto, ¡ah, sí! —Contestó ella, sentándose en la suave alfombra y apoyándose sobre uno de los cojines—. Sería difícil creer que alguien pudiera preocuparse tanto por ti, Sakir.

—No estoy buscando que nadie se preocupe por mí —afirmó él mientras se sentaba a su lado.

—¿Estás seguro?

Rita no sabía cómo había llegado a esa conclusión. Tal vez fuera por la mirada ausente que había visto en sus ojos cuando su gente lo había vitoreado, o tal vez fuera aquel lío con Zayad, o quizá la forma en que él la había mirado en la limusina cuando no había querido hablar de la noche anterior, una mirada llena de deseo y de conflicto al mismo tiempo.

—Supongo que aquí te veo de una manera distinta. Aquí no te proteges tanto como en Texas. De hecho, parece que tus sentimientos salen a la superficie por una vez —sonrió—, para que los pobres mortales podamos verlos.

—Me gusta volver a ver mi país y a mi gente —afirmó él, ofreciéndole un poco de pan blanco—. Y en cuanto a que tú seas una pobre mortal… no te confundas —le dijo, clavando en ella su mirada oscura e intensa—: eres de todo menos eso, Rita.

Un estremecimiento de alerta recorrió el cuerpo de Rita ante esas palabras y esa mirada.

—Prueba esto —sugirió él.

En un plato, sirvió un poco de una receta hecha con yogur y unas tiras de carne y se lo alcanzó.

—La carne es pastrami curado, bien envejecido. Es delicioso.

Ambas cosas eran deliciosas, y Rita las compartió con Sakir, saboreándolas encantada. Además, había berenjenas fritas, ensalada de calabaza, queso especiado con tomate y cebolla y un suave kebab de cordero. Todo perfectamente preparado y aderezado.

Rita se sintió satisfecha enseguida.

—Me sorprende que estemos totalmente solos —comentó, mientras se recostaba sobre su cojín con una taza de café turco—. Es la primera vez que nos pasa.

—Pedí que estuviéramos solos, pero si deseas tener servicio, es tan simple como…

—¡No! —lo interrumpió ella, y sonrió—. Me gusta así.

—Te gusta que sea yo quien te sirva, ¿verdad? —preguntó él, lanzándole una sonrisa traviesa.

—«Sakir, mi humilde sirviente»… Sí, podría acostumbrarme a eso.

Las pupilas de él se dilataron conforme se inclinó sobre ella y le susurró:

—¿Qué puedo hacer por usted, Alteza?

Rita casi se derritió allí mismo. Toda aquella escena era demasiado: deliciosa comida, atmósfera sensual… y aquel hombre delante de ella, tan apasionado y tan *sexy*, diciéndole que haría lo que ella quisiera, sin importar lo escandaloso o poco prudente que fuera.

«¿Qué puedo hacer por usted?…». ¿Se atrevería a decirle: «Bésame, acaríciame…»?

No. No, después de lo que había pasado la noche anterior.

Como ella no le respondía, Sakir se volvió a una bandeja detrás de él y escogió un dulce.

—Existe otra tradición que debe cumplirse hoy, en esta tienda.

—¿Y cuál es? —preguntó Rita, sintiendo que el corazón se le detenía.

Aquella sonrisa traviesa volvió a aparecer. Sakir sabía exactamente lo que ella estaba pensando, imaginando, deseando…

—Es tradición que el marido le dé a comer a su esposa un baklava al final de la comida.

Ella sintió ganas de golpearlo por haberla atormentado tanto, pero decidió usar las palabras:

—¿Incluso cuando el marido es de la realeza?

—Especialmente para un marido de la realeza.

—Pero nosotros no estamos «técnicamente» casados. Y nadie nos ve, así que no pueden saber si seguimos o no la tradición.

—A lo mejor, me gustaría darte de comer —sugirió él, temerario.

Rita tragó saliva, le costaba respirar normalmente. Sentía un fuego en el estómago que parecía crecer más y más a cada momento, hasta perder el control. Sakir seguía mirándola de aquella forma. ¿Cómo podría ella sofocar ese fuego? No lo sabía, ni tampoco cómo detenerlo para que no bajara más y más hasta sus íntimas profundidades.

—¿Me permites? —le preguntó Sakir, acercando el dulce a sus labios.

¿Qué otra cosa podía hacer ella? Rita asintió.

—Abre tu boca para mí —le ordenó él suavemente.

Conteniendo el aliento y con los ojos cerrados, ella hizo lo que le pedía, deseando olvidarse de todo lo anterior y de todo lo que aún quedaba por decirse y hacerse entre ambos. Esperó y, cuando

finalmente él depositó el delicado dulce en su boca, el tiempo se detuvo, sus sentidos se concentraron en aquella dulzura y una ola de calor se originó en su vientre.

—Mírame, Rita.

Ella abrió los párpados. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza al fijar la vista en aquel hermoso rostro. Él tenía la vista clavada en sus labios, y Rita rogó en silencio que la besara, que acariciara sus labios con la lengua, y que la introdujera en su boca y la hiciera gemir de placer.

—¿Qué te parece? —preguntó él, mirándola de nuevo a los ojos.

—Maravilloso, es maravilloso, pero… quiero…

—¿Más?

Que Dios la ayudara: volvió a asentir.

Los ojos de Sakir ardían de puro deseo, y Rita se sintió completa y alegremente responsable de ello. Pensó en tomar su rostro entre sus manos y acercarlo al suyo, pero él ya estaba tomando la iniciativa.

Se inclinó hacia delante hasta que su boca estuvo a un suspiro de la de ella. Pero no sucedió lo que ella esperaba. No la besó. Se quedó ahí, tan cerca, sin moverse y casi sin respirar.

Luego retiró la cabeza y maldijo, enfurecido, en árabe.

Con el cuerpo ardiente, Rita se obligó a calmarse, se obligó a enfrentarse a la verdad: nada había cambiado desde la noche anterior. Ese momento fantástico que ella había estado imaginando, donde no había pasado ni futuro, no le había dado el placer que ella esperaba. Sakir no se permitía a sí mismo dejarse llevar por el deseo que clamaba en sus ojos. No. Estaba ahí sentado, completamente al mando de su cuerpo y de su corazón, mientras ella luchaba por conservar algo del anhelo desesperado que le corría por las venas.

—Tal vez deberíamos dejar a un lado la tradición —comenzó ella, tensa—, y servirnos nosotros mismos los baklava.

Sakir asintió. Tenía la mandíbula apretada, su boca era una delgada línea. Maldijo de nuevo, y le acarició la cara y pasó el pulgar por sus labios.

—No hay nada que odie más que dejarte insatisfecha, Rita —comenzó, y retiró la mano—, pero, como tú has dicho, hicimos un acuerdo. Y yo debo respetarlo, ¿lo entiendes?

Rita se obligó a asentir, sintiéndose rechazada, vulnerable y

profundamente desanimada. No lucharía con él, ni le suplicaría ni lo engatusaría para que tomara lo que ella estaba tan deseosa de entregarle.

Rita resopló bruscamente y, alcanzado la bandeja detrás de él, tomó un pedazo de baklava y, esta vez, se lo dio a comer a sí misma.

—Las gentes de Emand os han dado la bienvenida a Rita y a ti con gran entusiasmo hoy, ¿no?

Sakir cerró su libro con más fuerza de la necesaria y volvió la cara hacia su hermano, que entraba en la biblioteca del palacio donde él llevaba refugiado una hora con una sospechosa apatía.

—Fueron de lo más gentiles.

—Esperaban tu regreso desde hacía mucho tiempo, Sakir.

—Pues me temo que tendrán que seguir esperando, porque yo no he regresado.

Zayad dejó escapar un suspiro profundo y se dejó caer en el sillón de cuero frente a Sakir.

—¿Alguna vez dejarás de pelearte conmigo, hermano?

—La lucha requiere pasión. Yo no siento ninguna de las dos cosas hacia ti —dijo con voz tensa.

—Supongo que tu única pasión es tu trabajo —replicó Zayad, con sus ojos negros llenos de indignación.

—Y así será siempre —afirmó Sakir.

—Es una empresa muy solitaria.

Sakir rió amargamente entre dientes.

—¿Vas a darme lecciones sobre el tiempo que dedico al trabajo? ¿Qué eres tú, sino otro solitario hombre de negocios?

—Busqué tiempo para tener una mujer, Sakir.

—Desde luego. Hay muchas a disposición del sultán.

Zayad apretó los labios.

—Trato a todas las mujeres con respeto y me preocupo por ellas —dijo, y enarcó una ceja—. Lo cual es más de lo que puedo decir de ti.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? —le urgió Sakir.

—¿Qué hay de tu esposa? —Preguntó Zayad, cruzándose de brazos—. ¿Es ella una «pasión», Sakir?

Sakir entornó los ojos. No le gustaba que su hermano estuviera allí, y menos el cariz de sus preguntas.

—Rita no es asunto tuyo.

—Ni tuyo, por lo que me han dicho —replicó Zayad.

Sakir se puso en pie bruscamente.

—Le permitiré disfrutar de su biblioteca, Su Alteza Real.

Zayad también se levantó y se encaró con su hermano frente a frente.

—¿A qué juegas, Sakir? Apareces aquí con esa mujer, a la que claramente deseas, y además admiras, pero escucho por…

—Zayad, harías bien en dominar tu lengua —le advirtió Sakir.

—¿Estás dándome una orden? —preguntó Zayad, con una amarga carcajada.

—Sí —respondió Sakir, apretando los dientes—. No temo tu represalia. ¿Qué puedes hacerme que no me hayas hecho ya?

Durante unos instantes, Zayad se lo quedó mirando, con la respiración acelerada.

—Te comportas como si yo te hubiera borrado de Emand, como si fuera yo el culpable de la muerte de nuestros padres, como si yo hubiera matado a Hassan…

—Tú mataste a Hassan —murmuró Sakir.

—La muerte de nuestro hermano fue un accidente —contestó Zayad rojo de ira.

—Un accidente que se produjo porque lo obligaste a ingresar en el ejército antes de estar preparado.

—¡Fue su deseo! —bramó Zayad.

—¡Tú eras el hermano mayor! —Gritó Sakir—. Se suponía que sabías más.

—¿Qué está pasando aquí?

Los dos hombres se volvieron hacia la puerta. Rita estaba allí, con el ceño fruncido.

—Vuestras voces llegaban hasta la escalera.

Sakir desvió la mirada, a punto de explotar de ira.

—Te pido disculpas si te hemos molestado, Rita —dijo Zayad, recuperado su tono formal—. Estábamos discutiendo sobre un desacuerdo del pasado.

—No hay ningún desacuerdo acerca de la verdad —lo interrumpió Sakir.

Dejó a su hermano plantado, pasó junto a Rita y salió de la habitación.

—¡Sakir, espera! ¡Para! —lo llamó Rita.

Pero continuó caminando, frenético. Aún estaba atrapado en esa confrontación con su hermano, una confrontación de hacía mucho tiempo. Siempre había creído que decirle esas palabras a Zayad lo liberaría a él del dolor de la pérdida. Pero sólo se sentía más culpable.

—¿A dónde vas? —preguntó Rita, cuando llegó junto a él a la carrera.

—Fuera —contestó él—, donde pueda respirar.

No miró atrás, no le preocupaba que sus zancadas fueran grandes. Pero Rita logró seguirle el paso. Lo siguió afuera, a través de los jardines. El calor del día empezaba a desvanecerse, pero Sakir tenía la sangre demasiado caliente para darse cuenta.

Cuando por fin llegó a los establos, abrió bruscamente una de las cuadras y sacó a uno de los sementales tordos de su hermano.

—Sakir, háblame.

—Regresa al palacio, Rita —le espetó él, ensillando con rapidez el caballo.

—No. Necesitas un amigo en este preciso momento, aunque seas demasiado terco para admitirlo.

Con un ágil movimiento, Sakir se subió al caballo.

—No deberías estar cerca de mí en este momento.

—¿Y por qué no?

Condenada mujer. ¿Por qué no podía hacer lo que se le pedía, por una vez?

—Estoy de un humor muy peligroso.

—No te tengo miedo, Sakir —replicó ella, mirándolo fijamente.

—A lo mejor deberías.

—Voy a ir contigo igual, en tu caballo o en otro que monte yo. Y no soy una buena jinete. No tengo ni idea de cómo ensillarlo, así que tendré que ir a pelo, como tú. Y podría caerme y romperme algo, o tener una contusión, o…

No terminó la frase, porque Sakir gruñó lleno de frustración, la elevó y la sentó detrás de él.

—Agárrate bien a mí —le ordenó.

Esa vez, Rita sí hizo lo que le ordenaba. Fue una buena idea, porque cuando él le gritó al caballo en árabe, el animal salió casi volando de los establos, dirigiéndose a toda velocidad hacia el

desierto y hacia el atardecer.

Capítulo 10

Los cascos del caballo golpeaban el suelo de arena mientras Rita y Sakir cabalgaban a galope tendido en silencio. Rita sólo podía conjeturar cuánto tiempo llevaban así. Parecía una media hora, ya que alrededor de ellos el sol se ponía en una danza de fuego naranja, rosa y rojo. Era una imagen impresionante y, aunque Rita sentía un agudo dolor en el trasero por el golpeteo constante contra la espalda del caballo, no hubiera cambiado esa visión por nada en el mundo.

Había visto muchas fotografías del desierto de Joona, se había imaginado las huellas de las serpientes sobre la arena y se había preguntado si el aire estaría cargado de calor y especias. Pero, al igual que aquella mañana en el mercado, la realidad superaba con creces a la fantasía.

El desierto se extendía durante kilómetros, con un color pardo rojizo bajo la luz del ocaso. El aire que le daba en la cara, no olía a especias, como ella había imaginado, sino a la lluvia que había caído ligera y refrescante por la mañana.

Rita se sintió como en una película: estaba cabalgando a pelo, agarrada a un hermoso jeque cuyo caftán blanco se agitaba al viento.

Pero aquello no era una película. Allí los sentimientos eran reales, las emociones estaban en juego, y todo era tremendamente complicado. A mediodía, en el mercado, Sakir prácticamente la había seducido y luego la había rechazado, quedándose furioso e insatisfecho una vez más. Más tarde, había estado a punto de llegar

a las manos con su hermano, del que se había apartado furioso y contrariado.

Rita se abrazó más fuerte a su cintura.

¿Dejaría alguna vez acceder a alguien a su interior? ¿Le dejaría a ella acercarse lo suficiente para saber qué pena habitaba en su corazón?

Las preguntas de su mente se desvanecieron porque Sakir redujo la velocidad y detuvo al caballo. El animal respiraba con dificultad y estaba cubierto de sudor. Resopló y se movió en círculo, y se detuvo de nuevo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Rita, con la garganta seca.

—En mitad del desierto.

—Es muy hermoso. Y se respira paz…

Sakir desmontó ágilmente.

—Es tan amplio… No se ve más que arena en muchos kilómetros a la redonda —dijo ella, mirándolo desde arriba—. ¿Estás seguro de que sabes cómo volver?

—Nunca me perdería en el desierto —contestó él mientras le tendía la mano.

Ella ya se lo había imaginado. Él se sentía realmente como en casa en aquella extensión vasta y salvaje. Para ella, nada podía resultar más *sexy*.

Sakir la ayudó a bajar del caballo, la soltó y se dejó caer sobre la arena. Se tumbó boca arriba y contempló el cielo sonrosado.

Rita se sentó a su lado.

—Oye, Sakir…

—No deseo hablar.

—Lo sé, pero…

Él suspiró:

—Pero vas a continuar de todas formas.

—Creo que es una buena idea.

—Y vas a obligarme a hablar, ¿no?

Ella ni se molestó en contestar a eso.

—He oído lo que tu hermano y tú estabais diciendo. No tenía intención de escuchar —reconoció ella, agarrando un puñado de arena aún cálida y dejándolo escapar por entre los dedos—. Te estaba buscando y no sabía cómo interrumpir con un poco de elegancia.

—Harías mejor en olvidar lo que has escuchado ahí.

—Por la forma en que ambos discutíais, yo diría que es más fácil decirlo que hacerlo.

Sin pensar en lo que hacía, Rita se tumbó junto a él y contempló el mismo cielo. Se sentía cercana a él, lo suficiente como para preguntarle:

—¿Tenías otro hermano?

Sakir no respondió.

—Acusas a Zayad de ser la causa de su muerte… —insistió ella suavemente—. ¿Por qué?

Sakir tomó aire y lo soltó.

—Maldición, Rita.

—Lo sé, soy una pesada. Pero creo que necesitas hablar de ello.

—Eres mi secretaria, no mi psicóloga.

—En realidad, aquí en Emand soy tu esposa —respondió ella—, y creo que eso me da derecho a presionarte un poco.

Sakir gimió y maldijo otra vez. Pero, para sorpresa y satisfacción de Rita, empezó a hablar:

—Hassan, el más pequeño de mis hermanos, quería seguir los pasos de mi padre. Tenía la mente y el corazón de un guerrero. Quiso entrar en el ejército antes de cumplir la mayoría de edad. Yo me opuse, pero Zayad le permitió ir.

Se detuvo. Parecía esperar a que otra persona dijera lo que seguía a continuación. Pero nadie lo hizo.

—Hassan murió en un estúpido ejercicio pocas semanas después. Se entrenaban en un asalto a varios edificios abandonados cerca de la parte este de la ciudad. Hubo explosiones y tiroteos, y el ataque hizo que un edificio cercano ardiera en llamas. Hassan falleció en el incendio.

Rita se giró y lo miró. Le tocó el brazo.

—Oh, Sakir, lo siento mucho.

—No quiero tu lástima, igual que no quiero las explicaciones de Zayad.

Rita agarró más fuerte su brazo. Aquellas palabras mordaces no la echaron atrás; sabía que eran fruto del dolor. También sabía que lo mejor para él sería sacar todo eso de su interior.

—¿Te marchaste de Emand al morir Hassan?

Él asintió con brusquedad.

—¿Por qué?

—Después de eso, no quise tener nada que ver con mi familia, con Zayad.

Rita lo observó, tan lleno de orgullo y de dolor, y deseó poder consolarlo. ¿Pero cómo? Aquel hombre era una isla, inalcanzable a veces. ¿Podría ella acurrucarse junto a él? ¿Besarlo? ¿Decirle que ella estaba ahí para él, si él la aceptaba?

Lentamente y con suavidad, extendió la mano y tocó su rostro. Esperaba que él diera un respingo, volviera la cabeza y rechazara su muestra de cariño. Pero no hizo nada de eso. Permitió que lo acariciara.

Ella sonrió. Su piel era cálida, y se deleitó al sentir su mandíbula fuerte y la aspereza de la barba de un día contra su piel.

Sakir volvió su rostro hacia ella, tomó su mano y la besó en la palma. Ese simple gesto de aceptación y de agradecimiento fue demasiado para Rita, que dejó escapar un suspiro de placer. En silencio, deseó que no se detuviera ahí, que su boca fuera en busca de la suya.

—Te he hecho una promesa —susurró él, con voz ronca y algo tensa.

—Lo sé —respondió ella, casi sin aliento.

—Éste es el peligro al que me refería cuando insististe en venir conmigo.

—No me asusta lo que pueda suceder —afirmó ella, buscando su mirada.

Su cuerpo clamaba tan alto por el de él que podía oírse en todo el desierto.

—Pero tú sí estás asustado —añadió—. ¿De qué, Sakir?

Él gruñó, giró sobre sí y se colocó sobre ella en segundos.

—Lo que me asusta es la necesidad que tengo de ti —le dijo, recorriendo su rostro con aquellos ojos verdes—. Por mis venas corre tal desesperación que tengo miedo.

—¿Por qué estás desesperado? —le preguntó ella, rodeándolo con sus muslos, mientras una ola de calor surgía en su interior.

—Te he deseado desde el día que nos conocimos. Te deseo ahora.

Rita no podía creer lo que estaba oyendo. El hombre de sus fantasías estaba confesando que la deseaba. ¿Sería la magia del

desierto la responsable de aquello, o era cierto? Bueno, no le importaba. Levantó las caderas y las apretó contra él, y sintió la firmeza de Sakir contra su vientre.

—Entonces, tómame.

Él no dijo nada, colocó su muslo entre las piernas de ella.

—Toma lo que necesites, Sakir.

—¿Y mañana? —preguntó él, mirándola fijamente con los ojos llenos de pasión.

—Mañana será otro día —dijo ella, honestamente—. Lo que suceda entre nosotros hoy quedará aquí.

Por unos instantes, Sakir no se movió. Luego, inclinó su cara sobre la de ella y recorrió su boca con los labios.

—Es imposible.

Ella no estaba segura de a qué se refería. Tal vez fuera a todo. Hacer el amor en el desierto sería imposible de olvidar, igual que era imposible detener lo que estaba sucediendo entre ambos.

—Puede que sea imposible, pero creo que es inevitable.

Sakir percibió la ola de deseo manifestándose en las mejillas de Rita. Ninguna mujer lo hacía sentir lo que ella, y suponía que ninguna volvería a hacerlo. La vida era injusta. En casi todo, él era un experto; siempre controlado, siempre seguro de sí. Pero en compañía de Rita, se convertía en un simple hombre con una lujuria tan acuciante que moriría si no la satisfacía.

En ese momento, se olvidó de las promesas hechas y rotas después. Deseaba su boca, su lengua, su piel.

Sus manos recorrieron primero el rostro de Rita, bajaron por el cuello y se enredaron en su pelo. Con un suspiro ahogado, ella cerró los ojos, separó los labios y sonrió. Tal perfección lo volvió loco, y se abalanzó sobre su boca.

Al momento, ella entrelazó las manos detrás del cuello de él. Sakir se sumergió en su calidez y profundizó aún más su beso. Ella sabía a miel y a calor, y él quería más, más, todo lo que ella le diera. Cambió la inclinación de la cabeza, introdujo su lengua entre los labios de ella y se encontró con la lengua de ella con una pasión cálida y húmeda.

Con un gemido, Rita volvió a elevar las caderas. Sakir respondió a su llamada y presionó con su muslo entre las piernas de ella. Rita tomó aire y sus manos bajaron por la espalda de él hasta que

agarraron sus glúteos. Sakir gimió.

—Pides y das al mismo tiempo.

—A ti, te daría todo —murmuró ella sin aliento.

Aquellas palabras le llegaron al alma a Sakir, le hicieron desear desvestirla e introducirse en lo más profundo de ella.

Pero se tomó su tiempo.

Ella lo besaba con pasión mientras le sujetaba los glúteos.

—¿Le gusta esto, Alteza?

—Me gusta mucho, como ya se habrá dado usted cuenta.

—No estaba segura —respondió ella con fingida timidez.

Él agarró su mano y, metiéndola entre sus cuerpos, la colocó sobre su mástil.

—Todo tuyo, amor mío.

Sintió que ella se quedaba quieta bajo él al oír sus palabras. Era un condenado estúpido, se dijo él. Tenía que aprender a controlar sus palabras. ¿Qué le había hecho hablar así? Sabía la respuesta: la pasión del momento, aquel cuerpo sensual rodeando el suyo.

Acarició sus labios con la barbilla, y sintió que debía explicarse, decir algo.

—Rita…

—No. No lo digas —rogó ella, lamiendo el labio inferior de él—. Por favor.

Sakir se sintió asentir. De acuerdo. Olvidado. Era lo mejor para los dos.

Succionó la lengua de ella en su boca, jugó con ella y la besó intensamente, mientras la arena flotaba a su alrededor y el sol se ocultaba peligrosamente por el horizonte. En breve, estarían en penumbra, pero eso le importaba poco a Sakir. Necesitaba sentir a Rita, saborear su piel.

Se tumbó a un lado, tomando el rostro de ella consigo, mientras la besaba con un deseo apasionado. Con pleno acceso a ella en esa posición, buscó con su mano el borde de la blusa, la metió por dentro y la paseó por su piel ardiente. Sintió que ella se estremecía y dejaba escapar un suspiro en su boca. La idea de tocar sus senos y saborear sus pezones casi lo llevó al clímax en ese instante. Pero logró controlarse.

Fue recorriendo el cuerpo de ella, subiendo con las manos por su estómago hasta que, por fin, se encontró con el sedoso tejido del

sujetador. Con un movimiento ágil, liberó aquellas dunas celestiales de su confinamiento y se dispuso a disfrutarlas.

Sakir sintió su ingle palpitante, llena de deseo, conforme acogía aquellos senos en sus manos, su firmeza, el pezón duro contra la palma de su mano… Una locura se apoderó de él y se apartó de la boca de ella, le levantó la blusa y sumergió dentro su cabeza.

El paraíso estaba allí.

Su boca se cerró sobre el pezón, tal vez con demasiada fuerza. Pero ella no gritó de dolor. En lugar de eso, tomó su cabeza y lo apretó más hacia sí. Un calor abrasador se apoderó de él y sintió que su erección ya no aguantaba más. Olvidada la capacidad de pensar, le desabrochó los pantalones y se los quitó. Quería llegar a ella cuanto antes, a su centro, y ver si ella también ardía con la pasión compartida.

Y cuando sus dedos por fin la encontraron, cuando por fin se movieron por la suave mata de pelo entre sus piernas, el placer le anegó los pulmones.

Se cumplía lo que él había esperado. Ella estaba totalmente mojada.

Sin una palabra ni un sonido, introdujo dos dedos en su interior. Sonrió cuando la oyó tomar aire, y volvió a sus cuidados sobre el pezón erecto, succionándolo, mordisqueándolo.

Alrededor de ellos, el calor del desierto empezaba a disminuir, pero entre ambos había fuego.

El sudor cubrió la frente de Sakir mientras trabajaba el cuerpo de ella: sus dedos sumergiéndose más profundamente en ella, hasta que los nudillos marcaron el tope. Las caderas de ella seguían el ritmo que él marcaba y, en el interior, Sakir sintió que su centro comenzaba a estremecerse. Las paredes que envolvían sus dedos comenzaron a vibrar. Una ráfaga de electricidad la sacudió.

Y el grito de ella quedó flotando en el aire del desierto.

El sol se estaba poniendo y el viento formaba remolinos alrededor de ellos mientras el tiempo pasaba, las caderas se calmaban, los gritos se tornaban gemidos y luego suspiros.

Sakir había asumido que Rita se apartaría de él cuando su cuerpo se calmara, satisfecho, pero no lo hizo. Se volvió a mirarlo y, con toda naturalidad, descendió hasta el vientre de él. Sin pronunciar una palabra, abrió los pantalones y dejó libre su

erección.

Él sintió su cálido aliento y después la mano de ella. Rita rodeó la base y comenzó a mover la mano lenta y rítmicamente. Arriba y abajo. Lo apretaba con tanta firmeza, que Sakir estuvo a punto de desmayarse. Pero mantuvo la cordura. La necesitaba.

Entonces ella se lo introdujo en la boca.

Sakir clamó a los cielos en árabe, rogando fuerzas para mantener el control. Pero no obtuvo respuesta.

Ella jugó con él, succionó, con la lengua bailando sobre la punta de su erección mientras la mano libre envolvía el resto.

Sakir sintió un puño invisible sacudiendo su vientre. Estaba a punto de llegar al clímax, de perder la cabeza. En unos instantes perdería el control.

El pánico se enfrentó al deseo. No podía creer lo que estaba permitiendo que sucediera. Ninguna mujer lo había amado de esa forma en los últimos diez años. Él era siempre quien estaba al mando, quien tenía el control. ¿Iba a permitir que la única parcela en la que aún mantenía el control le fuera arrebatada?

La respuesta era no.

—Hasta aquí —dijo, con voz ronca, débil, llena de frustración.

Sabía que ella se enfadaría con él y que la iba a sorprender, pero no podía evitarlo.

Rita lo soltó y se echó hacia atrás, mirándolo fijamente.

—Hice algo muy egoísta casándome contigo, Rita —dijo él, poniéndose en pie y arreglándose la ropa.

Ella no contestó, pero Sakir se imaginó que estaba de acuerdo con él. La observó mientras se abotonaba y arreglaba la ropa. Luego se puso en pie. No lo miró.

Sakir respiró la esencia de ella. Sintió sus propios músculos, su erección aún desesperadamente dura, larga y tensa. Levantó la vista al cielo y respiró hondo. Todo aquello por respetar un contrato y por probarle a su hermano que él valía algo fuera de las doradas puertas de Emand. Por eso se había casado con aquella mujer y había desbaratado su vida, posiblemente haciéndole daño a ella en el proceso.

Era un egoísta. Se sentía avergonzado.

Sin más discusiones, Sakir levantó a Rita, la colocó en el caballo y se montó él delante.

—Te voy a pedir que te agarres a mí una última vez —le dijo.

Las palabras iban con doble sentido, pero Sakir las dejó a un lado al rodear Rita su cintura con su abrazo. Esa vez, su sujeción a él fue la mínima necesaria para evitar caerse.

A su alrededor, el desierto estaba tan negro como su alma. Pero él conocía bien el camino y se sentía cómodo recorriéndolo. Azuzó al purasangre y sintió otra vez el viento en la cara.

* * *

La liberación de la mujer había llegado a Emand en oleadas lentas, aunque deliberadas, y Rita percibió con agrado que el movimiento había alcanzado también al hombre de avanzada edad sentado delante de ella y Sakir en las oficinas centrales de la Emand Oil Company.

Asad Qahhar, el presidente de Emand Oil, observaba la vieja usanza en cuanto a ropa y maneras, pero los recibió con una cálida sonrisa de bienvenida y escuchó atentamente su presentación.

Naturalmente, Sakir fue quien habló casi todo el rato. Lo que tal vez no había sido la mejor idea, ya que estaba un poco fuera de quicio, algo inusual en él. Y aunque Rita aún sentía un enfado profundo relacionado con lo que ella había bautizado como «el rechazo final», por lo sucedido en el desierto, no podía evitar sentir un poco de pena por él. Sabía lo mucho que él quería obtener ese contrato, y hasta dónde había llegado, hasta dónde habían llegado juntos, para lograr una firma en esos papeles.

Asad Qahhar dejó el informe en la mesa delante él, se reclinó en la silla y se dirigió a Rita:

—Me agrada ver que ha acompañado a su marido en este viaje, Alteza. Es un verdadero placer conocerla.

—Lo mismo digo, señor Qahhar.

—Esposa y socia en los negocios —dijo Asad, dirigiendo a Sakir una amplia sonrisa—. Es usted un hombre afortunado, Alteza.

—Eso mismo creo yo —contestó Sakir, tenso—. Y ahora que conoce mi propuesta, ¿qué le parece?

Rita intentó no mostrar su frustración. Él nunca actuaba así, siempre era delicado y suave con los clientes, nunca los apresuraba

para llegar al objetivo. Pero ese día no. Ese día, él estaba echando a perder el trato con sus maneras frías y apresuradas. ¿No se daba cuenta de que aquello era para lo que habían ido allí, por lo que se habían casado?

—Tiene un aspecto muy bueno —le respondió Asad—. Lo único que me preocupa es que usted ahora vive en Estados Unidos.

Sakir resopló con arrogancia.

—Mi trabajo implica volar por todo el mundo. Nunca he tenido quejas respecto a mi rendimiento.

Asad asintió con sabiduría.

—Estoy seguro de que eso es verdad, pero debe comprender mi cautela.

—Desde luego.

—Desearía tener algo de tiempo para pensármelo. Nos veremos dentro de una semana, ¿de acuerdo?

—Una semana —repitió Sakir, apretando los labios.

Rita se preocupó. Aquel hombre quería pensarse las cosas durante una semana; no era buena señal.

Asad se puso en pie, estrechó la mano de Sakir e hizo una reverencia a Rita.

—De nuevo, ha sido un placer, Alteza.

Rita le dedicó la mejor de sus sonrisas. No esperaba que eso pudiera cambiar la opinión del hombre, pero un gesto cálido no haría daño después de la frialdad de Sakir.

—Ha sido maravilloso conocerlo a usted también, señor Qahhar. Esperemos que sea el primero de muchos encuentros.

El hombre le devolvió la sonrisa.

—Debo ir a Estados Unidos pronto. Su gente me gusta mucho.

Rita no supo qué la impulsó en aquel momento, pero no pudo frenarlo. Después de todo por lo que Sakir y ella habían pasado en los últimos días, no iba a permitirle perder el contrato y que todo su dolor fuera en vano.

—Señor Qahhar, Estados Unidos es un país maravilloso —comenzó ella—, pero es en Emand donde reside la verdadera belleza. Mi esposo y yo pensamos pasar mucho tiempo aquí.

Asad se volvió hacia Sakir, con una mirada de creciente interés iluminándole el rostro.

—¿Es eso cierto? ¿Y por qué no lo había dicho antes?

Sakir se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. ¿Por qué demonios había dicho Rita esas palabras? Se giró para mirarla a los ojos, pero ella evitó su mirada. Qahhar, por el contrario, no.

—Bueno, eso cambia las cosas, Alteza —dijo Asad—. Los veré dentro de una semana.

Sakir saludó con una inclinación de cabeza. Tras una reverencia profunda, Qahhar abandonó la habitación. Entonces Sakir se volvió hacia Rita.

—¿Se puede saber qué has hecho? —le preguntó en un tono cortante.

—Estábamos perdiéndolo —respondió ella—. No sé qué es lo que te sucede, si tiene que ver con la noche de ayer o es esa guerra con tu hermano, pero has estado completamente fuera de ti. Si yo no hubiera dicho lo que he dicho, ese contrato estaría ahora en el cubo de la basura.

Sakir no quería oír explicaciones, ni verdaderas ni falsas. Sólo quería bramar.

—«Pasar mucho tiempo en Emand» no entra en el contrato, Rita, no importa de cuánto dinero fuera —dijo, enarcando una ceja—. Tendré que aclararlo cuando Qahhar y yo volvamos a vernos.

—Querrás decir cuando ambos volvamos a verlo —lo corrigió ella.

—No estoy tan seguro. No después de lo que has hecho.

Ella levantó la barbilla. Estaba preciosa tan orgullosa, tan decidida, con su traje gris perla y su cuerpo perfecto.

—Oh, estaré allí Sakir, puedes apostar tu título a que así será.

Una furia ciega amenazaba con ahogarlo. Sakir quería golpear la pared, batirse en duelo con su hermano, decirle a Qahhar que podía irse con sus contratos y quemarlos. Pero lo que más quería era tomar a esa mujer entre sus brazos y hacerla gritar de placer. Si se lo permitiera a sí mismo, la tomaría en la oficina de Qahhar en aquel mismo instante.

Pero no lo haría.

La noche anterior la había pasado en el sofá, recordándose a sí mismo que, con ella alrededor, a su lado, él dejaba de tener el control.

—¿Y bien? ¿Qué es lo próximo en tu agenda? —preguntó ella,

con un tono neutro, profesional.

—Tengo trabajo que terminar en el palacio.

—¿Me necesitas?

El fuego se apoderó de las entrañas de Sakir. Pero al mirarla a aquellos ojos impasibles, se dio cuenta de que su pregunta no tenía doble intención.

—Creo que no.

Rita asintió con rigidez y se sujetó el bolso bajo el brazo.

—Entonces, ¿podemos irnos?

Sakir salió tras ella por la puerta hasta el vestíbulo de Emand Oil. Llevar una vida independiente era lo que había decidido tiempo atrás, y le había ido bien. Esa vida no dejaba heridas, no manejaba culpas.

Era segura.

La mujer a su lado amenazaba aquella extraña sensación de paz. Le hacía preguntarse qué habría sucedido si él hubiera escogido algo diferente; una idea que la convertía en una mujer más peligrosa de lo que él había pensado en un principio.

Gana observaba a Rita mientras ésta guardaba algo de ropa, zapatos y efectos personales en su bolso de mano.

—Esto no es apropiado, Alteza.

—Relájate, Gana —le respondió Rita, mirándola con determinación—. He contratado a dos guías para esta excursión. Un matrimonio. Estaré sana y salva, y tal vez logre tomar cierta perspectiva respecto a todo esto —añadió, con cierta crispación.

Incapaz de apreciar la belleza de tomar «cierta perspectiva», cuando una mujer se veía frustrada ante su marido, Gana entrelazó las manos y suspiró.

—El jeque no lo aprobará.

Rita agarró su bolsa y se encaminó a la puerta.

—En este preciso momento, me importa un comino lo que piense el jeque. Necesito estar sola.

Sin más discusión, salió de la habitación. Pero el deber aún llamaba a Gana, y no pensaba perderla tan fácilmente. La siguió por las escaleras, por la puerta principal del palacio y hasta la brillante luz de la mañana.

—Alteza —llamó Gana—, Rita…

Rita se detuvo y se giró.

—¿Qué sucede, Gana?

—¿Qué es ese tiempo sola? —preguntó, con la respiración entrecortada tras el esfuerzo de haberla seguido.

Rita saludó con la mano al hombre y a la mujer mayor que esperaban en un *jeep* al final del camino de entrada, la pareja que creía que ella era sólo una visitante, no sabían que era una princesa. Rita se volvió hacia la joven menuda:

—Es lo que toda mujer que ha sido rechazada por un hombre debería concederse para recuperar su salud mental —le explicó, y le dirigió una sonrisa compungida—. Adiós, Gana.

—¿Qué le digo a su Alteza Real? —le preguntó Gana.

Con la mano en la puerta del *jeep*, Rita se detuvo.

—Dile que lo veré dentro de unos días —contestó con una sonrisa.

Aquellas palabras la hicieron sentir bien. Igual que el *jeep* descapotable. Iba a salir, camino de la mayor aventura de su vida. Había estado desperdiciando tiempo, energía y lágrimas en ese lugar. Pero ya era suficiente, pensó Rita mientras se acercaban a la orilla del desierto.

La arena de color caramelo alfombraba el camino del *jeep* y los sonidos como de hotel del palacio dieron paso a una tranquila nada, rota sólo por el viento y el ronroneo del motor.

Los encantadores oasis en el desierto, sobre los que había leído en el viaje de ida, serían parte de su vida durante los próximos días. Y Sakir… bueno, él no la necesitaba rondándole, ¿verdad? No hasta la siguiente reunión con Qahhar, al menos.

Rita reclinó la espalda, cerró los ojos y sonrió. Un poco de aventura era justamente lo que ella necesitaba y lo que se merecía.

Rita se despertó sobresaltada. Debía de haberse dormido, porque el sol estaba alto y los apacibles sonidos del viento y el motor habían sido reemplazados por el zumbido de un avión.

—Tenemos que parar, Alteza —dijo la guía femenina, mientras su marido detenía el *jeep*.

—¿Por qué? —preguntó Rita, aún saliendo del sueño.

—El jeque Al-Nayhal está viniendo.

—¿Cómo?

Con el corazón en la garganta, Rita miró alrededor. No vio otros vehículos, ni caballos ni jinetes. Por encima de ella, el zumbido del

avión fue creciendo. Levantó la vista. No era un avión; era un helicóptero blanco, que flotaba sobre ellos y empezaba a descender.

Rita contempló boquiabierta el aterrizaje de la enorme máquina justo delante de ellos. Parecía que el *jeep* había entrado en un túnel de aire, mientras las aspas del helicóptero aún giraban. Dos segundos más tarde, la puerta se abrió y salió Sakir. Se acercó a ellos con el ceño fruncido.

—¿Te has vuelto loca? —le gritó, intentando hacerse oír por encima del ruido del helicóptero.

—No lo creo —le respondió Rita, gritando también.

—Has huido del palacio, Rita. Eso no se hace.

—No me digas lo que puedo hacer, Sakir.

Él apretó la mandíbula.

—Y ya que lo mencionas, tú eres siempre el que huye —añadió ella—. Bien, hoy me toca a mí.

—No llegarás más lejos.

—No soy tu prisionera, Sakir.

—Eres mi esposa —respondió él, abriendo la puerta del *jeep* de par en par.

Ella resopló.

—¿De verdad quieres irte? —preguntó Sakir.

En los asientos delanteros, los dos guías intentaban desesperadamente desaparecer en sus asientos de cuero.

—Necesito un descanso, Sakir —comenzó Rita, en tono serio—. Parte de toda esta… aventura era conocer y explorar, y he planeado hacer ambas cosas.

El apartó la mirada, como si intentara reunir paciencia o estuviera maldiciendo o algo así.

—¿Vas a seguir enfrentándote a mí en esto? —preguntó a Rita.

—Soy difícil de manejar, ¿recuerdas? —Dijo ella, elevando la barbilla—. Ya te lo advertí.

Él cerró la puerta trasera, rodeó el coche y dijo algo a los guías en árabe. Ellos asintieron y salieron rápidamente del coche.

—¡Eh! —exclamó Rita.

Sin una palabra hacia Rita, Sakir gritó algo al piloto del helicóptero. El hombre asintió y condujo a los guías al interior de la máquina. Rita observó llena de ira y frustración la escena y cómo, en pocos segundos, el helicóptero despegaba y se marchaba

volando.

Sakir abrió la puerta de Rita.

—Por favor, siéntate delante conmigo —pidió con gran educación.

Rita parpadeó, pero no se movió.

—¿Qué diablos acabas de hacer? —le preguntó, enfadada.

—Te responderé en cuanto te cambies de asiento.

Rita casi gruñó mientras hacía lo que él le había ordenado: cerró la puerta de un portazo, se dejó caer sobre el asiento y se cruzó de brazos.

Cuando Sakir estuvo sentado en el asiento del conductor y su mano sobre la palanca de cambio, habló:

—Si estás decidida a hacer esto, yo seré tu guía particular.

—Ya he tenido este tipo de aventura —dijo ella, inexpresiva—, y ¿sabes qué? No se cumplió ni remotamente lo que yo esperaba.

Los ojos de él brillaron, y encendió el motor.

—Lo que tuviste, Rita Al-Nayhal, fue una muestra, sólo una muestra.

Después metió primera y se pusieron en marcha.

Capítulo 11

El desierto se iba transformando en montañas, cuando una hora de tozudo silencio dentro del *jeep* se transformó en frustración. Finalmente, Rita se rindió y habló.

—Creo que esto es un secuestro.

Sakir la miró y sonrió con desdén.

—Es una broma, ¿no?

—Apenas —respondió ella, irguiéndose en el asiento—. Me estaba yendo bien, preocupándome de mis propios asuntos, queriendo vivir una pequeña aventura, y entonces apareciste tú con tu helicóptero y me arrastraste.

—Rita —comenzó él, con el tono paciente que usaba para los clientes difíciles—, lo que has intentado hacer es peligroso.

—¿Por qué?

—Debes comprender que ahora eres de la realeza. Mi esposa podría ser el objetivo de muchos…

Ella resopló.

—Tú esposa…

—Eso es —afirmó él.

Rita lo miró de arriba abajo. Su cuerpo largo y firme estaba cubierto por unos sencillos pantalones de color tostado y una camisa de lino blanco. Su hermoso rostro reflejaba su tozudez y sus ojos eran espectaculares e intensos.

Rita suspiró.

Su esposa. Ojalá eso fuera cierto. Ojalá él pudiera dejar de comportarse como un idiota y permitir que eso fuera cierto. Pero no

era así, y él no lo haría, así que ella no era una esposa, era una socia de negocios. Una socia que empezaba a estar harta de juegos.

Desvió la mirada hacia la ventana del *jeep* y contempló la vista de las montañas.

—Y dime, ¿a dónde vamos?

—Al lago Shami —respondió él, metiendo la segunda marcha para subir una ladera empinada—. Y luego iremos un poco más allá, hasta el bosque de palmeras.

Rita le prestó atención, olvidándose por un momento de sus problemas.

—¿El bosque de palmeras? Eso no está en las guías para turistas. Nunca había oído algo así.

—No, desde luego que no. El bosque es un lugar muy especial, reverenciado y cuidado por mi gente —hizo una pausa, y tensó la mandíbula. Luego dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Rita.

—No es nada.

Rita pensó en lo último que él había dicho, y sonrió con tristeza. Ese «nada» del que no quería hablar estaba claro.

—No tienes que avergonzarte por llamarlos «tu gente».

—No estoy avergonzado —se apresuró a decir él.

Era tan tozudo, tan orgulloso…

—Sólo digo que el que te sientas cercano y te importe la gente de Emand es normal.

—Mira al frente, Rita.

La confusión se apoderó de ella.

—¿Cómo?

—El lago Shami está justo sobre esa elevación —dijo Sakir, señalando al frente.

Rita se movió en su asiento para encararse con él.

—¿Por qué os resulta tan difícil a los hombres hablar sobre vuestros sentimientos?

—¿Por qué las mujeres fuerzan esos sentimientos en los hombres? —rebatió él.

Ella sacudió la cabeza.

—Estás respondiendo a una pregunta con otra.

—Lo que quiero decir es —comenzó él, con total sinceridad—: ¿por qué las mujeres sois tan impacientes?

Al oír eso, Rita se quedó quieta. Nunca le había oído hablar así. Le había oído espetar las palabras, morderlas, dar órdenes, pero nunca le había oído preguntar algo desde la vulnerabilidad. Y sintió que la ira de su corazón se aflojaba un poco.

Tomó aire profundamente. Él tenía razón. ¿Lo habría presionado demasiado? Y no sólo en cuanto al deseo que sentía por ella, sino también acerca de sus sentimientos hacia Emand, su vida ahí, su relación con Zayad y su dolor por el hermano menor…

Tal vez, concluyó. A lo mejor todo sería más fácil y más relajado para todos si ella dejaba simplemente que las cosas sucedieran o no sucedieran, si dejaba que Sakir diera un paso o no lo diera, si permitía que confiara en ella… o que no lo hiciera.

—¿Paciencia, eh? —Preguntó, y se encogió de hombros—. De acuerdo.

Sakir la miró, enarcando una ceja.

—¿Estás de acuerdo? ¿Así de fácil?

Ella dibujó una amplia sonrisa.

—Sí. Y ahora, cuéntame más sobre esas palmeras.

—Míralas por ti misma —dijo él, señalando delante de ellos.

Ahí estaban, al otro lado del cristal, en toda su plenitud. Rita casi se olvidó de respirar al contemplar la vista frente a ella. Cientos de palmeras de hojas relucientes crecían sobre una impresionante ladera como si fueran un ajedrez de la tierra. Y justo debajo, había un hermoso y tentador lago con la forma de un ocho.

—Mira ahí —dijo Sakir, señalando una pared de piedra al lado derecho del lago, donde parecía que llovía.

—¿Es una cascada? —preguntó ella, emocionada.

—Sí, una de las muchas que hay.

Un silencio reverencial se instaló en los dos mientras descendían la ladera entre las palmeras centenarias hasta llegar a un tramo de tierra donde Sakir aparcó el coche.

Rita salió del *jeep* la primera, y se estiró mientras el aire caliente y húmedo la envolvía. Dio unos pocos pasos hacia un pequeño claro y miró hacia arriba. Las hojas de las palmeras enmarcaban un trozo del cielo azul.

—Esto es increíble.

—¿Sabes? —Le dijo Sakir, llegando junto a ella—. Nunca lo hubieras visto con los otros guías.

—Lo sé.
—¿Me agradeces que fuera a buscarte?
Ella rió.
—A ver si se te va a subir ahora a la cabeza.
El rió con ella, cerrando los ojos.
—¿Te gustaría ver el lago? Podríamos comer junto al agua.
—¿Comer?
Él le enseñó una maleta de picnic.
—¿Cómo…? —preguntó Rita, atónita.
—Soy un hombre de sorpresas.
Aun en aquel calor tan tórrido, Rita sintió un escalofrío.
—¿Ah, sí?
Él se acercó a ella y la tomó de la mano.
—¿Estás preparada?
Ella sonrió y asintió.
—¡Adelante!

* * *

Sakir la condujo por un improvisado camino de arena, rocas y raíces de palmera hasta la orilla del lago, junto a una de las encantadoras cascadas. Ahí, hurgó en la maleta, sacó una alfombra roja y azul y la desenrolló sobre un trozo de arena, a poca distancia del agua.

—¿Una alfombra? —preguntó ella, juguetona—. ¿Qué más tienes ahí dentro?

Él enarcó una ceja y comenzó a sacar varios trozos de pan blanco, una carne de olor delicioso y lo que parecía una ensalada de pepino.

—Cecina de cordero —dijo él, presentándole las mercancías teatralmente—, ensalada de pepino y tomate con aceitunas, pan y algo de vino frío. Una comida para una princesa.

Rita sonrió encantada, no pudo evitarlo. Todo era perfecto: la comida, el escenario, el hombre… y las posibilidades.

«No», se dijo. No podía llegar tan lejos. No debía llegar tan lejos. Sucediera lo que sucediera, si es que sucedía algo, tendría que salir de Sakir y sin ninguna presión por parte de ella.

Bajo la sombra de una enorme palmera, comieron el cordero, el pan y la ensalada, bebieron el vino dulce y frío y, en cuanto terminaron, se tumbaron en la suave alfombra y disfrutaron de las vistas.

—Me encanta el agua —confesó ella, bebiendo un sorbo de vino —. Supongo que es porque soy Piscis.

—¿Qué es Piscis?

—Piscis es un signo astrológico para los nacidos en el mes de marzo, y su símbolo es un pez.

Él asintió.

—Ya lo entiendo. Yo soy de primeros de agosto, ¿eso en qué me convierte?

Rita comenzó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Sakir.

—Eres Leo, Sakir.

El enarcó una ceja, sin entender.

—El león —le explicó ella.

—El león. Me gusta —dijo él, sonriendo con arrogancia.

—Me imaginé que sería así —dijo ella secamente.

—Los leones aman el desierto tanto como los peces aman el mar.

Ella asintió.

—Aunque prefiero los lagos. Son tan calmados, tan llenos de paz… —dijo, bebiendo otro sorbo de vino—. ¿Sabes si éste proviene de algún manantial?

—Me parece que sí. Y es conocido porque sus aguas están bastante frías —apuntó él, y sonrió—, algo que se agradece en un día caluroso como hoy, ¿no crees?

Su pelo negro estaba empapado de sudor en las sienes y la nuca. Estaba tan *sexy* que invitaba al pecado. Que Dios la ayudara, pensó Rita, porque estaba a punto de pedirle que la besara.

¿Cómo era posible que un hombre la hiciera sentirse tan débil? Ella tenía unos principios, seguía el código de honor femenino que establecía claramente: «Nunca suplicar sexo». Pero con Sakir a su lado, cuando la miraba con aquellos ojos oscuros y su incitadora boca, estaba perdida.

—Podemos darnos un baño si lo deseas —sugirió él.

Una ola de excitación sonrojó las mejillas de Rita.

—¿No esperas un rato? Para hacer bien la digestión.

—Interesante —afirmó él, y sonrió—. Supongo que me gusta vivir peligrosamente.

—¿Lo dices de veras? —preguntó ella, con doble intención.

Sakir se puso en pie, tan alto e imponente como las palmeras que lo rodeaban.

—Supongo que no sería un buen guía turístico si no te acompañara al agua.

Rita tragó saliva con dificultad. Sintió una ola de calor naciendo en su estómago y descendiendo por su cuerpo.

—Creo que sería lo correcto.

Antes de que ella tuviera tiempo de pensar, Sakir se estaba desabrochando la camisa. Lo observó con ojos glotones mientras se quitaba con tranquilidad la prenda de lino. Sus manos se morían por tocarlo, por recorrer su pecho, por acariciar su estómago. Su pecho bronceado era suave y musculoso, y Rita pensó que nunca desearía mirar a ningún otro lugar.

Hasta que miró más abajo.

Se quedó sin aliento y notó cómo los músculos de su vientre se contraían. Los pantalones de Sakir estaban sobre el suelo, y no llevaba ropa interior.

Estaba glorioso. Alto, delgado y firme desde los pies a la cabeza.

—¿Así que vas a bañarte en cueros, eh? —preguntó ella débilmente, con la lujuria invadiéndole el cuerpo.

—¿Tienes alguna otra idea?

Ella negó con la cabeza.

—No, estás estupen…

Cerró la boca, tomó aire y volvió a empezar:

—Lo que quiero decir es que yo pensaba bañarme con la ropa interior, parece un bikini, y…

—¿Qué ha pasado con eso de vivir peligrosamente? —inquirió él.

—Eso va contigo.

Sakir la miró con una sonrisa de medio lado.

—No, Rita. Eso también va contigo. Por lo menos desde que te conozco.

Ella no supo qué decir ante aquella afirmación. Si miraba atrás a su vida desde que conocía a Sakir, no podía decir que hubiera hecho nada imprudente o peligroso. Bueno, al menos en cuanto a

romances. En los negocios, tal vez. Claro que luego estaban sus fantasías…

De acuerdo, ahí sí que era imprudente. Ahí sí que vivía peligrosamente.

—Me decepcionas —dijo Sakir, con un tono de descontento infantil en su voz.

—Bueno, no me gustaría que eso sucediera.

—Tienes un cuerpo hermoso, Rita. No deberías avergonzarte de enseñarlo.

Rita sintió las mejillas ardiendo e intentó no quedarse mirando su gloriosa erección.

—Sí que hay para avergonzarse cuando tienes los muslos gruesos y el trasero enorme —dijo ella, y se encogió de hombros—. He intentado ir al gimnasio, pero…

—Quítate la ropa.

Ella lo miró a través de sus pestañas.

—¿Estás dándome órdenes de nuevo?

—Sí. Haz lo que digo.

Rita tomó aire profundamente. Sabía que Sakir estaba hablando medio en broma, que estaba jugando de esa forma tan sensual. Y ella quería jugar con él. Después de todo, una hora antes había decidido dejar las decisiones y la iniciativa en sus manos.

Había decidido eso y, aun así, se sentía rara, muy vulnerable de repente. Él estaba ahí frente a ella, totalmente tranquilo, sosteniendo sus veinticuatro centímetros de erección.

Ojalá ella pudiera estar tan tranquila.

Lentamente, y con mucha inseguridad, Rita se puso de pie y empezó a despegarse la ropa de la piel ardiente y pegajosa, una prenda detrás de otra.

Sintió la mirada de Sakir sobre ella y quiso correr a esconderse detrás de una palmera, pero se mantuvo en su sitio. Finalmente, se quedó frente a él en ropa interior.

Sakir sacudió la cabeza y sonrió con expresión traviesa.

—Aún no has terminado.

Los senos de Rita se endurecieron, empezaron a cosquillearle, suplicando que los liberara, tal vez para que ese hombre los acariciara. Ella dejó escapar un pequeño gruñido.

—De acuerdo —concedió.

Primero, se quitó el sujetador y suspiró al notar el aire caliente sobre sus pezones duros. Luego se pasó los dedos por debajo de la goma de las bragas y se las bajó.

Se quedó desnuda frente a él, de pie, bajo su mirada, y sintiéndose incómoda y totalmente vulnerable.

Sakir caminó hacia ella y rodeó su cintura con una mano.

—Me vuelves loco de deseo, Rita. Siente lo loco que me vuelves.

La acercó hacia sí y ella pudo sentir su firmeza contra su vientre.

—Eres tan hermosa, tan perfecta con tus curvas de mujer…

Rita cerró los ojos, las piernas le temblaban, su mente era un caos lleno de visiones de aquel hombre haciéndole el amor en el lago, bajo la cascada.

Sakir la tomó de la barbilla y la hizo mirarlo a los ojos.

—Disfrutemos del agua.

Ella sonrió, preguntándose si él habría oído sus pensamientos, mientras el ardor entre ambos crecía y los envolvía, y mientras Sakir la conducía hacia la fría agua.

La arena cedía bajo sus pies conforme se adentraban más y más en el lago, hasta que el agua les llegó a los hombros.

—Esto es demasiado bueno —dijo ella.

—Lo sé —añadió él, rodeándola con sus brazos y atrayéndola hacia sí.

Esa vez no discutieron sobre lo que estaba bien o mal. La boca de él se abalanzó sobre la de ella, su lengua se introdujo en su boca, buscando la de ella. Rila tomó aliento, rodeó el cuello de él con sus brazos y se sumergió en su beso.

—Soy un hombre débil —murmuró Sakir.

—Y yo me alegro de eso —le respondió ella en un susurro.

Las manos de él descendieron por la espalda de Rita hasta agarrar sus glúteos, con las yemas de los dedos hundiéndose en su carne. Rita se estremeció salvajemente, pero gracias a que el agua la sostenía, se las arregló para rodear la cintura de él con sus piernas.

Sakir abandonó su boca un momento y le habló al oído.

—Te voy a dar un placer enorme, Rita.

—¿Y cuándo vas a admitir recibir tú el placer? —preguntó ella, con voz ronca.

Él introdujo dos dedos en el interior de ella y la hizo enmudecer.

—Contemplar cómo disfrutas es mi placer.

Rita respiró entrecortadamente, la sensación de fuego líquido abrazando los dedos que se movían dentro de ella era tan maravillosa que pensó que se iba a desmayar o a hundirse bajo el agua y a ahogarse.

Pero ella estaba hecha para vivir ese momento, para cabalgar sobre aquellos dedos y gritar de éxtasis cuando él usó el dedo pulgar, con decisión y experiencia, sobre el centro de su placer.

Sakir recorrió con su boca el cuello de ella y fue mordisqueando la carne fragante mientras el corazón de ella latía a ritmo de sexo. El agua se agitaba en torno a ellos y, a pesar de estar fría, la frente de Rita se cubrió de sudor. El clímax estaba a punto. Sus piernas se agitaron, su aliento se volvió más agitado, entrecortado.

Sakir sacó los dos dedos y a continuación introdujo tres profundamente. Rita abrió la boca en un silencioso grito de placer. Su liberación estaba muy cerca, con Sakir agitando los dedos en su interior.

De repente, ella se tensó, su cuerpo empezó a temblar, la mente se le quedó en blanco y dejó que la ola del orgasmo se apoderara de sus sentidos.

Luego, todo lo que pudo sentir fue el agua y el aire. Se apoyó contra Sakir, recuperando el aliento. Él le frotó la espalda y le susurró al oído palabras relajantes en árabe. Rita deseó con todas sus fuerzas quedarse en ese momento para siempre.

Pero la fantasía se transformó en realidad de nuevo, porque el buen día se estaba poniendo gris.

Sakir la besó en los labios, con dulzura pero también con deseo.

—Las nubes se acercan. Va a llover.

—No hemos terminado esto.

—No, no lo hemos terminado.

Rita sintió que el corazón se le llenaba de esperanza.

—¿De verdad?

—De vuelta en el palacio, en nuestro dormitorio, volveremos a empezar y lo terminaremos —anunció él, tomándola en brazos y caminando hacia la orilla—. Pero ahora debemos irnos.

—Yo no quiero irme —protestó ella, apoyándose sobre el pecho de él, en su calor, consciente de que sonaba como una niña, pero sin importarle.

Cuando Sakir alcanzó la arena, la depositó en el suelo con una

dulzura suprema.

—Yo tampoco —dijo él, y comenzó a ayudarla a vestirse.

* * *

Era medianoche.

Sakir contemplaba la luna.

Era medianoche, y aún no estaba en las habitaciones que compartía con su «esposa».

Cuando Rita y él habían vuelto al palacio, el cielo estaba cubierto de nubes y ella se acababa de despertar de una siesta en el *jeep*. El primer pensamiento de Sakir había sido llevársela escaleras arriba y hacerle el amor en su cama. Se sentía preparado, tanto corporal como mentalmente. Pero algo le había impedido llevar a cabo esa maravillosa tarea.

Tal vez había sido su propio espíritu.

Con la voz llena de culpa, le dijo a Rita que tenía varias llamadas telefónicas que atender y que la vería después. Ella no ofreció resistencia, ya que sin duda empezaba a acostumbrarse a sus cambios de humor y de ideas; algo que avergonzaba a Sakir hasta las entrañas. Aunque él no se entregaba a nadie y devolvía placer siempre que se lo daban a él, siempre había sido un hombre franco y honorable en lo referente a mujeres.

El problema era Rita. Ella no era una mujer cualquiera. Ella era fuego y vida, y él estaba encariñándose demasiado con ella. Empezaba a desearla demasiado. Y, el mayor problema de todos, empezaba a necesitarla demasiado.

Sakir se internó más en el jardín y dejó que la esencia de los jazmines se apoderara de sus sentidos. Pasó al lado de la escultura de su abuelo. Pasó al lado del jardín de rocas vallado y de los arbustos de menta. Pasó al lado del estanque japonés, consciente de adónde estaba yendo, y renunciando a detenerse.

Finalmente llegó adónde iba. La piedra salía desde el suelo delante de él. Plantas exóticas que el propio Sakir había escogido rodeaban la tumba de su hermano. Durante el día, las plantas atraían una variedad de mariposas, ya que a Hassan le encantaban las mariposas cuando era pequeño. Por la noche, quedaba una

exuberante quietud en el lugar.

Sakir se quedó allí delante durante un largo tiempo, pensando en todos los años que su hermano no viviría. Lo invadió la ira. Menudo desperdicio.

—¿Sakir?

Él no se volvió. La voz fue como un bálsamo para su rabia. Rita. La sintió acercarse a su lado y la vio por el rabillo del ojo mientras se arrodillaba y pasaba los dedos por encima de las palabras que él mismo había esculpido en la piedra.

—¿Qué significa esto? —preguntó ella.

Con la garganta seca, Sakir murmuró:

—«Tu hermano te echa de menos, pequeñín».

Rita se puso en pie, y luego hizo algo de lo más extraño: tomó la mano de Sakir y la sujetó en la suya. Ella era cálida y real, y Sakir deseó atraerla hacia él y levantarla en brazos.

Pero no lo hizo.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

—Te gusta este jardín.

—Es tarde.

—Lo sé.

—Deberías estar en la cama.

Ella le dio un apretón a la mano.

—Tú también.

—El sueño me ha evitado los últimos diez años —dijo él desdeñosamente.

—¿Quién ha dicho nada acerca de dormir?

Sakir se giró. Ella lo estaba mirando con una mirada tierna y suave. Cualquier otra noche, cualquier otro día, Sakir se hubiera preocupado ante una mirada así. Pero no esa noche, no con ella. Necesitaba su calor y su cariño, y estaba preparado para tomarlos.

Su mirada recorrió el cuerpo de ella. Rita llevaba puesto un camisón de seda azul claro que se amoldaba a sus curvas, y tenía la bata a juego en la mano.

—Yo escogí ese camisón para ti —dijo él, con el deseo invadiéndole cada músculo, cada hueso.

Ella sonrió.

—Lo sé.

—Estás impresionante, Rita.

La sonrisa de ella se amplió.

—Vamos a la cama, Sakir.

Él asintió, pasó sus manos por debajo de ella y la levantó en brazos. Al ver que ella enarcaba una ceja, le explicó:

—Es la tradición.

—¿Cuál es la tradición, exactamente? —preguntó ella mientras atravesaban el jardín.

Sakir no dijo nada hasta que subieron las escaleras del palacio y estuvieron ante la puerta de su dormitorio. Una vez ahí, él se inclinó hacia delante y la besó dulcemente.

—Es tradición que el príncipe atraviese el umbral de la habitación con su princesa en brazos la noche de bodas.

Rita ahogó una risa.

—Nos hemos pasado unos cuantos días, ¿no?

Sakir abrió la puerta y se encaminó al dormitorio.

—Nunca hemos hecho el amor, Rita —dijo, y la depositó sobre la cama con mucho cuidado—. No hemos tenido noche de bodas.

Lentamente, con manos delicadas, le subió el camisón por encima de las rodillas, más arriba de sus muslos.

—Creo que ésta será nuestra noche de bodas, ¿qué te parece?

Rita se sentía como en un sueño: Sakir hablándole de noche de bodas mientras le quitaba el camisón, las braguitas de encaje y su propio caftán; Sakir encima de ella, completamente desnudo, con el cuerpo tenso y su erección grande y expectante. Sí, tenía que estar soñando. Sakir la miró.

—Desearía darte placer antes, pero no creo que pueda…

—Sakir, quiero sentirte dentro de mí —pidió ella, abrazándolo —. No te imaginas el placer que eso me provocaría.

Él dejó escapar un suspiro profundo.

—Quiero jugar un poco antes, saborearte, disfrutar entre tus…

—Ya hemos jugado bastante. El rostro de Sakir se iluminó lentamente con una sonrisa.

Rita lo observó ponerse el preservativo con agilidad. Ella respiraba con dificultad, anticipando lo que iba a pasar, expectante. ¿Cómo se sentiría él? ¿Se acomodaría lo suficiente a él? ¿Lograría que su orgasmo fuera tan intenso como el que él le había provocado?

Sakir se colocó encima de ella. Con la vista fija en sus ojos, le

separó los muslos con una dulce insistencia. Entonces bajó sus caderas.

Rita lo sintió justo en la entrada de su cuerpo. Tan sólo por la excitación de la anticipación, ella ya estaba muy mojada. Sakir se movió arriba y abajo, jugueteando con ella mientras la observaba. Pero aquello era lo más lejos que iba. Nunca en su vida Rita había sentido tanta excitación, tanta curiosidad.

Con la cara de él pegada a la suya, y su respiración cercana, Rita preguntó.

—¿Qué sucede?

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. Esto, de alguna manera, parece sagrado. Nunca lo había sentido con esta intensidad.

Rita sintió que el corazón le golpeaba en el pecho. Ella tampoco había sentido nunca nada parecido. Pero sabía cómo llamarlo. Estaba enamorada de su marido, y ni las palabras ni la razón podían moverla de ahí.

Rodeó la cintura de Sakir con sus piernas, urgiéndole a bajar, a introducirse profundamente en el calor húmedo de su cuerpo.

Como si hiciera un juramento, Sakir deslizó sus manos por debajo de las caderas de Rita, las elevó y se introdujo en ella.

—Sí —murmuró Rita, elevando aún más las caderas mientras se deleitaba con cada centímetro que él le daba.

Él era suyo. En ese momento. En ese maravilloso momento.

—Muévete conmigo —rogó Sakir, cuando sus arremetidas se aceleraron.

Ella pegó sus caderas a las de él, siguiéndolo por ese camino rápido y desesperado que no conocía más final que el orgasmo.

Ella quiso relajarse, quiso borrar todos los recuerdos del pasado y cómo Sakir y ella habían llegado hasta ese punto. Quería vivir el momento. Una y otra vez, si él se lo pedía.

Sintió que sus músculos se cerraban sobre el mástil de él cuando Sakir se introducía en ella. El sudor le corría por la espalda. Sus senos se elevaban y descendían. El tiempo se había evaporado.

—Cuando tú te vayas —dijo Sakir, entre jadeos—. Quiero oírte. Grita, chilla, interpela a los dioses… Lo que te salga. Pero debo oírte. ¿Lo entiendes?

Ella asintió bruscamente. Sí, lo había entendido. No se

controlaría. ¡Dios! Haría cualquier cosa que él le pidiese. Y su petición era muy oportuna. El amor en su corazón estaba a punto de explotar; el volcán borboteando en su interior estaba listo para salir, para hacerla ver las estrellas.

Y cuando Sakir bajó la cabeza y tomó un pezón entre sus dientes, mientras se movía en su interior cada vez más rápido, ella hizo justo eso: Explotó. Se fue. Murió. Vivió.

—Vente conmigo ahora —le gritó ella, clavándole las uñas en la espalda.

Sakir arremetía una y otra vez. Tenía la respiración acelerada y el cuerpo cubierto de sudor.

Rita dejó caer la cabeza hacia atrás. De lo más profundo de su garganta salió un grito a la vez que olas de fuego, lluvia y descargas eléctricas recorrían todo su cuerpo.

Y Sakir se fue con ella, murmurando su nombre un millón de veces mientras derramaba su semilla en lo más hondo de ella.

Capítulo 12

Sakir contempló cómo la suave luz del amanecer jugaba sobre el cuerpo desnudo de Rita, apenas cubierto por la sábana de seda azul. Lo recorrió con la mirada, de abajo a arriba, desde el tobillo hasta la rodilla, la cadera, el vientre, los pechos generosos y los pezones.

Glorioso.

Se estremeció y se tumbó de espaldas. ¿Qué era lo que había hecho? ¿Qué era lo que había permitido que sucediera en aquella cama? ¿Su capacidad de control y de corrección se habían desintegrado bajo el fuego del deseo?

¿Y le importaba nada?

No. No le importaba ni mantener el control ni ser correcto. Quería despertar a su bella durmiente con un beso primero en unos labios, y luego en los otros.

Sintió que empezaba a excitarse con sólo imaginarlo. Se giró sobre el costado y se la quedó mirando.

Ella se movió, acurrucándose contra su pecho. Recorrió su piel con la boca, hasta llegar a las ingles.

—Te despiertas temprano, ¿eh? —dijo ella, con un tono travieso.

—Eres muy observadora.

Ella rió, y su cálido aliento acarició el pecho de él.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Duermo poco.

—Ya me lo habías dicho —respondió ella, jugueteando con un pezón—. ¿Tienes muchas cosas en la cabeza?

«No te imaginas cuántas», pensó él.

—Sí —respondió.

Rita lo miró.

—Pero debo ser paciente y no preguntar, ¿verdad?

Sus enormes ojos azules lo arrastraron, como lagos donde moraba un corazón comprensivo. Él quiso meterse en ellos y estar perdido o hallado.

Suspiró. Nunca le había contado a nadie lo que pesaba en su corazón; nunca había querido compartirlo. Pero la carga estaba aumentando últimamente. Rita se había ofrecido a escucharlo más veces de las que podía recordar. Y en aquel momento, mirándola a los ojos, vio empatía.

Las palabras salieron de su boca con demasiada facilidad.

—Con tanta muerte y destrucción en mi familia, temo estar muerto por dentro.

Sí, con demasiada facilidad. Sakir sintió que se le cerraba la garganta de la vergüenza, y deseó poder retirar aquellas palabras. Pero Rita ya había asumido su tarea. Le rodeó el cuello con los brazos, las ingles con las piernas y se arrimó a él.

—Puedo asegurarte que estás muy vivo.

El corazón de Sakir se llenó de una ternura que nunca había experimentado antes. Deslizó sus manos hasta los glúteos de ella y la arrimó más hacia sí.

Rita buscó su mirada.

—Dime lo que piensas.

—Me pregunto si soy capaz de amar; si alguna vez me permitiré liberarme.

Desvió la mirada, avergonzado al reconocer aquello. Los hombres de su rango no debían hablar de esas cosas. De hecho, ni siquiera debían sentirlas.

—Me pregunto si alguna vez volveré a confiar en alguien —añadió—. No estoy diciendo esto para que me contestes o para que me tengas pena, Rita. Lo hago porque me importas y quiero que entiendas quién soy y qué no te puedo dar.

—Yo no te he pedido nada —apuntó ella firmemente.

—No, pero lo mereces todo —dijo él, y una sonrisa triste se dibujó en su rostro.

—No quiero hablar más de esto —dijo Rita.

—Me pediste que te desvelara mis sentimientos, ¿recuerdas?

—Sí, lo hice, pero no ahora, no aquí, ni hoy —respondió ella, apretando sus caderas contra él, incitantemente—. Aún tenemos una semana de fantasía antes de volver a la realidad.

Sakir dejó escapar una risita amarga. Comprendía demasiado bien la necesidad de dejar suspendida la realidad el máximo tiempo posible.

Tenían dos semanas antes de volver a los Estados Unidos y a algo parecido a la realidad. Muy pronto, él tendría que enfrentarse a todos sus miedos, a esos mecanismos de protección que había compartido con Rita, y decidir de una vez y para siempre si se permitía relajarse respecto a su miedo a la muerte.

—¿Deseas un poco de fantasía? —preguntó él, con una sonrisa traviesa.

Rita sonrió y asintió con entusiasmo.

Sakir se puso boca arriba, la levantó por encima de él y lentamente la colocó sobre su enhiesto mástil.

Ella dejó escapar un gemido de alegría, y un ardiente placer brotó en Sakir. El cuerpo de ella, como un guante húmedo, parecía succionar su erección mientras ella se movía, apretando sus caderas contra las de él.

Atrás y adelante. Más y más profundo.

Ella buscó sus manos y las colocó sobre sus senos. Arqueó la espalda y dejó caer la cabeza hacia atrás. Y lo cabalgó, intensa y apasionadamente.

Sakir no podía dejar de mirarla mientras ella golpeaba sus caderas sobre las de él, salvajemente, con sus pechos temblando por el movimiento.

Aquella visión era demasiado para él. Cerró los ojos, puso la mente en blanco y dejó que su cuerpo se sumergiera en el olvido gracias al placer.

Rita observó al hombre mientras comía su almuerzo, tan perfecto y refinado en sus modales. Ella se había escondido detrás de una planta y se preguntó si debía acercarse a él, mientras él se sentaba a la gran mesa de mármol en el atrio más exquisito del mundo. Estaba claro que ella no era un ratoncito dócil. Pero aquel hombre era un sultán; algo bastante intimidatorio para una chica de una pueblecito rural de Texas.

Pero ella no era de las personas que se dejaban intimidar.

Tomó aire profundamente, salió de su escondite y se encaminó hacia él. Pero sólo dio cinco pasos, antes de que alguien la sujetara por detrás.

El pánico se apoderó de ella, mientras luchaba contra unos músculos del tipo Neandertal.

—¡Eh, suélteme! ¿Pero qué es esto?

Sin ninguna explicación, fue empujada hacia delante. El corazón se le salía del pecho; se preguntaba qué le iba a suceder. ¿Qué castigo recibiría por acercarse al sultán de Emand sin haber sido anunciada?

—Alteza Real…

La voz grave, masculina, salía justo de detrás de su oreja izquierda, proveniente del Neandertal.

—… esta mujer estaba observándolo —informó.

Zayad Al-Nayhal se volvió tranquilamente y dirigió una sonrisa inquisidora a Rita.

—¿Es eso cierto, Rita?

—¿Puede este hombre soltarme, por favor? —pidió Rita, tensa.

—Desde luego.

Zayad se dirigió al hombre que estaba detrás de ella:

—La princesa desea ser soltada.

—La princesa… —murmuró el hombre, y rápidamente dio un paso atrás.

—Y, para que conste, no te estaba observando —dijo Rita, resoplando orgullosa—. Estaba esperando a que terminaras de comer para acercarme a hablar contigo, eso es todo.

Zayad hizo una seña a su sirviente.

—Puedes retirarte, Laul.

Rita se volvió justo a tiempo de ver a su captor: grande, moreno y totalmente calvo. Laul hizo una reverencia, se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Te pido disculpas por el brusco comportamiento de mi sirviente —dijo Zayad, bajando levemente la cabeza—, pero uno nunca tiene demasiado cuidado.

—Eso sucede cuando uno ostenta el poder, ¿no?

Zayad sonrió.

—Veo que lo comprendes —respondió, y señaló una silla junto a

él—. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿Voy a tener que someterme a un registro antes? —preguntó ella, enarcando una ceja.

La sonrisa de él se volvió más amplia.

—Le dejaré ese placer a mi hermano.

Rita sintió que las mejillas le ardían.

Zayad rió.

—Por favor, siéntate. ¿Qué puedo hacer por ti?

Luchando para recuperar la compostura, Rita tomó aire profundamente y se sentó.

—Quiero hablar de ti y de Sakir.

La sonrisa desapareció del rostro del sultán.

—Como ya has podido ver y, sin duda, oír, entre nosotros no existe el amor fraternal.

El dolor veló su mirada, pero continuó con los ojos clavados en los de ella.

—Cree que yo soy el responsable de la muerte de nuestro hermano y no quiere oír mi opinión al respecto.

—Lo sé, me lo ha contado.

—Si no vienes buscando respuestas, ¿qué te trae aquí?

—El asunto es, Alteza, que creo que las circunstancias que rodean la muerte de Hassan no son la verdadera razón del antagonismo de Sakir.

Zayad la miró atónito, aunque intrigado.

—¿Ah, no?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que está asustado.

Zayad resopló y se irguió en la silla, sacando pecho.

—Los hombres de mi familia no tienen miedo, hermana.

Rita puso los ojos en blanco.

—Eso es ridículo.

La mirada de Zayad se endureció y, por primera vez desde que lo conocía, Rita se sintió pequeña e insignificante. Pero se obligó a permanecer calmada y centrada en su objetivo. Estaba ahí para hacer comprender a Zayad cómo estaba su hermano, porque el espíritu del hombre que amaba estaba en juego.

—Pierdes a tu madre, a tu padre y a tu hermano pequeño —comenzó ella, suavemente—, ¿y no te asusta perder al único

miembro de tu familia que queda?

Aquello pareció interesar a Zayad, aunque mantuvo su actitud altanera.

—Explícate.

—Sakir ha perdido a todas las personas en las que confiaba y a las que amaba. Se fue del único hogar que había conocido y no ha vuelto a hablar al único miembro vivo de su familia, ¿por qué? —Se detuvo, esperando que Zayad dijera algo, pero no fue así—. No puede ser sólo porque esté enfadado contigo. Podría haberse enfadado contigo aquí, pero se fue al otro extremo del mundo. Piénsalo, Zayad.

Zayad estaba absolutamente perplejo.

—Si algo te sucediera a ti —explicó ella—, él no estaría cerca, no estaría aquí para sentirlo. Si te desprecia, si trata de convencerse a sí mismo de que eres el responsable de la muerte de Hassan, no sentirá el dolor de perder a otro miembro de su familia, si es que eso sucediera.

Zayad sacudió la cabeza.

—¿Cómo sabes esto? ¿Te ha dicho él…?

—El nunca admitiría una cosa así. Es demasiado orgulloso.

Zayad asintió, con los ojos reflejando que comprendía.

—Pero lo conozco. Conozco lo que le pasa por dentro —añadió ella.

—Y lo amas.

Era una afirmación, no una pregunta, pero Rita sintió que asentía.

Zayad se quedó callado unos instantes. Luego miró a Rita.

—Debo hablar con él de esto.

—No, no puedes —insistió Rita, poniéndose de pie—. Nunca me perdonaría por haber hablado de ello contigo.

—¿Qué puedo hacer entonces?

—Tan sólo intenta comprenderlo. De momento. Por favor —le rogó—. Debes saber que se preocupa por ti y por este país más de lo que piensas. Debes saber que, a su debido tiempo, hará las paces contigo y con el pasado.

—Más le vale —apuntó Zayad, con la mandíbula apretada.

Mientras Rita se alejaba del formidable sultán de Emand, rogó a Dios porque no hubiera cometido el mayor error de su vida.

Esperaba que su preocupación por Sakir y por su futuro con la tierra que era su hogar no la hubieran llevado a crear más problemas, cuando todo lo que ella quería era que hubiera paz.

Había pasado el día entre reuniones con miembros del grupo ecologista de Emand Oil, pero eso no había logrado detener la mente de Sakir, que no paraba de recordarle imágenes de ella, de la noche anterior, de aquella mañana.

Su pecho se tensó, al igual que el resto de él, mientras subía los escalones de palacio de dos en dos. La anticipación lo dominaba. Más que nada en el mundo, quería estar con Rita, a solas, desnudo y satisfecho. Pero tal vez debería contentarse con verla, tal vez besar su dulce boca, y posponer los placeres sensuales hasta más tarde: su hermano los esperaba para cenar aquella noche.

La idea amenazaba con arruinar su buen humor, pero Sakir se obligó a olvidarse de su enfado hacia Zayad mientras atravesaba el vestíbulo. En unos momentos estaría junto a Rita. Eso hizo que su sonrisa apareciera de nuevo.

Dejó escapar una risita nerviosa. Nunca antes había experimentado una atracción así. Rió nervioso, con la mano sobre el picaporte. Haría bien en olvidar los dardos del romance y concentrarse en la auténtica razón por la que estaba en Emand.

Imposible.

Cuando abrió la puerta, la luz de las velas, la música y el sensual aroma de la vainilla le dieron la bienvenida. La anticipación que había sentido momentos antes se intensificó, y todos los pensamientos sobre el trabajo desaparecieron.

Unas cincuenta velas, en pequeños tarros de cristal, formaban un camino que atravesaba la *suite*. Igual que Hansel y Gretel, un Sakir muy curioso recorrió el camino a través del salón, entrando en el dormitorio y saliendo a la gran terraza privada.

Después de eso, Sakir ya no se fijó en nada. Ni en velas, ni en aromas, ni en sonidos; ni en el desierto, el viento o las estrellas fugaces.

Vestida con el traje típico de una bailarina Saka de Emand, Rita le sonreía tímidamente.

—Buenas noches, Alteza.

Él asintió.

—Sí, yo desde luego diría que son buenas —bromeó.

Con aquella hermosa y seductora sonrisa, ella lo tomó de la mano y lo invitó a sentarse en una silla ante una mesa.

La brisa del desierto soplaba alrededor de ellos, y Sakir sólo se dio cuenta porque levantó la falda de gasa azul de ella, mostrando sus hermosos muslos.

Él se humedeció los labios.

Y entonces ella comenzó a bailar con un movimiento lento y ondulante que sólo las ancianas mujeres de los Saka conocían. Cómo había logrado ella aprender aquella danza era algo que él desconocía, pero que tampoco le importaba en ese momento: la música envolvía el espacio, la ondulación de aquellas caderas lo tenía atrapado y todo por debajo de su cintura estaba duro como una roca por el deseo.

Estaba hambriento. Y no del vino, las aceitunas o los dulces que había delante de él. Estaba hambriento de la mujer que bailaba con ese abandono, con aquella cintura tan estrecha, sus senos escasamente cubiertos subiendo y bajando, su rostro tan feliz mirándolo a él…

—Rita, por favor —pidió, levantándose y tendiéndole la mano —. Ya he tenido todo lo que puedo soportar.

Ella sonrió, se acercó bailando hasta él y le rozó con la cadera derecha, juguetona.

—¿No te gusta la danza, Alteza?

La mirada de él fue letal.

—Me gusta mucho, Princesa.

—¿Pero…?

—Rita… —la advirtió él de nuevo.

—He preparado algunos entremeses para antes de la cena —dijo ella con coqueta timidez—. ¿No tienes hambre?

Sakir la agarró y se la echó al hombro.

—Ya lo creo.

Rita rió. Rió mientras él la llevaba a la cama, le subía la finísima falda hasta la cintura, y hasta que colocó su lengua en un lugar celestial.

Capítulo 13

Rita se despertó junto a su esposo y sonrió llena de felicidad. Sakir la hacía sentir joven y *sexy*, y agradecida de estar viva. Todos esos años deseando que su impresionante jefe supiera que existía, o más bien, que la tomara en sus brazos y le hiciera el amor apasionadamente, no habían sido en vano.

Por cuánto tiempo, eso ella no lo sabía. Pero estaba feliz así. Tenía que estarlo. Se había sumergido en ese romance sabiendo lo que había, y no quería preocuparse o entristecerse por un futuro que no podía controlar. Disfrutaría del ahora, de cada momento.

—Buenos días.

Estaba tan metida en sus pensamientos, que no se había dado cuenta de que Sakir se había despertado y la observaba. Se la comía con los ojos.

—¿Qué podemos hacer hoy?

Ella se inclinó sobre él y retozó en su cuello.

—Podríamos hacer más de esto.

Él respondió con un gemido ronco.

—Me sentiría muy honrado, Princesa.

—Pero, de nuevo… —comenzó ella, sonriendo.

Sakir se detuvo y la miró, enarcando una ceja.

—¿Qué se te está ocurriendo?

Con la emoción de una niña pequeña, Rita saltó encima de él, se sentó a horcajadas y le agarró las manos.

—Quiero llevarte a un lugar.

Sakir sonrió y le siguió el juego.

—Podemos ir a cualquier lugar del mundo que desees.

—Quiero decir aquí, en Emand. Hay algo que quiero enseñarte.

—¿Cómo puede ser eso? No conoces Emand.

Ella se inclinó hacia delante y dejó su cara a unos pocos centímetros de la de él.

—Estoy llena de sorpresas, Alteza, deberías saberlo a estar alturas.

Él la atrajo hacia sí y la besó en la boca.

—No me gustan las sorpresas.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella riendo.

—Desearía saber todo lo que va a pasar en todo momento.

—Pero no puedes saber todo lo que pasa.

Sonriendo ampliamente, Rita se tumbó de nuevo sobre él y acarició aquellos labios con los suyos. Lo besó profundamente, con un beso ardiente, húmedo, juguetón, que duró al menos treinta segundos. Sintió crecer la firmeza de él contra su muslo y se sintió poderosa, lo que la enardeció aún más. Se sentó.

—Sakir, quieres mantener siempre el control, ¿no es así?

Los ojos de él brillaban con el fuego de un hombre que necesitaba liberarse.

—Tal vez.

Ella agarró sus manos y le sujetó los brazos sobre el colchón, por encima de su cabeza.

—Permitir que otros tomen el control de vez en cuando, puede ser una experiencia muy placentera, ¿lo sabías?

Él elevó la cabeza, abrió la boca y paseó la lengua por el pezón de ella.

—Tendrás que esforzarte más para convencerme.

Rita tomó aire ante el intenso placer de su caricia. Con el cuerpo vibrando lleno de deseo, le dirigió una sonrisa traviesa.

—Bueno, nuestra aventura puede esperar un par de horas…

Sakir sonrió y la abrazó con más fuerza.

—Eres una mujer sabía y maravillosa, Rita Al-Nayhal.

Ella escuchó las palabras, pero no las analizó. Estaba demasiado ocupada derritiéndose porque Sakir había elevado la cabeza, había cubierto el pezón con su boca y comenzaba a mamarlo.

* * *

-Puede que seas sabía y maravillosa, pero también eres una conductora temeraria —afirmó Sakir.

Iba sentado en el asiento del copiloto de un todo terreno negro, con la ropa y la actitud de «soy de la realeza y estoy por encima de todo».

—Lo que pasa es que confío en mis habilidades —lo corrigió ella.

Él resopló sonoramente.

—No, creo que temeraria es la descripción correcta —insistió él —. No debería haberte permitido…

—¿Haberme permitido? —lo cortó ella con fingida severidad.

—Después de esta experiencia en coche, sí: permitido. ¡En el último giro el coche se quedó suspendido sobre dos ruedas!

—Eh, vamos.

—¿Acaso no estuviste a punto de golpear el arbusto que había a la derecha, después?

—Le di un golpecito de nada.

—Si a mí me dieran un «golpecito» así, estaría muerto.

Ella se giró y lo miró, y luego rompió a reír. Él se unió a ella riendo despreocupado.

Rita volvió a concentrarse en la carretera desierta. ¿Era posible que Sakir Al-Nayhal, el hombre sobrio, controlado, al que nada divertía, hubiera cambiado? ¿Y sería gracias a ella?

¿Era demasiado vanidosa como para pensar que tenía algo que ver con esa nueva parte de él que desprendía luz y amor? Y en el caso de que tuviera algo que ver, ¿sería la responsable de sacar siempre esa parte de él, de vuelta en Paraíso, de vuelta en casa?

Mentalmente, puso los ojos en blanco. Esa idea era ridícula, por no hablar de la increíble y solapada manera de permitirse a sí misma pensar en un futuro, una forma de permanecer cerca del hombre del que estaba desesperadamente enamorada.

—¿Estamos cerca de nuestro destino, Rita?

—Ten paciencia —le respondió ella, sonriendo.

—Imposible.

—Inténtalo lo mejor que puedas, ¿de acuerdo? —propuso ella, y rió.

Apenas diez minutos después, Rita aparcó el coche a un lado de

la carretera. Había sido un trayecto largo, pero había merecido la pena. Aunque sólo fuera por las vistas.

Las hermosas montañas Barí se erigían ante ella. Respiró hondo y sonrió. Ese país nunca dejaba de impresionarla: montañas y desiertos, y bosques de palmeras y cascadas de agua. Cuánto le gustaría llevar allí a su hermana y a su padre.

Se contuvo a sí misma para no seguir pensando en esa línea. Emand pertenecía a Sakir y a su familia, de la cual ella no era parte, o al menos no realmente.

—¡Adelante! —animó ella alegremente, sacando un paquete de la parte trasera del todo terreno.

—¿Vamos a dar un paseo? —preguntó Sakir, con los ojos llenos de interés y agarrando el paquete.

A Rita le gustaba verlo así, con la anticipación reflejada en la cara.

—Sólo caminaremos un poco. El lugar al que vamos está allí, en aquel llano.

Por fin, llegaron al lugar que Tureen, uno de los hombres del sultán, le había recomendado: un valle lleno de flores, bien conservado, con un arroyo, varias acacias antiguas y una enorme higuera.

Rila se detuvo y Sakir se colocó a su lado rápidamente.

—Nunca había estado en esta parte de las montanas Bari antes.

Rita sonrió.

—Lo sé.

El frunció el ceño, pero sus ojos reflejaban que aquello le divertía.

—No me gusta esto, este secretismo a mis espaldas.

Riendo, Rita le agarró la mano y trató de llevarlo hacia la sorpresa que había estado planeando desde la visita al bosque de palmeras.

—Eh, relájate, Alteza, y ven conmigo. Te va a encantar cuando veas dónde vamos.

En poco menos de un minuto, estaban delante.

Rita se giró para ver la cara de Sakir mientras contemplaba la higuera más grande de Emand, o al menos eso era lo que Tureen le había contado a Rita. Los ojos de él se abrieron impresionados y su boca dibujó una atractiva sonrisa. Con mucho cuidado, se acercó y

tomó una enorme pieza de la negra fruta que pendía del árbol.

Ella le apretó la mano.

—Había pensado en hacer un picnic bajo esta higuera. He traído pan, queso, fruta y un poco de vino. Y lo único que tenemos que hacer es alargar la mano para conseguir el postre.

Sakir no dijo nada, y por un momento ella se preguntó si estaría disgustado o, algo peor, nada conmovido por los sentimientos de ella. Pero, después de unos instantes, él se volvió hacia ella, la tomó entre sus brazos y susurró en su pelo.

—¿Cómo lo sabías?

—Me lo dijiste tú —respondió ella, separándose ligeramente de él y mirándolo a los ojos—. ¿No lo recuerdas?

Él pestañeó. Intentaba recordar cuándo se había permitido ser tan abierto con otra persona.

Peinó su pelo con las manos.

—¿Por qué ibas a hacer algo así por mí?

Ella sonrió con cierta tristeza y miró al hombre de sus sueños, consciente de que no podía decirle lo mucho que lo amaba. Sentía como si su corazón estuviera en un puño.

—No lo sé —logró articular.

—¿No lo sabes? —repitió él, con una mirada cálida, reconfortante.

Ella se encogió de hombros, sin atreverse a creer que podía tener la suficiente confianza con él como para confesarle sus verdaderos sentimientos.

—Supongo que se me ocurrió que te gustaría verla, eso es todo.

—Y me gusta —afirmó él, sonriendo—. Eres increíble, Rita.

—Espero que eso no termine con «y cualquier hombre se sentiría afortunado de estar contigo». —Dijo ella, dirigiéndole una sonrisa juguetona.

El la besó en la boca. Fue un beso suave, tierno, no salvaje como el de la mañana.

—Eso es cierto. Cualquier hombre se sentiría afortunado de estar contigo.

Los genes ultra femeninos que llevaba Rita dentro se despertaron y ella quiso preguntarle si él sería ese hombre; ese hombre afortunado. Pero se contuvo, porque no estaba segura de querer oír la respuesta. Por lo menos, no en aquel momento. Y no ahí, en ese

escenario perfecto.

Habría tiempo suficiente para verdades, se dijo. Y, aunque odiaba admitirlo, en su corazón esperaba que, con todo ese tiempo que estaban pasando juntos, Sakir dejaría caer su coraza, de ira y resentimiento y se permitiría plantearse un futuro con ella, se enamoraría de ella tan locamente como ella lo estaba de él.

Por supuesto, todo aquello no eran más que ilusiones. Pero no podía evitar tener esperanzas.

Sakir estiró la mano de nuevo, tomó del árbol un suntuoso higo negro y lo colocó entre los dos.

—¿Has probado alguna vez un higo de Emand, Rita?

—No.

—Su sabor no se parece a nada de lo que conozcas. Es puro, y es un placer.

Rita se quedó sin aliento. Él podía estar hablando de ellos dos, de su tiempo allí… o del amor de ella por él. Sonrió.

Él le devolvió la sonrisa.

—Abre tu boca para mí.

Resistirse a la fruta le parecía una tontería, pero resistirse a Sakir le pareció inútil. Hizo lo que él le había pedido, y suspiró cuando la fruta, cálida y dulce, se encontró con su lengua.

Cuando Rita y Sakir regresaron por la tarde al palacio, felices y sexualmente satisfechos, les esperaba un mensaje.

Un mensaje que acabó con su ánimo relajado y despreocupado.

Era de Asad Qahhar, que pedía que el príncipe le devolviera la llamada en cuanto fuera posible. Una profunda sensación de culpa invadió a Sakir cuando dejó a Rita en sus habitaciones y subió a su oficina en la torre. No estaba preparado para oír la respuesta de aquel hombre, y tampoco estaba preparado para que su aventura con Rita terminara. Pero en su vida, los negocios eran lo primero.

La llamada duró cinco minutos, pero le proporcionó poca felicidad. Se tomó tiempo en volver a la *suite*, y se sintió desacostumbradamente incómodo cuando se sentó junto a Rita en la cama. Ella se estaba quitando los zapatos, y se la veía contenta después de un día lleno de comida, higos y sexo. Él también se había sentido así.

Hasta hacía un momento. Cuando la realidad había vuelto.

—Qahhar quiere reunirse con nosotros mañana por la tarde —

anunció Sakir, después de un largo rato—. Ya ha tomado una decisión.

Rita levantó la vista, con cara de preocupación.

—¿Tan pronto?

—Me temo que sí.

Ella respiró con fuerza, olvidándose de sus zapatos.

—Creí que tendríamos más tiempo.

—Yo también.

El aire salió de los pulmones de Sakir en un resuello lleno de melancolía. ¿Qué demonios le pasaba? No comprendía sus propios sentimientos. Aquello era lo que él había deseado, por lo que había vuelto a casa. Estaba preparado para aceptar lo que Qahhar le ofreciera. Diablos, le había parecido captar eso en la voz del hombre: no había empleado una secretaria; había hablado el propio interesado, y sonaba bastante complacido.

Y aun así, Sakir no sentía ninguna emoción.

El desafío de ir detrás de algo siempre le había gustado, pero lo que más le complacía era cuando lograba capturarlo.

Pero no aquel día.

Se le clavó un puñal en el corazón. No quería saber por qué se sentía así. No se atrevía a averiguarlo.

—Bueno —comenzó Rita, con un entusiasmo forzado—, vinimos a Emand para obtener una respuesta positiva y muy beneficiosa de Qahhar, ¿no?

—Así es.

Sakir se recordó a sí mismo que ella no podía leer sus pensamientos. Pero era como si lo hubiera hecho.

Ella lo miró, con los ojos llenos de preguntas. Pero sólo hizo una. Y una muy general.

—Así que, cuando sepamos su decisión, ¿podremos volver a casa?

Sakir asintió.

—Puede que eso sea tan pronto como mañana por la noche.

Rita no dijo nada, sólo le dirigió una sonrisa un poco tensa. Sakir deseaba que ella lo tomara de la mano, le recordara el tiempo que habían compartido, le recordara que, si él era un hombre de honor, debía pedirle que se quedara con él y convertir su «unión» en un estado real y honesto.

Pero él no le pediría eso, al igual que sabía que Rita tampoco lo aceptaría. Sus razones eran diferentes: mientras que él no era capaz de dar amor a otra persona, Rita era demasiado orgullosa para pedirlo.

—¿Quieres que lo llame por la mañana para confirmar la reunión? —preguntó ella, con la espalda rígida y la contención propia de una buena secretaria.

Sakir tomó una de sus manos.

—Gracias, pero no. Llamaré yo.

Con una calidez impresionante, Rita cubrió la mano de él con la que le quedaba libre y la apretó ligeramente. Ese gesto casi volvió loco a Sakir.

Unas horas antes, aquella mujer había sido suya, en cuerpo, alma y mente; y en ese momento volvía a ser su secretaria. Él odiaba ese hecho, pero sabía que no podía ser de otra manera.

La soltó, se puso de pie e hizo una inclinación de cabeza.

—Te dejaré para que te prepares para ir a la cama.

—¿Dónde vas? —preguntó ella.

—Creo que daré una vuelta por el jardín.

—¿Te gustaría que te acompañara?

Los músculos del cuerpo de Sakir se tensaron. Miró a Rita a los ojos y quiso perderse en ellos, quiso decir que sí. Dios, si por él fuera, se quedaría allí mismo, en aquella cama. Pero eso era una ilusión poco práctica. Si seguía con aquel romance imposible, no sólo sería un granuja egoísta, además sería un granuja sin corazón. Y Rita se merecía algo mucho mejor que eso.

—Preferiría ir solo.

Ella asintió, pero lo detuvo antes de que se marchara:

—¿Sabes, Sakir? —Dijo, con la voz llena de pasión—. Lo que estás buscando no está en ese jardín. Y no es una jornada de trabajo de ochenta horas a la semana, ni un rancho en Texas.

Él se detuvo, pero no se giró.

—Dios, espero que lo encuentres.

—¿Encontrar qué? —preguntó él, con la mandíbula apretada.

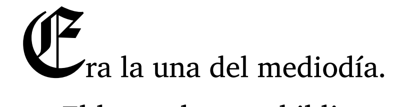
—Lo que sea que te haga sentirte feliz y satisfecho —respondió ella—. Me encantaría verte así.

La ira invadió a Sakir, pero hacia qué o hacia quién, no lo sabía. La locura se había apoderado de él desde que se había subido al

avión con aquella mujer.

¿Acaso ella no lo comprendía? A él no le importaba la felicidad ni el sentirse satisfecho. Ambas eran efímeras. No, él lo único que quería era recuperar la cordura.

Capítulo 14


Era la una del mediodía.

El lugar: la gran biblioteca del palacio del sultán.

Libros bellamente encuadernados cubrían las paredes; sofás de cuero y múltiples sillas estaban colocados sobre alfombras de seda para convertir el espacio en un lugar cómodo; mesas de oro y mármol sostenían fuentes de pasteles y galletas, mientras que el café turco estaba servido en el juego de porcelana de la familia real.

Todo era glorioso, y muy impresionante para la gente corriente, una clase a la que Rita y Asad Qahhar pertenecían.

A Rita no le había sorprendido el repentino cambio de escenario propuesto por Sakir. A él le gustaba jugar con ventaja cuando cerraba un trato. Y para eso, no había nada comparado a hacerlo en el palacio.

Asad no se apoyó en el respaldo de la silla, como había hecho en su oficina. Se quedó sentado muy erguido, con una actitud deferente.

—Estoy muy complacido, Alteza. Al-Nayhal Corporation le hará bien a Emand Oil, estoy seguro.

Sakir, que aún no se había sentado, asintió desde detrás de su sofá.

—Estamos deseando empezar a trabajar con ustedes.

—Yo siento lo mismo —respondió Asad, e hizo una pausa—. No puedo expresar lo mucho que me complace que vaya a venir a Emand varias veces al año. Eso hace que sienta que he acertado en mi elección.

Rita podía ver a Sakir henchido de orgullo, al otro lado de la habitación. Captó la rápida mirada que él lanzó hacia donde estaba ella. No estaba segura de lo que iba a hacer o decir a Qahhar en ese momento. Tal vez ignorara su comentario, o tratara de arreglar la imprudente oferta que había hecho ella en su anterior encuentro. Fuera lo que fuera, seguramente anularía el trato entre ellos.

—Vendré aquí dos o tres veces al año —anunció Sakir, y se dispuso a servirse otra taza de café.

Rita casi se cayó de la silla de cuero y estuvo a punto de asfixiarse con una galleta. ¿Había oído bien? ¿Acaba Sakir de decir que visitaría su hogar varias veces al año? Ella no tenía ni idea de qué era lo que había provocado ese cambio de opinión, pero se lo preguntaría más tarde.

—¿Dos o tres veces ha dicho? —preguntó Asad.

—Si no es suficiente, lo siento mucho —dijo Sakir, algo tenso—, pero es todo a lo que me puedo comprometer.

Asad negó con la cabeza.

—No, así está muy bien, Alteza. Me siento muy complacido.

—Bien —respondió Sakir, extendiendo la mano—, entonces cerremos el trato.

Asad Qahhar se puso en pie y los dos hombres se estrecharon las manos. Rita los observó, mientras su cerebro se veía invadido por una especie de niebla. No podía esperar a que aquel hombre se marchara para preguntarle a Sakir qué acababa de suceder allí. Cuando Asad salió, Rita se abalanzó sobre Sakir.

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le preguntó Sakir, aún de pie, aún con el aspecto estirado y profesional de siempre.

—Has dicho que visitarías Emand varias veces al año.

—Es cierto. He hecho lo necesario para lograr el acuerdo.

Eso la hizo detenerse. Por un momento, había pensado que él había cambiado. Había creído que tal vez había perdonado a su hermano, que quería volver a casa, que quería algo más que acuerdos y contratos y trabajo, trabajo, trabajo… Pero aquello habían sido, una vez más, vanas esperanzas.

—Has hecho lo necesario para lograr el acuerdo —repitió ella—, igual que con nosotros, ¿no?

—Sí —respondió él secamente—, así es.

Rita miró a Sakir con el corazón perforado de dolor. Ya no era el hombre sensual y despreocupado que había conocido durante los últimos días; él hombre al que amaba y que le había hecho el amor. No, el hombre que estaba frente a ella en ese momento era el mismo que la había dejado la noche anterior y se había ido a dormir al sofá de la *suite*.

Su jefe.

Todo era trabajo. Todo el tiempo.

—Debo ocuparme de cierto papeleo —se disculpó él, y apuró su taza de café rápidamente—. Nos veremos luego, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Rita sintió que se le partía el corazón y quiso acurrucarse en la silla con una enorme manta y llorar durante horas. Pero no podía permitirse ese lujo. Si quería sobrevivir, tenía que pensar que se trataba de negocios.

—¿Necesitas ayuda con el trabajo?

—No. Gracias.

Era divertido, pensó Rita. Incluso sintiendo ira y frustración, quería ayudarlo. Bueno, eso era el amor. Qué idiota había sido al pensar que podría pasar por aquello y salir ilesa.

Lo observó salir de la habitación y luego se sentó en la silla, apoyándose en el respaldo, y terminó su café. Necesitaba unos minutos para sentarse y sentir lástima de sí misma, pero la biblioteca le pareció de repente demasiado pequeña y cerrada y decidió salir. Una vez en el vestíbulo, se encaminó hacia los jardines. Parecían el mejor lugar para reflexionar, tal vez para lamentarse, si es que podía.

El sol de la mañana le calentó la piel y la brisa del desierto la enfrió mientras paseaba por las filas de rosales. Acababa de inclinarse hacia delante para oler una rosa amarilla perfecta y encantadora, cuando alguien apareció detrás de ella.

—Tenemos que hablar.

Rita se giró de repente, casi clavándose una espina en la mano.

—¡Zayad! Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —dijo él, pero no tenía aspecto de que lo sintiera.

Se colocó frente a ella con las manos entrelazadas a la espalda y su hermoso rostro crispado, mientras su caftán blando se ondulaba con la suave brisa.

—Sé que me he comprometido a mantener silencio sobre el tema de mi hermano hasta que él esté preparado, pero no puedo seguir así.

A Rita se le puso el corazón en la garganta.

—¿Por qué?

—Sé el acuerdo que habéis cerrado con Qahhar. Eso quiere decir que ya habéis cumplido con vuestro objetivo. Partiréis de Emand en breve, y nunca seré capaz de enfrentarme a mi hermano.

La mente de Rita se movía frenética. Zayad tenía razón, por supuesto, pero si hablaba a Sakir en ese momento, dijera lo que dijera, Sakir se pondría furioso. La regañaría por interferir, y probablemente no le volvería a hablar por haber dejado que su orgullo se derrumbara delante de su hermano.

Rita negó con la cabeza.

—Lo siento, Zayad, pero…

—Yo también lo siento, hermana mía, pero Sakir y yo debemos hablar.

—Tiene que encontrar su propio camino de vuelta a casa y a ti —afirmó ella apasionadamente.

El la miró desde su posición erguida, con los hombros cruzados por delante del pecho.

—¿De verdad me estás pidiendo que olvide todo lo que me has dicho?

—Por el momento, sí.

—Bueno, pues no puedo hacerlo. No lo haré.

Zayad se dio la vuelta con la cabeza alta y actitud desafiante. Luego se volvió.

—Hice venir a Sakir aquí para terminar esta guerra, no para…

Rita sintió que la sangre le palpitaba en los oídos.

—¿Cómo? ¿Qué acabas de decir?

Zayad sacudió la cabeza y apretó los labios peligrosamente.

—Quiero que nuestra familia esté unida de nuevo. Quiero que mi hermano encuentre su lugar aquí. Quiero que vuelva a Emand, donde pertenece. Es importante para todos…

—Espera.

Rita no podía creer que estuviera hablando tan imprudentemente, dando órdenes a un sultán en su propia casa, pero se le había ido de las manos.

—¿*Hiciste venir* a Sakir aquí? —preguntó ella, incrédula.

Zayad suspiró, no dijo nada durante unos instantes y por fin habló:

—Sí. Preparé el encuentro entre Sakir y Qahhar.

—¡Oh, Dios mío!

—El interés de Emand Oil por mi hermano lo creé yo, ¿y qué?

—¿Y qué? —preguntó ella, casi asfixiada—. Hablas de orgullo y de honor. Sakir tiene ambos a espuertas.

—De otra forma, no hubiera venido.

—Pero él creía que había logrado eso por sí mismo, sus cualidades…

—Fue por sus propios méritos como logró este acuerdo, Rita, no te confundas. Pero Qahhar acudió a mí para pedirme consejo, y yo se lo di. Le dije quién creía que era el mejor nombre para el puesto.

Encima de ellos, una nube tapó el sol. El aire se enfrió y las flores parecieron marchitarse. Rita tragó saliva y sacudió la cabeza.

—Sakir se va a poner furioso cuando se entere.

Zayad elevó la barbilla.

—¿Tanto como cuando sepa que hablaste conmigo de sus temores relativos a perder a su familia?

A Rita se le tensó el estómago, y asintió.

—Bueno, es demasiado tarde para los dos entonces.

Rita se dio la vuelta, con el corazón en un puño. No, no, no. No podía ser él. No en ese momento.

Pero su plegaria silenciosa no fue escuchada.

Sakir la miró profundamente traicionado.

—De él no me hubiera extrañado un engaño así —dijo, con tono cruel—, pero nunca lo hubiera imaginado de ti, Rita.

Atónita, sintiéndose pésima bajo aquella mirada, Rita sólo pudo sacudir la cabeza. Pero no podía retirar nada de lo dicho. La situación ante Sakir era como parecía: dos personas hablando de él, ocultando sus conversaciones anteriores, conspirando para ocultar cosas que él tenía derecho a saber.

Rita se sintió desnuda, expuesta y completamente derrotada. En su ánimo por ayudar a Sakir, lo había engañado.

—Hermano… —comenzó Zayad lentamente y con mucha paciencia.

—Ya no somos hermanos —murmuró Sakir con una enorme

repugnancia.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Rita, pero ella se las secó y dio un paso hacia el hombre que amaba.

—Sakir, por favor, escúchame…

El la detuvo con frialdad. Un profundo reproche ardía en sus ojos verdes. Luego, como había hecho por la mañana, se giró y se marchó caminando.

Capítulo 15

Rita Thompson tenía coraje.

Había sido un rasgo importante en su madre. La mujer había resucitado de las cenizas en tiempos de crisis, y había hecho lo que había que hacer y dicho lo que había que decir, sin temer las consecuencias. Y no importaba con cuánta fuerza deseara escapar de la incomodidad de un enfrentamiento, pero salir corriendo dejando las cosas sin resolver nunca había sido una opción para ella.

Aquélla había sido una lección inestimable, aunque difícil, para Rita a lo largo de los años. Pero al final las cosas siempre se habían resuelto de la mejor manera.

Ella esperaba que aquel día no fuera distinto.

Mientras entraba en el palacio y subía por las escaleras hacia su habitación, Rita oyó la voz de su madre en su cabeza. La urgía a buscar a Sakir, pedirle disculpas por cómo había hecho las cosas con Zayad y revelarle lo que había en su corazón.

Rita sabía bien que sus disculpas no serían recibidas con ningún sentimiento de perdón, igual que sabía que sus sentimientos amorosos no serían correspondidos. Pero cuando llegó a la puerta de la *suite*, no lo dudó. Giró el picaporte y entró.

Al principio no vio a Sakir, y se preguntó si habría ido a alguna otra parte del palacio y habría ordenado que se le mandaran las cosas, o si estaría directamente de camino al aeropuerto. Pero entonces él salió del dormitorio.

Se había cambiado del caftán a unos vaqueros y una camisa

blanca. Estaba tan guapo, tan enfadado, tan perdido… Rita quiso lanzarse en sus brazos y pedirle a gritos que la perdonara, pero ya no era una niña. Haría las cosas como una mujer adulta, sin súplicas ni lágrimas.

Tragó saliva con dificultad y empezó:

—La he fastidiado. Realmente la he fastidiado. Lo siento.

El elevó la barbilla.

—Ya está olvidado.

Todo, su mirada y su actitud, decían claramente lo contrario.

—Lo dudo.

—Lo primordial es que yo tengo Emand Oil y tú eres socia. Centrémonos en eso.

Sus palabras se le clavaron a Rita como cuchillos. Se socia le importaba un comino. Quería que él entendiera por qué había hecho lo que había hecho. Y si los milagros existían, ella deseaba que Sakir se abriera a sus propios sentimientos, sentimientos que ella sabía que estaban ahí, debajo de la coraza que atenazaba su corazón.

Quería que él la amara.

Caminó hacia él y se detuvo a unos pocos pasos de distancia.

—Sakir, tenemos que hablar. Y quiero decir, hablar de verdad.

—Tengo papeles que revisar antes de que nos marchemos por la mañana.

Iban a marcharse por la mañana…

La constatación de esa realidad la impresionó, y se instaló en su corazón como una carga de plomo. Sí, volverían a montarse en el avión a la mañana siguiente.

De vuelta a la vida real. De vuelta a Paraíso, Texas, y a trabajar y a vivir fingiendo que ese matrimonio, con sus noches de sexo y sus días de amistad, no había sido más que una farsa.

Rita tomó aire profundamente.

—Bien, pero al menos escúchame antes de irte.

Él asintió de forma impersonal.

—Habla entonces, pero entiende que has perdido para siempre mi corazón.

El dolor penetró en el alma de Rita al oír aquello. Pero sabía que tenía que decir lo que había ido allí a decir. Sakir necesitaba oírlo. Necesitaba oír la verdad.

—La gente de este país te ama —comenzó—. Tu hermano té ama. Y yo te amo.

Los ojos de Sakir echaban fuego y las aletas de su nariz temblaron.

Rita tenía el aliento entrecortado.

—Comprendo que tengas miedo de perder a los que te importan. El dolor es inimaginable, lo sé…

—Tú no sabes nada —replicó él, iracundo.

—Perdí a mi madre cuando era una niña, Sakir —le explicó ella con vehemencia—. Créeme, sé lo que es.

Esas palabras dejaron perplejo a Sakir. Por un momento, desapareció la ira de su cara y mostró un sincero interés. Por una vez, tal vez estuviera pensando en la familia de ella y no sólo en su propia historia de dolor.

—Siento lo de tu madre —dijo, después de un buen rato.

—Gracias.

—Pero esto es diferente.

Ella estaba de acuerdo.

—Lo sé. Cuando ella murió, yo estaba muy enfadada, pero no culpaba a nadie de su muerte.

Los ojos de Sakir volvieron a llenarse de rabia. Miró hacia la puerta.

—¿Tienes algo más que decir?

«¿Qué más aparte de que te amo?».

El sol del mediodía entraba en la habitación por el balcón, bañándolos a Sakir y a ella con su luz.

—Fui a hablar con tu hermano porque me importas —explicó Rita.

Sakir se mofó de eso.

—Puedes creértelo o no, pero es la verdad —añadió ella.

Ladeó la cabeza y trató de llegar a él con ternura en sus palabras y en sus ojos.

—Necesitabas la ayuda, el empujón, o llámalo romo quieras… Lo necesitabas para dejar atrás esa oscuridad en la que vives.

—No necesito ayuda. Sobre todo en lo relativo a Zayad —murmuró él, con los dientes apretados.

—No cometas el error de volverlo a apartar de tu vida —imploró ella—. Él es toda la familia que te queda.

Al oír aquello, una ráfaga de vulnerabilidad atravesó los ojos de él.

—Si lo haces —continuó ella—, lo lamentarás el resto de tu vida.

—Lamentarme no va conmigo, Rita —replicó él, enarcando una ceja—. Por nada ni por nadie.

Rita exhaló el aire ruidosamente.

—Puedes dejar de lado todos esos dichos tan pretenciosos y hacer como que nada de esto te importa, pero yo sé que no es así.

—¿Y cómo lo sabes? —inquirió él.

—Lo sé porque te veo, Sakir. Veo tu interior.

Sakir entornó los ojos y su mirada se volvió dura.

—Sólo porque nos hayamos acostado unas cuantas veces no quiere decir que sepas quién soy.

Rita se sintió como si la hubiera abofeteado. Su estómago se contrajo y casi no podía respirar. Nadie le había dicho nunca algo tan cruel. Aquello iba más allá del dolor, del miedo, del resentimiento. Sakir había cruzado una línea y, pasara lo que pasara, las cosas entre ellos nunca volverían a ser igual.

Ella tampoco volvería a ser la misma.

Él la miró, aún orgulloso y nada afectado por lo que sucedía.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—Sólo una cosa —dijo ella, reuniendo todo su aplomo mirándolo a los ojos—: dimito.

Y esa vez, con el corazón malherido y el espíritu petrificado, fue ella la que se dio la vuelta y se alejó.

Lo que él necesitaba era un cigarro suave y un buen vaso de *whisky*.

Sakir se sentó en la silla de cuero que su padre siempre usaba para pensar en asuntos importantes. Llevaba encerrado en el estudio de su padre cerca de tres horas, sin hacer nada ni decir nada, intentando con todas sus fuerzas borrar todo lo que había oído y dicho ese día.

Era un experto en eso. Había borrado la última década de su mente con facilidad. Incluso, llegó a pensar que un día sería como si no hubiera existido.

Pero se había equivocado.

Desde el primer momento en que se conocieron, desde el

momento en que él la había besado ante el altar, el momento en que se había introducido por primera vez dentro de ella y el momento en que ella lo había llevado a la higuera, Rita Thompson se le había metido en la cabeza y no lograba sacarla de ahí.

No podía apartar aquellos ojos de su memoria, al igual que no lograba eliminar las repulsivas palabras que le había espetado. Palabras con la intención de sacudirla, de hacerle daño, de alejar a esa mujer que había llegado a significar tanto para él.

Y había tenido éxito. Con gran dolor en sus ojos, ella le había dicho que no iba a seguir trabajando para él.

Una risa amarga escapó de sus labios. Había perdido el corazón y la mente de ella; y su amor.

Gimió y dejó caer la cabeza entre las manos.

Eso era bueno, era lo correcto. No quería el amor de aquella mujer. No quería una carga así. Y aún así, cada vez que recordaba aquellas tres palabras, «te amo, Sakir», su pecho se henchía y su cuerpo clamaba por ella.

Se pasó la mano por el pelo. Maldición, había sido un tonto por haberla llevado allí, por establecer aquel acuerdo. El matrimonio, incluso uno basado en un subterfugio, era una responsabilidad demasiado arriesgada. Y él se había lanzado sin pensarlo. Lo único que había visto era que lograría el acuerdo con Emand Oil, desdeñaría a su hermano y estaría próximo a una mujer a la que había deseado acariciar y saborear durante años.

En el fondo, se merecía las heridas que tenía.

Todos sus pensamientos terminaron ahí, porque de repente una espada silbó junto a su cabeza y se clavó en la mesa que tenía al lado.

—Ya es hora de que resolvamos esto.

Sakir se giró y vio a su hermano. Le lanzó una mirada desdeñosa.

La sonrisa de Zayad tampoco era divertida. De hecho, parecía dispuesto a pelear.

—A menos que todo ese tiempo en Estados Unidos te haya ablandado.

—¿Me estás provocando? —murmuró Sakir, apretando los dientes.

Zayad inclinó la cabeza:

—Sí.

La ira que invadía a Sakir, la ira que lo había estado devorando durante más años de los que podía decir, empezó a salir a la superficie como corrientes eléctricas. Podía sentir cómo le latía la sangre en las sienes, y cada músculo de su cuerpo estaba tenso.

Sakir y su hermano habían practicado esgrima muchos años, y los dos eran buenos en el arte de la espada. Pero ese día, en ese momento, no se trataba de un juego de niños. Era un duelo, real y sin miedo.

—Aquí no —dijo Sakir, desclavando la espada de la mesa—, no en la habitación de nuestro padre.

—De acuerdo.

Zayad salió de la habitación. Sakir salió detrás, con mirada de halcón. Ambos sabían dónde iban. La amplia terraza que abarcaba por completo la tercera planta siempre se usaba para ocasiones formales y para cenas de estado.

Ese día, sería el escenario de la resolución de un conflicto.

El sol calentó la espalda de Sakir cuando salió a la superficie de piedra. Pero le importaba poco. Su mente y su corazón estaban alerta como los de un animal, preparados para abalanzarse, para golpear. No apartó la vista de su hermano mientras tomaba su posición y esperaba; era el sultán quien tenía el honor de comenzar el lance.

Zayad también se colocó en su posición y, sin una palabra, enarcó una ceja ligeramente.

Fue suficiente.

Sakir se abalanzó sobre él, con la espada primero sobre su cabeza, y luego tirando hacia abajo. El metal restalló contra el metal.

El trabajo de pies de Zayad era excelente y obligó a Sakir a replegarse, hasta llegar a la pared. Pero él no iba a ser vencido tan fácilmente. Con una sonrisa, tiró a fondo contra Zayad. De nuevo, las espadas entrechocaron mientras su hermano lo esperaba y le devolvió el ataque, con fuerza y precisión.

El sol caía sobre ellos sin piedad. Una y otra vez, adelante y atrás, los dos hermanos pelearon. A Sakir se le metía el sudor de las cejas en los ojos, pero el escozor no hacía sino aumentar su energía. Y estaba empleando toda la rabia que tenía dentro.

Bloqueó, cortó y atacó, haciendo retroceder a Zayad casi hasta la verja.

De repente, Zayad dio un grito. Sakir se detuvo, con el aliento entrecortado. Observó a su hermano lujar la vista y mirarse la mano. Estaba sangrando.

Zayad levantó la vista y le lanzó una mirada mortal. Gritó de nuevo, pero esta vez fue el grito de un guerrero. Atacó como si estuviera poseído. Su espada apuntó a las piernas de Sakir, a su cintura, a su pecho.

Todo parecía haberse detenido mientras ellos se batían.

Pero no por mucho tiempo.

Sakir fue el siguiente en quejarse, en dar un paso atrás. Un dolor cegador le recorría el brazo. La sangre salía abundantemente por el desgarrón de su camisa blanca.

Miró a Zayad, con una ceja enarcada inquisitivamente. Zayad conocía aquella mirada, y asintió, con la frente cubierta de sudor. Ya habían tenido suficiente derramamiento de sangre. Dejaron el duelo y se alejaron uno de otro.

—Sigues siendo rápido, hermano —dijo Zayad, intentando recuperar el aliento.

Sakir apretó una mano sobre su herida.

—Y tú sigues siendo lento.

Zayad rió.

—¿Vamos a tener que empezar de nuevo?

Sakir negó con la cabeza y resopló.

—Ya me gustaría, pero estoy demasiado viejo.

Zayad se acercó a él y se tumbó en el suelo, boca arriba.

—Yo también.

Sakir se dejó caer sobre el suelo, exhausto. Ya no se sentía como el hombre de negocios, el indiferente, el iracundo. Ahí, sentado en el suelo junto a su hermano, sangrando e intercambiando pullas, se sentía como un niño que, después de pelear y de resultar herido, estaba listo para echarse una siesta.

Los dos hermanos se quedaron en silencio unos instantes. Luego Zayad se pasó la mano por el pelo mojado de sudor y suspiró.

—Echo de menos a Hassan.

Sakir desvió la mirada. El dolor de su brazo no tenía comparación con el dolor que sentía ante la pérdida de su hermano

menor.

—Podrías haberlo retenido en casa.

Zayad se secó la sangre de la mano sobre las piedras del suelo.

—¿Es que no te acuerdas de nuestro hermano, Sakir? Era un monito salvaje, un águila orgullosa, nadie podía retenerlo.

Sakir rasgó la manga de su camisa y se la tendió a Zayad para que la usara como venda. Si lo pensaba, si se permitía recordar a su hermano pequeño, veía a un chico tal y como había descrito Zayad. Hassan era tan tozudo como ellos dos.

Sakir levantó la vista y asintió.

—Era un auténtico Al-Nayhal, eso es cierto.

El dolor se instaló en los ojos de Zayad.

—Para mi hijo, somos lo que queda de esa familia. ¿Es que no podemos resolver nuestras diferencias y volver a ser hermanos?

Esa vez, ningún comentario mordaz acudió a los labios de Sakir. Llevaba manteniendo una lucha agotadora durante los últimos diez años. Tal vez había llegado el momento de soltar la espada y enfrentarse a sus temores, aceptar que su hermano no tenía ningún control sobre la vida y la muerte, igual que él, Sakir, tampoco lo tenía.

—A lo mejor deberíamos resolver esto —dijo Sakir, con un ligero tono de humor—. Me temo que no podría sobrevivir a otro duelo.

Zayad rió de nuevo. Era un sonido agradable. Sakir lo había echado de menos, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

—¿Y a Rita, vas a perdonarla también?

—¿A qué te refieres?

—Rita se merece una disculpa, hermano mío.

Sakir no quería oír esas palabras.

—Eso no es asunto tuyo. Y además, ella no tiene ningún derecho…

—Tiene el derecho de una esposa que ama a su marido.

Sakir resopló desdeñosamente.

—Ella no es mi… —comenzó, pero se detuvo en seco y miró a su hermano—. Me imagino que ya te habías dado cuenta.

Zayad arrugó la frente, preocupado.

—Creía que sí. Creía que vuestro matrimonio no estaba basado en el amor. Pero ya no estoy tan seguro.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sakir, irritado.

—Puede que os casarais por necesidad, hermano, pero las cosas han cambiado, ¿no crees?

Sakir abrió la boca para refutar lo que su hermano planteaba, pero la cerró enseguida. No le importaba confesar que había cometido una tontería, pero no podía negar tampoco que sus sentimientos habían cambiado.

Se había casado con Rita para mostrar un aspecto respetable frente a sus clientes conservadores, era cierto. Pero en algún momento entre el vuelo en avión a Emand y el bosque de palmeras, las cosas habían cambiado y se habían transformado en un afecto sincero.

Zayad miró su mano herida.

—El orgullo puede apartarte de esta mujer a la que amas.

—¿Y qué se yo del amor? —preguntó Sakir, con ligereza.

—No demasiado, es verdad. Pero yo tengo ojos en la cara. Veo cómo os miráis el uno al otro —dijo, y sonrió—. Hay una gran conexión entre vosotros.

—Bah —replicó Sakir.

Zayad apoyó su mano herida sobre el hombro de su hermano.

—Durante un momento, piensa en tu vida sin ella.

Fue como si le hiriera de nuevo la espada de su hermano. Incluso más doloroso.

Su vida sin Rita.

Pero no, él no la perdería, se recordó a sí mismo. Ella estaría a su lado como socia de la empresa. Estarían juntos todo el día. Luego, por la noche, cada uno se iría por su camino; ella a su casa y él a la suya…

Se detuvo ahí. No iban a trabajar juntos. No volvería a verla.

Ella había dejado el trabajo.

Aunque el sol calentaba con fuerza, Sakir sintió de repente un frío atroz. Aunque Rita le había dicho que se marchaba, él no había pensado que fuera a ser posible. No había pensado en que ella se había marchado, de su vida y de su cama. Para siempre.

Elevó la mirada al cielo y maldijo en el aire del desierto.

—Es lo que creía —dijo Zayad, dándole un apretón fraternal en el brazo.

Sakir sintió que se le clavaba un afilado aguijón y dejó escapar

un gemido.

Zayad rió divertido.

—Lo siento, hermano. Acabas de comprender que ningún dolor puede compararse a perder a la mujer que uno ama.

—Puede ser —respondió Sakir, sacudiendo la cabeza—. Pero ahora eso importa poco.

—¿Por qué?

—Le he dicho cosas estúpidas y crueles.

—Ella te perdonará —dijo Zayad, poniéndose en pie y tendiéndole la mano.

La mirada en los ojos de Rita esa mañana decía otra cosa. Sí, Sakir sabía que aún había amor en su interior, pero ella había renunciado claramente a los gruñidos de él y a su propia decisión. Esa renuncia era mucho peor que el que estuviera enfadada.

Sakir se agarró a la mano de su hermano.

—Me rechazará.

Zayad tiró de él y lo ayudó a ponerse en pie.

—No lo creo.

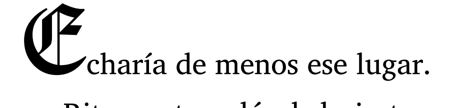
—No la conoces como yo.

Zayad se encogió de hombros.

—¿Entonces te rindes?

—Eso nunca.

Capítulo 16



Echaría de menos ese lugar.

Rita contempló el desierto a lo lejos a través de los ventanales del aeropuerto. El sol se estaba poniendo lentamente, brindándole aquel delicioso brillo rosado y haciéndola sonreír con tristeza. Nunca se hubiera imaginado que se sentiría tan unida a esa tierra como lo estaba. Ella era texana hasta la médula. Pero Emand le había tocado el corazón.

Al igual que su jeque.

Su corazón se quejó, pero trató de apartar ese sentimiento. Tendría que acostumbrarse a aquella sensación de vacío. Tendría que recordar que ya no había más Sakir, ni más trabajo ni más romance. Regresaba a casa sin nada, sólo con la esperanza de rehacer su vida. Menos mal que la boda de su hermana Ava era dentro de pocas semanas. El trajín de los detalles de última hora, ayudar a su nerviosa hermana con el maquillaje y el vestido le mantendría la mente ocupada. Luego, cuando Ava y Jared partieran en su luna de miel, Rita se pondría a buscar trabajo.

—Los pasajeros del vuelo catorce con escala en París, Francia, con destino Dallas, Texas, embarquen por la puerta seis.

Rita ni siquiera miró hacia arriba cuando anunciaron el embarque. Había comprado un billete en un vuelo comercial para volver a Estados Unidos, con una breve escala en París. No había avisado a Sakir de que se marchaba, ya que por nada del mundo quería viajar de regreso con él. Sería demasiado humillante.

—Los pasajeros de primera clase del vuelo catorce con nada en

París, Francia, con destino Dallas, Texas, embarquen en este momento por la puerta seis.

Rita pasaba las hojas de su revista sin ni siquiera ver las fotografías. No quería correr hacia la puerta de embarque, aún no. Tenía un poco de tiempo, eso seguro, pero no era por eso. La verdad era que quería quedarse en Emand, con los recuerdos de lo que le había pasado allí, tanto como fuera posible.

Esa necesidad le daba ganas de golpearse a sí misma.

Bueno, en breve estaría en ese avión, sentándose en su estrecho asiento y volando hacia casa.

De vuelta a Paraíso.

Sonrió con tristeza. En ese momento, su ciudad natal le sonaba a eso, al paraíso para una mujer que se sentía en los infiernos.

Sin poderla detener, en su mente se coló una imagen de Sakir y ella haciendo el amor bajo la enorme higuera. Se le hizo un nudo en la garganta al evitar llorar. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Había pensado que el futuro con ese hombre no era importante, que todos esos maravillosos días y sus noches, todos los recuerdos, se desvanecerían en su mente, que olvidaría las emociones que los habían acompañado.

«Bueno, Rita, esto es lo que pasa cuando te casas con el jefe».

El jefe…

Sacudió la cabeza, sintiéndose increíblemente derrotada. Después de ese día, Sakir ya no era su jefe. Ella había dimitido y, no importaba lo duro que fuera encontrar un nuevo empleo, por nada del mundo volvería a Al-Nayhal Corporation. No sería capaz de ver a Sakir de nuevo y trabajar con él todos los días, mientras su corazón estaba destrozado.

—Todos los pasajeros del vuelo catorce con escala en París, Francia, con destino Dallas, Texas, embarquen en este momento.

Con piernas temblorosas, Rita se puso en pie y tiró de su equipaje como si estuviera lleno de rocas, mientras caminaba lentamente hacia la terminal.

—¿A dónde ha ido?

Sakir miraba fijamente a Gana. Zayad estaba junto a él sin decir nada, sólo para dar a su hermano el apoyo que él había insistido en que no necesitaba.

—No lo sé, Alteza —se disculpó la joven con una profunda

reverencia.

—¿No ha dicho nada? —inquirió él, cruzando los brazos por delante del pecho, un pecho que se había contraído cada vez que pensaba en Rita abandonando el palacio, abandonándolo a él sin decir una palabra.

—Me abrazó y me agradeció mis servicios, Alteza.

Sakir apenas podía contener su frustración, pero se obligó a sonar calmado.

—Piensa, Gana, por favor. Recogió su ropa…

—La princesa ha dejado casi toda su ropa, Alteza —se apresuró a apuntar Gana.

A Sakir se le hizo un nudo en el estómago. Claro que ella no aceptaría sus regalos. Era demasiado orgullosa para quedarse con algo de él, después de lo que había pasado, después de lo que él le había dicho.

—Bien —dijo él, tenso—. Recogió la ropa que había traído a Emand. ¿Y luego…?

La joven miró al techo, buscando en su cerebro respuesta que no fuera «no lo sé». Después de un rato, su mirada se encontró con la de él de nuevo.

—Lo siento, Alteza.

Zayad, que había permanecido quieto hasta aquel momento, dio un paso adelante.

—¿Quería volver a las montañas? ¿O tal vez recorrer los desiertos?

La joven tomó aire profundamente y negó con la cabeza.

—No que yo sepa, Alteza Real —y tras decir esto, arrugó la frente—. Un momento. Una de las cosas que dijo me sonó extraña. Era algo de los franceses.

—¿Los franceses? —Repitió Sakir—. ¿Qué demonios significa eso?

—Me preguntó si creía que en Francia llamarían a la tortilla, tortilla francesa.

Zayad sonrió ante la divertida pregunta.

—Va a irse de Emand —anunció a su hermano.

Sakir asintió, con el corazón en un puño. Las rutas comerciales de vuelta solían ir vía Londres y París. Podía estar en el aeropuerto en ese momento, o tal vez ya estaría volando hacía su país.

Sakir se encaminó a la terraza y miró afuera. El corazón le latía como un loco en el pecho; tenía la boca tan seca como el desierto delante de él. Nunca en su vida había tenido tanto miedo de perder algo, de perder a alguien. Había sido un estúpido al querer quedarse anclado al pasado. Y en ese momento estaba pagando el precio.

Bueno, no pensaba dejarla marchar, eso desde luego. No hasta que le hubiera dicho lo que tenía en la mente y en el corazón. Podía ser que ella lo rechazase pero, si no la veía una última vez, si no se disculpaba y le confesaba su verdad, perdería no sólo a la mujer que amaba, sino también la cordura.

—¿Pido un coche? —preguntó Zayad. Sakir asintió y sacó su teléfono móvil del bolsillo—. Pero antes, hablaré con mis hombres en el aeropuerto.

—¿Rita Al-Nayhal?

El hombre que había pronunciado su nombre con tanta precaución y reverencia estaba delante de ella, con la cabeza ligeramente inclinada. Junto a él había un hombre bastante más alto, con aspecto de guardaespaldas por la forma en que miraba, unos poderosos puños y una boca de labios finos.

—En realidad es Rita Thompson —corrigió ella, derrumbándose un poco mientras lo decía.

El hombre no dio muestras de registrar aquella corrección, sólo dijo seriamente:

—¿Es tan amable de seguirme, por favor, señora?

—Tengo que subirme a un avión en breve —explicó ella, confundida—. ¿Hay algún problema?

—No hay ningún problema, señora —respondió el hombre, y bajó la voz una vez más—. Existen algunas medidas de seguridad para los miembros de la familia Al-Nayhal que debemos cumplir.

Rita abrió la boca con la intención de reiterar que ella ya no era un miembro de esa familia, pero el hombre añadió rápidamente:

—Hemos cambiado su puerta de embarque, eso es todo, y nos gustaría escoltarla hasta allí.

Un escalofrío recorrió la espalda de Rita y la hizo girarse. Vio a otros pasajeros deteniéndose frente a una azafata que les sellaba los billetes antes de atravesar la puerta de embarque.

—No le creo. Mi avión es ese de ahí. Va a París y después a Texas.

—Alteza, no queremos montar una escena.
—Yo tampoco. Y, ya de paso, ¿cómo saben quién soy?
—Somos de seguridad, señora —explicó el hombro—. Es importante para usted que venga con nosotros.
El pánico se apoderó de ella.
—No voy a ir a ninguna parte con ustedes dos.
Entonces, el guardaespaldas dio un paso adelante. No dijo nada, pero no necesitaba hacerlo. Era imponente. El otro hombre más pequeño continuó hablando:
—Vendrá con nosotros, señora —afirmó, enarcando una ceja—. *Cómo* desee hacerlo es decisión suya.
La ansiedad se transformó en ira. Rita sabía exactamente quién estaba detrás de todo aquello: su «marido». No le cabía la menor duda de que Sakir había llamado al aeropuerto y ahora la iban a llevar de vuelta al palacio.
Lo que no llegaba a entender era por qué. Él no la deseaba ya.
Rita observó al guardaespaldas. No podía enfrentarse a él ni huir corriendo, así que consintió en ir con ellos. Cuando estuviera de vuelta en el palacio, iba a cantarle las cuarenta a ese jeque arrogante.
Los dos hombres la escoltaron por el aeropuerto, a través de varios pasillos. Al poco, apareció a lo lejos la salida del aeropuerto, pero los hombres no la condujeron en aquella dirección.
—¿Adónde vamos? —preguntó ella, con el miedo en el cuerpo.
—A su avión, señora.
—Mi avión… —comenzó ella, y se detuvo.
Ahí estaba, al otro lado de los grandes ventanales del edificio. El avión de Sakir. Cómo no.
Una profunda tristeza la invadió, y se le formó un nudo en la garganta. Sakir no la llevaba de nuevo al palacio para charlar con ella. Le estaba facilitando que se fuera. Sin luchar. Tan sólo quería asegurarse de que partía igual que había llegado: sana y salva y con clase.
Como si eso le importara algo a ella.
Pero nadie podría acusar a Sakir Al-Nayhal de no haber sido un caballero.
Rita elevó la barbilla y salió orgullosa a la luz del sol, caminó por el asfalto y subió los escalones del avión. Una semana antes,

había bajado esos escalones con el corazón ligero y lleno de emoción.

Y luego, se le había ido rompiendo el corazón.

Cuando entró en el avión, Rita se alegró de dejar a los hombres de seguridad detrás y de ver al asistente de vuelo que la había atendido la otra vez.

El hombre hizo una reverencia:

—Bienvenida a bordo, Alteza —dijo con calidez.

—Ya no soy «Alteza» —apuntó ella secamente.

El hombre tan sólo inclinó la cabeza.

—¿Puedo sentarme? —preguntó ella, deseando tan sólo acurrucarse como una pelota y rezar porque el sueño se apiadara de ella.

—El jeque ha solicitado su presencia en la parte de atrás del avión, Alteza.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues puedes decirle al jeque que se vaya a…

Se detuvo abruptamente, y frunció el ceño.

«El jeque ha solicitado… Oh, Dios mío, no».

Con el corazón golpeándole salvajemente contra las costillas, Rita intentó pensar en qué iba a hacer. No quería verlo, y no podía dejar que él la viera, no mientras aún brillara la luz del amor en sus ojos.

—¿A dónde quieres que me vaya, Rita?

Rita se quedó petrificada, dejando que esa voz calara en su corazón y su alma como un bálsamo. Si no fuera tan fuerte como era, nada podría pararla de correr hacia él y lanzarse en sus brazos.

Pero ella era fuerte.

Se dio la vuelta y se quedó frente a él. Como siempre, él estaba demasiado guapo para describirlo, vestido informal con unos vaqueros y una camisa negra.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella.

—Vinimos juntos y nos vamos juntos.

—De verdad, no es necesario que te comportes como un caballero —dijo ella, rígidamente—. Deberías volver a casa, de vuelta al palacio, con tu gente, a donde perteneces, y dejarme irme a casa en Paraíso, a donde pertenezco.

—Tú no perteneces a Paraíso —dijo él, dirigiéndole una mirada

intensa y llena de pasión.

—Más de lo que pertenezco aquí, sin duda.

—No estoy de acuerdo.

—Sakir —lo cortó ella, que ya había tenido suficiente charla—, ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Qué es lo que quieres?

—¿Cuándo murió tu madre, Rita?

La pregunta la pilló totalmente por sorpresa. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo?

Sakir sacudió la cabeza.

—Siento no haberte preguntado nunca por ella, por el dolor que debiste sentir al perderla —dijo, encogiéndose de hombros con tristeza—. Estaba demasiado metido en mi propia historia, demasiado atrapado para poder ver nada más.

La confusión se apoderó de Rita.

—No lo entiendo. ¿Por qué haces esto? Es…

—¿Importante?

—No. Es cruel —dijo, dando un paso hacia él, con la voz rota—. No finjas ahora que te preocupas por mí. Se acabó, ¿de acuerdo? Estoy bien. No es necesario disculparse, ni sentir remordimientos. No ha sido nada.

Los ojos de Sakir la miraron con ternura e incredulidad.

Ella suspiró y flaqueó un poco.

—Bueno, tal vez eso no sea del todo verdad, pero lo superaré —se detuvo, y luego dijo lo que le partía el alma—, superaré esta historia.

—No deseo que superes esta historia.

—¿Y eso? ¿Seguiré en Al-Nayhal Corporation?

—No voy a decirte que el que continúes en la empresa no es importante para mí, pero no es nada comparado con tenerte a mi lado de otra manera —dijo, y su mirada se tornó suave y tierna—: en mis brazos, en mi cama, en mi corazón.

Rita lo miraba, y un rayo de esperanza empezó a aparecer en su corazón.

—Por favor, ven a mí —le rogó él, tendiéndole la mano.

Ella negó con la cabeza.

—No te creo. No me creo nada de esto.

Sakir la miró inquisitivamente.

—Y… —continuó ella, con la garganta seca—, estoy asustada. De tus palabras. Duelen demasiado.

Él frunció el ceño.

—Lo sé, ya lo creo que lo sé. Me avergüenzo de mí mismo por lo que te dije. Fue equivocado y totalmente falso. Mi única excusa es que tenía miedo. Sabía que me había enamorado de ti. Creí que la única manera de mantener mi poder sería hacerte daño —dijo, sacudiendo la cabeza—. He sido un cobarde, Rita.

Rita contuvo el aliento. Estaba a punto de romper a llorar. No sabía qué pensar, qué creer. Amaba a ese hombre con tanta fuerza que le dolía. Pero estaba muy asustada; su corazón no soportaría otro rechazo.

—Las palabras pueden hacer daño, querida mía —dijo él con la mayor ternura—, pero también pueden sanar. Lo sé porque mi hermano y yo hemos hablado y nos hemos reconciliado.

—¿En serio? —preguntó ella, estupefacta—. Pero yo creí…

—Creíste que yo era un estúpido que continuaría haciendo responsable a mi hermano de una vida sobre la que él no tenía control, sólo para protegerme a mí mismo de la posibilidad de volver a sufrir.

—Si.

—Soy un hombre nuevo, Rita —anunció Sakir, con una sonrisa —. Tú lo has hecho posible. Igual que nos has ayudado a Zayad y a mí a empezar de nuevo. No te equivoques, querida. Los dos sabemos que has sido tú la que ha logrado reunimos de nuevo.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Rita. Negó con la cabeza.

—Sí, querida —insistió él, tendiéndole la mano—. Quiero darte las gracias. Y, si me lo permites, quiero compartir contigo la familia que me has ayudado a recuperar. Perdóname, por favor.

Rita apenas podía hablar. Toda la emoción y el amor de su corazón se agolpaban en su garganta. Sintió que asentía, sintió que corría hacia él, lo abrazaba y suspiraba al sentirlo tan fuerte, tan seguro y tan real.

Él acercó la nariz a su cuello y jugueteó un poco.

—Gracias —le susurró al oído.

Ella lo abrazó con más fuerza.

—Te quiero, amor mío —dijo él.

—Yo también te quiero —dijo Rita, casi sin aliento.

Sakir inclinó la cabeza y la besó profundamente. Su beso fue dulce al principio, amoroso. Pero pronto fue ganando pasión y sensualidad, la boca de él fue moviéndose sobre la de ella mientras murmuraba palabras de amor que ella había deseado escuchar durante mucho tiempo.

Al cabo de unos instantes, él separó su boca de la de ella, aunque mantuvo la mirada clavada en ella, una mirada abierta, sin nada que esconder, al fin.

—Amor mío…

—¿Sí? —preguntó ella, encantada con ese nuevo y sincero apelativo con el que él la llamaba.

Sakir se puso de rodillas y sonrió.

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella dejó escapar una risita.

—¿De nuevo?

—Esta vez, haré las cosas como es debido.

Sonriendo, abrió una cajita. Rita miró en su interior y contuvo el aliento. Un enorme diamante rosa le hacía guiños.

—¿Me aceptas? —repitió él.

—Oh, Sakir, por siempre y para siempre —respondió ella con una gran sonrisa, mientras él colocaba el anillo en su dedo.

Poco tiempo atrás, había estado frente a un altar con un hombre que no conocía el amor, el perdón ni la auténtica felicidad. Ella lo deseaba y creía en él, y por eso lo había acompañado, había conocido una forma de vida diferente, había experimentado nuevas y excitantes aventuras.

Sakir se puso en pie, la besó dulcemente en la boca y la atrajo hacia sí suavemente.

El motor del avión rugió como volviendo a la vida. Aquel sonido fue como una metáfora de ellos dos y de su nuevo comienzo.

Rita se fundió en el abrazo de Sakir, sabiendo en lo más profundo de su alma que había encontrado por fin lo que buscaba: su marido ideal, su amante fiel, su amor verdadero y muchas aventuras que aún estaban por llegar.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.